

CÉSAR HAZAKI

QUE PAREZCA UN
ACCIDENT

E



TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

En una zona rica de la pampa húmeda los vecinos de la ciudad de Chivilcoy observan y comentan las actitudes de un adolescente del que desconfían y rechazan. En los años del menemismo la novela cruza el desbarajuste de las políticas públicas del gobierno nacional con la vida cotidiana de esos vecinos. El protagonista deambula en moto o en auto por las calles y caminos de Chivilcoy y pueblos aledaños, en todas partes recibe silencios, rechazos o indiferencia. El autor ha elegido una particular manera de relatar la vida de El Flaco, la elección fue que el protagonista nunca hablase. Es hablado por los otros. Así de manera calidoscópica se construye tanto la dramática que atraviesa al joven, familiares y vecinos, como los efectos del gobierno de Carlos Menem.

En ese paisaje de vidas que se entrecruzan, que se soportan como parte de un destino común del que no pueden escapar, El Flaco activa prejuicios y solidaridades. Como el país que se va despojando de sus riquezas, la ciudad elegida por Sarmiento como modelo de lucha contra los indios trata de olvidar un drama. El Flaco se niega a actuar de esa manera, lo que logra es que los demás hablen de él acusándolo de lo traumático vivido.

Una novela donde lo histórico y lo personal se interrelacionan, tratando de mostrar los efectos para la ciudad de Chivilcoy y el país que vendrá.

Psicoanalista y editor de *Topía* Revista. Escribió numerosos trabajos de su especialidad. Es autor de los libros *El Cuerpo Mediático* (*Topía*, 2010) y de *La Crisis del Patriarcado* (*Topía*, 2012), cuya compilación dirigió y *Modo Cyborg* (*Topía*, 2018). También es autor de obras de ficción: *Cuentos de amor, tripas & diván* (*Topía*, 2003), *Cuentos para después del diván* (*Topía*, 2006), *El Psicoanalista Perdido* (*Topía* 2008) y *La última sesión y otros relatos* (2015). Es co-autor de la obra de teatro *Pena Maleva* (*Typos Editora*, 2006), escrita conjuntamente con Carlos D. Pérez. Escribió la obra de teatro *El Blues del Psicoanalista* (finalista del certamen “Mis escritos”, 2014), cuya puesta se realizó en el Complejo La Plaza, en el “Cavern Club” (2011).

QUE PAREZCA UN ACCIDENTE

CÉSAR HAZAKI

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy



Colección AUTORES HOY

Diagramación E-book: Mariana Battaglia

Hazaki, César

Que parezca un accidente / César Hazaki. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Topía Editorial, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4025-38-8

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novelas de Suspense. 3. Vida Cotidiana. I. Título.

CDD A863

© Editorial Topía, Buenos Aires 2020.



Editorial Topía

Juan María Gutiérrez 3809 3º "A" Capital Federal

e-mail: editorial@topia.com.ar

revista@topia.com.ar

web: www.topia.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

La reproducción total o parcial de este libro en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, no autorizada por los editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

QUE PAREZCA UN ACCIDENTE

CÉSAR HAZAKI

TopiA
EDITORIAL

Colección Autores Hoy

INDICE

Entre canibales

Rutas argentinas

Un peso, un dólar

Lo que viene, lo que viene, lo que viene...

“Achicar el estado es agrandar la nación”

Menem lo hizo

Los memoriosos

Culo o suerte

“Estaba el diablo mal parado”

Leche adulterada

Una joda para Tinelli

¡Sígueme, no los voy a defraudar!

Ramal que para, ramal que cierra

La argentinidad al palo

Estamos mal, pero vamos bien

Oíd, mortales, el grito sagrado: libertad, libertad, libertad

“Cuántas veces se habrá escapado como rata por tirante...”

Y le siguen pegando abajo

El oficio y sus secretos

“Me cortaron las piernas”

Pizza con champagne

“Me miraban de reojo y se reían por lo bajo...”

“En su pecho, la niñez, de amor un templo...”

Cabral, soldado heroico

La Ferrari es mía, mía, mía

“Alta en el cielo, un águila guerrera...”

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos

Cesare Pavese

CAPÍTULO I

ENTRE CANIBALES

El Flaco es un tiempista. Lo aprendió observando a los boxeadores que calculan al milímetro el esfuerzo que deben realizar. Son esos astutos gladiadores que en el ring, trabajan uno de cada tres minutos del *round* y ganan el combate midiendo su energía; él se mueve en la casa de la misma manera. Es un demorado que desconoce las reglas sociales que requieren de un tiempo formalizado, por ejemplo ahora es un furtivo que espera el momento adecuado para deslizarse sin encontrarse con nadie; va en busca de lo que necesita y vuelve rápido a su habitación. Procura ser muy eficaz en realizar todo sin testigos, es por todos los habitantes de la casa conocido que le molesta cruzarse con alguien, especialmente con Cholo, su padre. Para evitar esas situaciones imita el deslizarse silencioso de Bruce Lee. No se cansa de mirar sus películas y copiar los movimientos de ese gato del kung fu.

En este mediodía de sábado sabe que en el asado familiar se estuvo hablando del festejo que se avecina: los veinticinco años de casados de sus padres. Como es habitual ni apareció por el completo quicho. Los comensales están al tanto de sus extrañas costumbres y de que éstas preocupan a la familia, por eso no hicieron ninguna mención a su ausencia cuando Cholo, un asador experto, comenzó el reparto de chorizos y morcillas. Es costumbre que las visitas callen educadamente, si los padres del Flaco no hablan del tema. Hay una alegría que es genuina bajo la condición excluyente de que nadie pregunte por qué no viene a compartir la mesa. Quien comete ese desliz es segregado de futuras reuniones.

Desde su habitación y medio dormido, ha escuchado risas, brindis, gritos de “falta envido”, de “quiero retruco” y los festejos de los ganadores, con vuelta olímpica incluida, alrededor de la mesa. Pudo intuir el

ir y venir de las mujeres del quincho a la cocina, mientras los hombres jugaban a las cartas. Sabe que su mamá no quiere dejarle a Eustaquia todo el trabajo de orden y limpieza que el descomunal asado dejó. Más de una vez la ha escuchado decir que cuida a su mucama. Reafirma a cada momento que es la mejor que tuvo en años.

Conociendo la reiterada ausencia del Flaco en las reuniones familiares, Cholo deja un bife de chorizo al costado para su hijo, casi fuera de las brasas. Estará hecho para cuando el muchacho decida acercarse a comer. No le preocupa la cocción, él es un asador que está convencido de que las carnes deben servirse sangrantes. Sostiene que ese es el secreto del buen asado y hace años que acostumbró a sus invitados a ese estilo de presentar el asado. Trata de no demostrarlo pero le molesta que su hijo haga como un perro vagabundo que espera a que la parrilla se enfríe para saltar sobre los restos. Sabe que Eustaquia, retirando lo que quedó, impide esos asaltos del animal, pero su dolor recurrente es que nadie puede modificar esas solitarias costumbres de su hijo. Cholo sabe que las mismas le están dirigidas exclusivamente a él, no se engaña: su hijo hace lo posible para amargarle la vida.

El Flaco, desde su habitación, encerrado en su aparente desidia, escucha cuando su hermana, su marido y sus dos sobrinos se despiden para volver a su casa en Carlos Tejedor. Esa retirada es la señal para que el resto de los comensales den por concluida la reunión. Nadie sabe -y puede que tampoco le interese *genuinamente* a ningún invitado- que El Flaco estuvo luchando duramente con el hambre que le perfora el estómago. Una de las tantas maneras en que trata de ponerse a prueba, cree que domar el hambre lo fortalece. Dentro de la habitación y totalmente a oscuras, el muchacho siente una gran satisfacción; ha ganado una vez más la pelea contra su estómago que chilla y duele.

Cuando sale de su habitación, sus padres ya están en su cuarto dispuestos a tomar la infaltable siesta. Al pasar por la cocina se cruza con Eustaquia que está sentada, comiendo. Como va en calzoncillos, ella baja la vista para no dar motivo a algún malentendido. Sumerge prácticamente la cabeza en el plato. Teme que la situación se le complique, que trate de manosearla, pese a que hasta ese momento El Flaco jamás se le insinuó, la toqueteó o se abalanzó sobre ella. Este miedo lo

enfrenta en cada casa donde trabaja, en ésta, las rarezas del melencólico la pone siempre alerta.

El muchacho lejos está de registrar las ansiedades de Eustaquia. Su única preocupación es su hambre. Presuroso pasa hacia la parrilla. Una vez allí, desdeña los chorizos. Aviva el fuego y después de un rato toma el bife, corta un pan flauta al medio y arma un voluminoso sándwich. Coloca todo en un plato, abre una botella de vino de esos que su padre guarda para eventos muy especiales. Sonríe, mientras la descorcha, pensando que a Cholo le molestará que no haya tomado alguna de las botellas abiertas. Cargado con estas cosas vuelve hacia su habitación. Cruza a Eustaquia sin verla; ella, por el contrario, deja de comer al paso del Flaco. Nota, una vez más, que el muchacho no tiene ningún otro interés que llegar a su reducto. No puede dejar de pensar en lo indescribible que el joven le resulta, reconoce que la irrita solamente verlo.

El Flaco empuja la puerta de su pieza con la cadera, cargado como está no puede hacerlo de otro modo. Una vez adentro apoya todo en su escritorio y vuelve para cerrar la puerta con llave. Conseguido esto, se prepara para comer, pero para esto tiene sus rituales, desconocidos por todos: los ejercicios para contener el hambre. Es parte de sus adiestramientos no dejar que la voracidad lo domine. Tiene ganas de tragar el bife, precisamente por eso se controla. Se hiperventila para dominar la situación, no debe quedar a merced de la avidez que puede ser la enemiga que lo obligue a ir a los asados para presentarse a la mesa. Mira la carne bien roja, ve cómo el pan se empapa de los líquidos del bife y se obliga a detener los jugos salivares que inundan su boca. Para que esto cese, bebe un largo trago de vino del pico de la botella. Eso lo serena para dar comienzo a su estudiada manera de emprenderla con el sándwich. Recién después comienza la larga y lenta tarea de deglutir los pequeños pedazos de comida que lleva a su boca. Está sabrosa la carne. Cree haber escuchado que la carne viene de un novillito que hizo sacrificar su padre para la ocasión.

Sentado en el borde de su cama, comerá conteniendo el hambre, disciplinándola, haciéndola esperar, sin darle el gusto a su reclamante estómago. Para cuando termine, será el turno del último trago de la botella. Le gustaría agregar algo dulce a ese final, hay tortas y masas en

la cocina, pero no moverá un dedo para ir en la búsqueda de los postres. Los vahos alcohólicos lo van sitiando. Le agrada eso, sabe que así podrá sosegar.

Mientras tanto, en la casa, todos duermen, excepto Eustaquia que limpia las consecuencias de la comilona. La mucama va envolviendo prolijamente lo que sobró para llevarlo más tarde a su casa. Pese a tener la anuencia de sus patrones, no deja de sentirse una ladrona o que está haciendo algo incorrecto. Piensa que no es nada fácil tomar comida ajena. Se sobresalta cuando de la casa vecina llega música en forma estridente. Algo muy infrecuente y mucho más a esa hora. La letra le parece que está dirigida a ese acopio de comida que está haciendo. Por las dudas, se persigna y reza para sus adentros. Mirando el cielo, le dice a Dios que todo esto es por la falta de trabajo de sus familiares, que los chicos tienen hambre; “tenemos cada vez más necesidades y los chicos cada vez crecen más flaquitos, miralos a ellos Señor”, le dice entre la plegaria y la queja, por la sordera de Dios ante tanta miseria. Agrega que tiene la anuencia de la madre del Flaco para llevarse lo que quedó del asado y los postres. Agrega que su patrona sigue la máxima de repartir panes y peces. Adiciona que su pecado son los malos pensamientos con respecto al muchacho. “Pero Señor estoy harta de verlo pasar en calzoncillos, empachada de sus desaires y de lo mucho que ese haragán me hace trabajar, no es justo”, le dice Eustaquia a Dios con la cabeza gacha y sin detener el acopio.

Muy lejos de los pensamientos de Eustaquia, la cabeza del Flaco cae sobre la almohada. El vino ya hizo lo suyo y le permite algo que le suele estar vedado: dormir. Es curioso, en su casa creen que se la pasa durmiendo cuando lo que ocurre es que lucha, denodadamente, para poder dormir. Las imágenes que, cuando cierra los ojos vienen a su mente, no lo dejan en paz.

En ese momento, cuando estaba casi entregado a adormecerse, El Flaco escucha una canción de *Soda Stereo*. Lo indigna que ese meloso de Gustavo Ceratti esté metiéndose en su pequeño redil sagrado, atornando en su pieza. Algo está fuera de control, pero borracho como está no puede averiguarlo. Le parece imposible que la mucama se anime a poner música mientras sus padres y él duermen la siesta, sin embargo,

ahí está:

Ah... come de mí, come de mi carne.

Ah... entre caníbales.

Ah... tómate el tiempo en desmenuzarme.

Ah... entre caníbales.

CAPÍTULO II

RUTAS ARGENTINAS

Martha no sabe si ponerse a llorar o fumarse el cuarto cigarrillo al hilo. Hace frío, el campo está blanco por la helada y por la ruta no pasa casi nadie, a esa hora de la madrugada. Despunta el día y esto la hace sentirse aún más ridícula y desolada, algo que ya le pasaba cuando salió de ese hotel en la ruta, cercano a Gorostiaga. Culmina así una noche en la que fue en busca de sexo y rock and roll, como dicen sus amigas. Fue una promesa vana, como ha venido ocurriendo en los últimos tres encuentros con esos hombres que contacta a través de las líneas del 0-600. Fulanos que por teléfono prometen hazañas eróticas y terminan como ahora su auto: no arrancan.

El auto fue lentamente perdiendo fuerza y varias luces se prendieron al unísono en el tablero. Todas ellas fueron incompresibles para Martha, hasta que finalmente desaparecieron. “Un auto japonés casi nuevo, con muchos detalles tecnológicos de última generación, no debería descomponerse a los cinco mil kilómetros de uso”, trataba de pensar lógicamente para aplacar el pánico que iba estrujando su corazón. Sin embargo, estaba allí en la banquina, sola desde hacía un largo rato, con el capó levantado, y las balizas puestas y atadas al baúl. Dos camiones que pasaron las hicieron volar varios metros, por eso las afirmó entre el paragolpes y la tapa del baúl. Y para colmo quedó cerca del *Dancing Player*. Apenas lo pasó, inmediatamente comenzó el ratoneo del motor y pudo andar solo un poco más. En realidad, el auto japonés, que era la envidia de sus amigas de Chivilcoy, se arrastró agonizante desde el famoso prostíbulo hasta el lugar donde ahora se encontraba, algo así como dos kilómetros andando en estado de penuria. ¿A quién recurrir? No solo no tiene idea, sino que con esa angustia que crece está paralizada. Cuando el auto detuvo su marcha, también se fueron todas las

lucos. No había lugar a dudas, estaba bien pero bien jodida. Por ahora, fuma y se da cuenta de que si los hombres de su pueblo pasaran por allí tratarían de ignorarla, dado que vienen de sus aventuras prostibularias y lo que menos les interesa es que alguien como ella se entere y haga correr el chisme por el pueblo. Martha todavía es una viuda reciente y desde siempre se la consideró una mujer seria, pese a que saben que es boca sucia, mal hablada. Una venganza, según su madre. Siempre odió esa cosa inglesa que tuvo históricamente su familia y que llevó a sus padres a ponerle Martha, con esa puta hache entre la *t* y la *a*, que obliga a colocar la lengua de una manera casi impracticable en castellano. Perfectamente podía haber sido “Marta”, como todas las de su edad, o María Cristina, pero su madre, con esa formación de la cultural inglesa, y su padre, con el *Rotary Club*, tenían esos aires de estancieros ingleses dueños de la Patagonia y la estaquearon a esa *h* de mierda. Tener unas hectáreas de campo les hizo creer, siempre, que poseían una superioridad cultural que los separaba del resto de los habitantes del pueblo; ahí expresaban su profundo racismo y su filiación a la rubia Albión. Eran de los que tomaban el té a las *five o'clock*, de los que intercalaban siempre una palabra en inglés en medio de cada frase, porque en castellano no existía esa palabra “precisa y adecuada”.

Pese a esa supuesta prosapia de origen, ahí estaba Martha, muerta de frío, frustrada después de una noche decepcionante, sabiendo que ningún varón de Chivilcoy pararía para ayudarla. Ese placer vergonzante del que venían les impediría acercarse. Dudarían de su recato, y perseguidos por sus propios pudores imaginarían que “la inglesa”, como muchos la llamaban, los arrojaría en boca de las chismosas. Algo así como condenarlos al escarnio público, sin hacerse cargo del asunto. Con sólo susurrar en alguno de los oídos indicados, el rumor comenzaría a rodar imparable. Comenzado por una boca respetada como la de Martha, un rumor de ese tipo cobraría un valor inestimable para que las esposas fueran contra sus maridos, es que con ese valor que daba esa condición de inglesa y estanciera, podía ser creída cualquier palabra que surgiese de su boca.

Entre el segundo y el tercer cigarrillo volvió a sentir esa diferencia que la ponía tan cabrera: los hombres podían ir y venir del prostíbulo,

tener sexo con quien fuese y vanagloriarse de ello a voz batiente. Las viudas, mujeres como ella que ardían en secreto desde la muerte de sus maridos, debían andar vestidas con ropas negras y recatadas. Para combatir todo eso, intentaba esas aventuras de contactos telefónicos de las líneas 0-600, con hombres de pueblos vecinos. Se cuidaba del “qué dirán”, que desde siempre alimentó los prejuicios de Chivilcoy.

Para colmo, desde la muerte de su marido, volvió a vivir con su madre y se dio cuenta de que ambas estaban en la misma situación de anhelos nocturnos insatisfechos, y que por ser madre e hija se inhabilitaban mutuamente a hablar sobre ellos. Todo le resultaba impostado, forzoso y angustiante. Dos viudas, conocidas como “las inglesas”, que toman el té a las *five o'clock* y que son, lo intuye Martha, una de las comidillas del pueblo. No se banca los chismes, no se banca que sean las mujeres las principales chismosas, no se banca su situación de viuda ardiente que todavía no puede circular como una mujer libre y con ganas de disfrutar, no se banca tener que callar lo que piensa: su marido es el hijo de puta que, muriéndose, la dejó en la estacada. Ella está viva y por eso mismo quiere tener encuentros fogosos que la hagan olvidar los esfuerzos con sus hijos, el sostenerlos cuando piden por su padre, la relación ríspida que tiene con su madre, las dificultades con la familia de su marido que aspira a aprisionarla. Definitivamente, ser Martha, con hache intermedia arrastrada -como se ha cansado de repetir y pronunciar en cuanto lugar le pidieron su nombre-, le juega en contra, como la viudez. Acciones que realizaron otros y que la hacen padecer. Martha es una mujer y lucha por no ser sindicada como un animal herido sin remedio que hay que estaquear o sacrificar en el altar de las buenas costumbres. Recuerda muy bien que cuando lograba quitarse la h intermedia, la que funcionaba como un invisible velo, era una diosa pasional y juguetona.

Ella, que viene de un encuentro muy frustrante con un señor de Alberti, uno de esos que se conocen por teléfono en las líneas de ligue; está allí, muerta de frío y sintiéndose una pelotuda, una más, de las muchas mujeres que deben vivir encorsetadas a la hipocresía social. Parece que su madre no pudo salir de esos prejuicios y ella va camino a lo mismo. “Inglesas y dueñas de tierras en la pampa húmeda”, le dicen

para molestarla sus amigas. Martha las corta de raíz: “¡Dejémonos de joder, apenas unas vacas, unos maizales y pará de contar! Todo es mentira, cortinas de humo.” Y por si eso no alcanzara, están sus suegros, que la controlan como si fuese una de las chicas del *Dancing*. Son de esos que, cada vez que visitan a sus nietos, parecen enrostrarles la culpa por la muerte temprana de su hijo. “Hijos de puta, qué pensarían de Sonia si supieran que el marido se desplomó encima de ella cuando estaban culeando, Quedó seco encima de las tetas, hay que poder salir de abajo de un cuerpo muerto que te tiene ensartada. Me dan ganas de putearlos a estos abuelos de mierda que me quedaron adosados.” Es febril el ritmo de sus pensamientos en esta noche estrellada que para cualquier observador es solamente un diáfano cielo azul, bello e inabarcable.

El atronador sonido de un auto la saca de sus reproches y aflicciones. Un 128 de carrera pasa a gran velocidad. Ni se molestó en ponerle atención, si salió a probar no va a parar; si es del pueblo y viene del prostíbulo, menos. Su auto japonés es todavía muy botón, demasiado “última generación” y solo hay dos en Chivilcoy. Todos los que han retozado con las putas del *Dancing*, lo que menos quieren es auxiliarla. La sería viuda inglesa, todavía prohibida por el duelo, es una vaca sagrada incogible. Escaparán haciendo como que no la ven.

No terminó de pensar estas cosas cuando vio venir, marcha atrás y a toda velocidad, al Fiat 128. Ahí cae en la cuenta de que el único que puede hacer algo así es El Flaco. Solo un tipo solitario y apocado, como el conductor del auto, que ahora parece venírsele encima marcha atrás, puede ir o salir del prostíbulo metiendo tanto ruido; sabe que el muchacho es un especialista en ello. “Nunca falta un roto para un descosido”, se dice en voz baja. Se alegra pese a los pensamientos negativos que tiene sobre el joven; “Es un caballero andante, de truculenta fama; un corre caminos que recorre kilómetros, a altas velocidades, por las rutas, en el auto o en la moto. Siempre solo”, recuerda haber repetido este tipo de comentario más de una vez. Ve que el tipo baja desaliñado, con la campera de cuero abierta y la camisa totalmente fuera de lugar. “Solo falta que tenga la bragueta abierta”, piensa. Es evidente que no le importa que ella sepa que vuelve del *Dancing*. Lo tiene sin cuidado que la inglesa perciba que viene de coger con una puta. A los ojos

de Martha, este canto al desenfreno, hizo que pusiera en duda todas las habladurías que se dicen del desbraguetado este, que se presenta a ayudarla. Para colmo, no habrá ningún registro del gesto solidario del desprestigiado joven. Tal vez por eso mismo viene en su auxilio. Sabe que el tipo es uno de esos que no da, ni pide, tregua. Finalmente la socorre otro solitario, quizás tan desesperado como ella pero con peor prensa. Si alguien los viera, el barro del prejuicio los arrastraría por igual.

Al bajar del auto se apresura a saludarlo y a explicarle lo que ocurrió. El muchacho apenas le sonrío pero se dirige resueltamente a su baúl, busca, y vuelve con unas llaves y una barreta. Con esos elementos, se mete de cabeza en el motor del Mitsubishi. Ella se da cuenta que no sabe cómo entablar una conversación con un joven que es tan raro para todo el pueblo. De pronto, él le hace señas de que ponga en marcha el auto. Presurosa se dirige al habitáculo y gira varias veces la llave. El auto sigue tan mudo como hace un rato. La mano del Flaco que sale por un costado del capó, le pide que no insista. “Es la batería”, grita el joven, “no tiene corriente”. Martha ve que primero afloja las correas y que luego, con la barreta, las estira. Observa su cabeza metida en el motor y ve los pelos largos y la calvicie que va por debajo. Es como si tuviera cicatrices en la cabeza. La saca de su pensamiento el muchacho, que le dice que espere. Va hacia el 128, lo pone a la par de su auto y hace un puente con gruesos cables entre ambas baterías.

Mientras conecta un auto con el otro, Martha se da cuenta de que arde. La actitud solícita, del tío que viene de revolcarse en una cama con una puta, la calienta. Llevaría al muchacho hacia un pequeño bosquecito, que está ahí cerca, a unos doscientos metros, donde camioneros de Chile, de Brasil y Argentina hacen asados, antes o después, de desagotar su entrepierna con alguna muchacha del *Dancing*. Que así, casi sin palabras, como todos dicen que se maneja El Flaco, lo besaría con frenesí hasta sentir que su miembro se pone bien duro. Y lo montaría dentro del auto. Y “la Martha”, despojada de la hache arrastrada, gozaría mucho más si se diera cuenta que el joven, tiene en su órgano erecto, restos de su encuentro con una chica del *Dancing*. La calienta la competencia entre la prostituta y ella, la pone fogosa imaginar

que puede demostrarle al muchacho que las viudas jóvenes, como ella, tienen mucha sabiduría y deseos acumulados. Demostrarle a alguien que está viva. La conmueve que ese, del que todos dicen que es un “mal bicho”; ese, que está sindicado como un “bueno para nada” y al que hay que rajarlo de todos los lugares que frecuenta, esté ahora con sus manos engrasadas y con frío, arreglando su auto; gesticulando desde dentro del capot, sin mucho entusiasmo, como si fuera un esfuerzo enorme hablar.

La saca de sus turbulencias eróticas el muchacho, que vuelve a pedir que dé contacto. Con cierta vergüenza, descubre que una de sus manos está cerca de su sexo. Por suerte, en la oscuridad el joven no percibe nada de esto. Ella se recompone, vuelve a ser Martha con hache intermedia y arrastrada, y gira la llave. El Mitsubishi responde al instante. El Flaco, con agilidad y premura, desconecta los cables y guarda las llaves en su baúl. No espera que ella se baje. Acostumbrado como está a los desplantes y desaires, se va. Desde el costado, la saluda con un movimiento exiguo de la mano, como si le costara entablar el más mínimo contacto. Entra en su 128 y sale arando la tierra y destruyendo el silencio de la noche con los sonidos de sus escapes. Parece el trueno que anuncia una tormenta o un vendaval. En segundos, las luces traseras se pierden en el horizonte. Desaparece, como esas figuras del demonio de las que tanto se habla en el campo argentino. No faltarían, de conocerse el encuentro, los que busquen minuciosamente huellas de azufre en el pasto.

La inglesa, perturbada por sus sensaciones, retoma lentamente el asfalto. Va pensando más en el bosque cercano que en la ruta. La pasa rozando un auto, que no había visto venir por el espejo retrovisor. El conductor saca la mano por la ventanilla haciendo un gesto que Martha entiende perfectamente: la está mandando al carajo. Seguramente el tipo seguirá algunos kilómetros afirmando lo que ya habría dicho infinidad de veces: “Sólo las mujeres manejan tan pelotudamente.”

Conduce despacio, acongojada porque la muerte de su marido la expulsó violentamente de los placeres y la risa. Como es habitual, vuelve a pelearse con el fantasma de su esposo. Le recrimina que no le hubiera hecho caso a su idea de vivir en Buenos Aires; desde su muerte, para ella el pueblo se transformó en un corsé asfixiante. Una cárcel, y

en la celda, está con la inglesa mayor. Le imputa, inútilmente -lo sabe-, de ser el culpable de que hay vuelto a vivir en la casona de sus padres.

Va imaginando la llegada a su casa. El diálogo trivial que tendrá con su madre, que ha quedado al cuidado de sus dos hijos. Sabe que lo no dicho entre ellas será lo más importante. Se fueron acostumbrando a vivir así. La madre sabe que su hija se fue de juerga, la hija sabe que su madre quiere tener un amante desde hace mucho. Mientras las fantasías sobre las viudas inglesas recorren las mesas de los bares y del club “El Progreso”; ellas, en esa mañana, como en tantas otras, dirán nimiedades, tratando de no mirarse mucho a los ojos. Algo podía haber cambiado si su madre hubiera aceptado a Don Atilio, el panadero que la rondó luego de la muerte de su padre. Su desgracia, un duelo finalmente, sería más llevadera y no vendría con la marca de un trágico y repetido destino. Mira nuevamente el cielo despejado del amanecer y le parece una burla. Anota detalles de la luz y los de una bandada de pájaros saliendo de los árboles. Servirá para decirle algo a su madre.

Después de guardar el auto, Martha se rehace para entrar a su casa. La inglesa mayor preguntará “¿Cómo te fue?”, y la inglesita menor, la Martha con hache arrastrada, dirá un “bien”, casi inaudible. Luego se dirigirá a la cocina para recomponerse y desde allí le propondrá a su madre tomar un té verde.

Mientras calienta el agua, vuelve a pensar en el bosquecito y en El Flaco. Le hubiese gustado saber si sus fantasías eran compartidas por el joven de extraña ropa y rebuscado peinado, que intenta ocultar los surcos de su pelada, como si fueran cicatrices. Se habría puesto contenta al descubrir que no solo había sido su fantasía, sino que el joven, pese a venir del *Dancing*, se había calentado con ella y ahora estaba reprochándose no haberse animado con la viuda por considerarla mucha mina para él. O, lo que es peor, tal vez la hubiese ubicado como una señora grande, una especie de mamut fuera de cualquier carrera erótica.

Se quita este último pensamiento de su cabeza y se descubre rozándose con la mesada y presurosa se va al baño. Entre sollozos y temblores, el recuerdo del Flaco y el duchador hacen el resto.

CAPÍTULO III

UN PESO, UN DÓLAR

El Flaco tiene el pelo largo; a pesar del esfuerzo que realiza al acomodarlo se nota, que en el medio de su cabeza, hay poca cabellera. Hacia los costados, largas lanas lacias -crines, dice la madre-, buscan los hombros. Es indudable que le gusta su melena, y por eso trata de mantenerla brillante, reluciente. Trata de hacer de su cabello una marca de identidad. Para ello, se la masajea insistentemente con productos especiales, intentando detener la tenaz calvicie que se empezó a desarrollar, implacablemente, desde que su vida se le escapó de sus manos. Pese a estos dolorosos avatares desarrolla estrategias para que algunos mechones hagan complicados giros, para que tapen esa zona donde el pelo prácticamente ha desaparecido. Trata así de hacer un río subterráneo de la calvicie, ocultar lo evidente y lo que le da tanta rabia. Confía en que con su actitud tenaz con el tratamiento, tendrá el éxito esperado. Es un mandato imperioso en su vida, detener la debacle de su otrora frondosa cabellera.

Ha colocado fotos grandes -en donde su melena reluce sana y completa-, en un costado del gran espejo, que está frente a su cama, con marco barroco de madera y pintado en color oro; una herencia de sus abuelos y que su madre dispuso que estuviera en su habitación. Todos los días compara las fotos con el estado actual de su cabello y se da cuenta de que va perdiendo la batalla. Esos tropiezos le dan más fuerza para continuar el masaje con lociones. Cada semana, agrega más minutos a la caricia terapéutica, la realiza con la yema de los dedos, de abajo hacia arriba, como explica el prospecto del producto comprado al canal de televisión *Llame Ya*.

El Flaco muestra una cara tensa, producto claro de un rictus a ambos lados de la mandíbula que hace que los maxilares salgan hacia fuera

prominentes, como si quisieran reventar y llevar sus riendas musculares hacia la boca que parece estar obligada a mantenerse cerrada. La piel del rostro es muy seca y blanca -en ella se pueden observar pequeños vasos sanguíneos-; una tez característica de las zonas donde hay mucho viento y el sol es abrasador. También de los alcohólicos. Las cejas, largas y cargadas, terminan de componer un rostro llamativo, difícil de olvidar y que está, como sus actitudes, en boca de todos.

-Parece viejo, pero es joven. Tiene veinte años y, mirándolo detenidamente, parece más. Es un rostro surcado por el sufrimiento, como dicen en la novela de la tarde, del Rosendo, ese que maltrata a su mujer. Es seguro que la droga le está haciendo mal. ¡Vaya una a saber qué toma! Hay tantas cosas raras con este asunto de la drogadicción. Una no entiende a los jóvenes de hoy, pero con este chico que viste raro, después de lo que pasó, no sé hay laucha en la galleta, acuérdeselo lo que le digo.

Esto dice una clienta y vecina, así como al pasar, al atento panadero, mientras elige unas galletas de campo, en una antigua batea de madera, del pequeño negocio. El hombre la deja hurgar, entre la pila de galletas, para que encuentre las más crocantes, que se distinguen por su color marrón oscuro. Es que la señora ama comer galletas bien tostadas, con salame y queso, para acompañar el mate de la tarde. Una merienda cargada, dado que suele no almorzar, por cuestiones que ella misma no se cansa de repetir, cada vez que visita la panadería.

-Antes comía y me iba a dormir, después tenía que salir apurada para el cementerio. Todos los muertos me reclamaban algo en las pesadillas, que eran producto de la pesadez de estómago. Me di cuenta y cambié: primero duermo, después almuerzo y meriendo todo de una sola vez. Como dicen ahora, hago “un combo” con las dos ingestas. ¿Vio que Cormillot recomienda que sea necesario alejar las comidas del dormir? Ese médico está siempre en la radio, en la televisión, en el gobierno ¿cómo hará? Igual, Atilio, tengamos cuidado con la siesta: antes decían que era sana y reparadora, ahora, un famoso cardiólogo que estuvo con Mirtha Legrand, dice que en Uruguay y Argentina mucha gente se muere del corazón al despertarse del “petiso de la tarde”; ese tan tentador sueñito que viene después de comer. Es una idea que no le va

a gustar a nadie. La siesta es una institución, en todos los pueblos de la pampa húmeda.

Atilio, sonriente, la alienta a que siga con sus comentarios.

-¡No me diga! No estaba enterado, y eso que la semana pasada fui al médico. ¡Pero en este pueblo, si prohíben la siesta, hay una revuelta! Los análisis me dieron bien, por suerte. ¿Sabe en qué me insistió el médico? No lo va a creer, en que tomara una copa de vino todas las noches. Me agarró desprevenido la sugerencia. No supe preguntar por qué.

La señora, que sigue eligiendo las galletas, lo escucha sin mirarlo. Espera que Atilio termine, necesita seguir hablando. Sería imposible hacer una compra de galleta sin comentar detalles, tanto de su vida personal, como de las noticias sociales del pueblo.

-A mí, ir a descansar sin comer, me dejó, por suerte, sin esos sueños terroríficos donde los difuntos siempre estaban enojados conmigo. ¡Me daba un miedo! Yo decía que era injusto, porque voy siempre al cementerio, lo que se dice siempre. Cada aniversario les hago una misa, les llevo flores, las fotos más lindas de los que se fueron las tengo bien a la vista. Por suerte todo eso terminó con la modificación entre la siesta y la comida. Ahora, cuando me levanto ¡Ahí te quiero ver!, ¡Qué hambre!, ¡Qué ganas de tomar mate! Por suerte, a Pocha, mi vecina, la convencí y hace lo mismo.

Mientras esto comenta, tiene particular cuidado de no manosear mucho el pan de campo, elige con la vista y para ello se coloca los anteojos de ver de cerca y se inclina todo lo que puede su ya maltrecha columna vertebral. El panadero la deja hacer con confianza, porque sabe de las precauciones que la mujer toma en la manipulación de las galletas. Además esta requisa de su mercadería le permite saber alguna cosa más del pueblo. Sabe que es mentira el repetido latiguillo que proclama que “nunca pasa nada en Chivilcoy”

Esta situación confidencial, entre su clienta y él, es muy distinta al lío que se arma cuando llegan los peones de las estancias a su pequeño negocio; una habitación convertida en local, que está en el frente de la casa familiar. Entre risas, cargan pan para un mes, en enormes bolsas de harina; las llenan sin cuidados y a los apurones. Don Atilio se alegra por la compra, casi al por mayor, que los peones le hacen,

también comprende que sean atolondrados. Sabe que con el apuro le roban minutos a las compras, tiempo que ganan para ir al boliche, a tomar una ginebra.

Cuando el malón de paisanos se retira, entre risas y bromas, el panadero pasa pacientemente el escobillón; su manía es que no haya ni migas ni cáscaras de pan en el suelo del negocio. No quiere que las lauchas vengan por sus preciadas galletas. Esos diminutos roedores son siempre un mal presagio. Anuncian calamidad y miseria, así lo alertó su abuelo napolitano desde que era niño. El tema de las lauchas venía siempre atado al relato de las pestes, los barcos, los naufragios y la multitud de muertes por calamidades. Siendo más grande, Atilio comprendió que el tema que obsesionaba a su abuelo, eran las ratas, pero él siguió ahuyentando o matando lauchas allí donde las hubiere.

Sabía que su mercadería era muy apreciada por los roedores, por eso tenía un arsenal de recursos para combatirlos: gato, trampas y venenos nunca le faltaban. Por suerte, hace ya unos años que se dio cuenta que la sola presencia de un gato, no solo ponía a raya a lauchas y ratas, también las cucarachas se escondían ante el olor o la presencia del felino. Hace ya tiempo que Lorenzo, un gato variopinto, realiza perfectamente el trabajo de feroz cazador.

Atilio vuelve su atención sobre la señora y comprende que su clientela está realizando un ritual y que, si está bien ejecutado, le organiza el resto del día. La mujer se quita los anteojos y le entrega la bolsa de las compras al comerciante, para que éste pese la mercadería que lleva. Mientras tanto, sigue contando de su relación con Pocha, de la merienda y los asuntos excitantes de los últimos capítulos de la novela. Todo parece calcado de la última visita y el comerciante se va resignando a no tener el rumor o el notición del día. Todo cambia cuando la jubilada habla del Flaco, siempre hay algo que agregar al respecto. En este caso, las noticias tienen el carácter de escándalo y de cuestión insoportable para el pueblo. Cuanto más circulan, más rabia se acumula entre los pobladores de Chivilcoy.

Don Atilio, una persona con suficientes años a cuestas, trata de aminorar las angustias que El Flaco y sus revuelos le producen. Esas noticias le hacen evocar ciertos asuntos turbios ocurridos en su juven-

tud y que todavía le siguen exigiendo reparaciones, a todas luces imposibles. Muchos de los actores de esos hechos han muerto y aun así no está tranquilo. Son eventos que todavía mantienen su frescura, logran asaltar su presente y le dejan un gusto amargo. Reyertas lejanas donde su mano enterró un puñal en el estómago de un conservador en Bragado, todavía su mano arde cuando se acuerda.

Todos estos recuerdos se agravaron con la muerte de su mujer y aumentaron luego con el desaire reiterado de la madre de Martha. No tiene dudas de que el mismo se debió a su condición de panadero pobre. La inglesa mayor no pudo o no quiso saltar las vallas que le imponían sus aires de estanciera. Había cierta atracción entre ellos, ella se lo había reconocido, pero igualmente lo rechazó. En esa turbulencia melancólica, en que lo dejó la inglesa mayor, no puede dejar de atribuirse la responsabilidad de subir al vuelo del último amor. “Vive tan cerca y está tan lejos.” No tiene dudas que la inglesa mayor lo ha vinculado al muerto, éste era un pariente lejano de la inglesa y cree que eso es parte importante del fundamento del rechazo amoroso.

Para salir de estos dolores, lleva a su clienta por caminos conocidos. Sabe que sus vecinas, viudas como él, se acompañan mientras miran la telenovela y toman mates lentamente y sin parar. Para escapar del dolor, saca a la viuda de las noticias sobre El Flaco y le pregunta por la yerba que está usando.

-Una nueva, muy liviana no me acuerdo el nombre, ¡Ah, estos olvidos que vienen con la edad! Pero la técnica del cebado es siempre la misma. Invariablemente, los mates, amargos como la vida. Pero no hay que ver en este refrán algo agorero. Es respetar el sentido fuerte de la infusión. Dicen que los guaraníes la tenían como un brebaje de los dioses. Sin azúcar, para no jorobar con la glucemia, que está en el límite, ya bastante permiso me doy con las galletas y el salame.

La cátedra que le da su clienta sobre cómo servir la infusión lo hace salir a Don Atilio de los nubarrones de su memoria. Morirá sin saber por qué aquellos entreveros de su juventud siguen pidiendo solución; algo escuchó sobre la memoria y sus retrocesos en la vejez, pero el asalto que él está haciendo al pasado sobre el presente, con esas evocaciones impensadas, la mayoría de las veces son crueles y suelen devorar una

parte importante del tiempo que le queda por vivir. No tiene dudas que el último amor podría haber ayudado a mitigar esos dolores. La inglesa, siempre la inglesa, se hace imagen soñada pese a que nunca le tocó una mano.

Al panadero también lo ayuda la liviandad en la conversación, cree que la señora omite que existe una versión íntima y personal en cada argentino que cebe mate, pero se cuida muy bien de decírselo. La vecina, nuevamente, lo saca de ese pensamiento.

-Lo que no se puede hacer es hervir el agua, hay que sacarla cuando la pava chilla unos segundos. Ahí, está a punto. Fíjese, con la Delia es imposible hacer una mateada larga. Es tan ansiosa que quema la yerba rápido. Hace toda la preparación muy bien: le quita el polvillo a la yerba que puso en el mate; le coloca un chorrito de agua fría, antes de empezar, pero no sabe calcular la temperatura del agua. Le mete agua muy caliente y, al ratito nomás, con dos o tres mates se lava. No, señor, no, señor. Hay una armonía entre el porongo, la bombilla y el agua, y si este proceso se sigue paso a paso, el mate dura; es como una misa. Es muy feo cuando la yerba se lava. Los palitos nadan dentro del mate. Convidar un mate así, es impresentable. Es como usar una media de cada color. Peor, es como quedarse parado en la iglesia cuando todas se sientan con el Padre Nuestro.

Don Atilio sonrío por la comparación, es ingeniosa la viuda. Su imaginación parte hacia a esos encuentros de mujeres. Ensueña esas charlas en las largas tardes al lado de la estufa, cuando hace mucho frío. Concibe nítidamente cómo con las manos van partiendo en pedazos las galletas camperas y les agregan fetas de salame y queso, cortadas a cuchillo sobre una gruesa tabla de madera, que se oscurece cada día con la grasa que cae del salame y con el aceite que segrega el queso. No tiene dudas de que la tabla tiene un hundimiento en su centro, producto de que en cada corte de queso, el cuchillo le va arrancando una minúscula parte a la madera. Piensa que el queso es cortado con lentitud y que debe ser algo blando, no debe estar del todo estacionado, dado que de estar duro y consistente las jubiladas no lo podrían comer con esas frágiles dentaduras, varias veces reparadas.

Mientras comienza a buscar en el monedero, la vecina pregunta:

-¿Qué le debo, Don Atilio? Ahora se me puso entre ceja y ceja el nombre de la yerba, cuando llegue a casa es lo primero que voy a mirar en la cocina. Espero no olvidarme, porque a veces voy a buscar algo y en el camino ya no recuerdo de qué se trataba. Parezco una tonta en la cocina, buscando algo que no sé qué es. Por lo pronto, acuérdense que le estoy dando estos pesos argentinos que tienen el mismo valor que los dólares. ¡Ja! Una jubilada argentina, que nunca salió de Chivilcoy, le paga con dólares a su panadero el medio kilo del pan más tradicional del campo argentino. Don Atilio, declaremos ante Dios que jamás vimos un billete de esos pero que la Divina Providencia ha realizado el milagro de que el dólar se encarne en el peso. No parece un dólar, parece un peso, pero gracias a un milagro de la Santísima Trinidad -Dios me perdone la herejía-, hay una transformación parecida a la de los panes y los peces.

Cuando la mujer se va, Atilio pasa un repasador sobre su mano. Nunca nadie supo fehacientemente cómo fue aquél entrevero, tampoco quienes participaron en el mismo. Sus correligionarios guardaron silencio para siempre. Hoy, que todos ellos están muertos, lo que podría invitarlo a cerrar definitivamente el hecho, no puede dejar de pensar en que la inglesa mayor conoce la verdad. ¿Debería irse a dormir la siesta sin comer como hace su clienta?

CAPÍTULO IV

LO QUE VIENE, LO QUE VIENE, LO QUE VIENE...

El comisario escuchó con atención. Respondía con monosílabos, con ajás o sonidos similares, que avalaban o rechazaban las propuestas de su interlocutor telefónico. Distraídamente, garabateaba una hoja, creyendo transmitir así, a todos sus subalternos, que la llamada no llevaba importancia. Un gesto inútil, dado que todos sabían en la Regional que estaba resolviendo cuestiones importantes. En especial, cuando el jefe hacía funcionar un pequeño aparato que impedía interceptar o grabar lo que se hablaba.

El policía lo había pagado de su propio bolsillo y prohibió mencionar su existencia; el bloqueador, de última generación, traído desde Israel, lo ponía muy contento. Lo considera una buena inversión, el costo había sido muy elevado pero funcionaba de maravillas. Sus resultados devolvieron con creces lo gastado, ningún servicio de informaciones, ni Asuntos Internos policiales, ni ninguna sección de la Policía Federal, tenían registro de sus comunicaciones. Estaban blindadas. Sabía que así se protegía de las luchas intestinas o de las disputas de poder en la que se trenzaban la Federal y la Provincial. No estaba ya para discutir a tiros, con otros porongas policiales, el territorio. Eso quedaba para culatas sangrientas, que cada vez más, se articulaban con el narcotráfico. Era demasiado embrollo y él entendía que *debía* retirarse en poco tiempo. No tenía el menor interés de que lo hicieran boleta por la merca. Si se quedaba, tenía que imponerse a tiros, sabiendo que no se podría nunca liquidar del todo esa expansión y ramificación del narcotráfico. Dentro de la lógica del negocio, se empezaba fácil y rápido a matar gente pero era claro que nunca se iban a terminar los tiros y las muertes. Estaba conforme con lo que había logrado hasta este momento, eran varias

las empresas que lo tenían como socio. Estaba “hecho”, lo esperaba un buen retiro, con una economía resuelta.

Este nuevo y monumental negocio de la cocaína y derivados lo excedía. Además, conocía perfectamente bien los peces gordos internacionales que estaban en la carrera. Lo que había comenzado como lavado de dinero venido de distintos lugares del mundo, incorporaba, día a día, la transa de cocaína, marihuana y drogas sintéticas en cada provincia. Con el lavado de dinero se terminaron lealtades y poderes territoriales y por eso venía preparando su salida con sigilo.

Se reconocía de la vieja guardia, por eso debía, antes de ese apartamiento, que poner culo norte a los del afano de la estancia. No había dudas que el asunto lo tenía a mal traer: la policía de la provincia era un hervidero y se disputaban la conducción diversos grupos, que se habían declarado la guerra sin cuartel. Pero no iba a retroceder ante ese asunto, donde lo puentearon para cagarlo, demostrándole que ya no era el que dominaba al cuerpo que tenía a su comando. Lo resolvía y se iba. Punto.

Siempre había sido de los que trataban los asuntos cara a cara. En las reuniones, si todo estaba controlado, hablaba tranquilo y pausado, dándole a su voz las inflexiones que entendía necesarias, para que su interlocutor se ubicase rápido y bien en el tema que se estaba tratando. Jamás gritaba. Hoy las cosas no se resolvían así, al menor conflicto te tiraban un muerto sin decir “agua va”. Los cambios en los negocios que manipulaba la fuerza iban demasiado rápido. Porongas, Culatas, Gorras, se peleaban sin cuartel. Medían fuerza a balazos, mandaban a violar a adolescentes, por un quebrado por la droga. Preparaban celadas, por los grupos rivales. Así se jugaba; todos redoblaban la apuesta, se lo aceptaba y se actuaba en consecuencia o era conveniente salirse, lo antes posible, de este nuevo gran y siniestro juego. Del gran lavarropas en el que se había convertido la Argentina desde la llegada del turco Menem, se estaba pasando a la producción y comercialización de cocaína. Él no quería ser centrifugado en este proceso. Tenía que bajarse a tiempo, sin comprometerse con ninguno de los narco policías que iban copando una Regional tras otra.

Mientras hablaba por teléfono, buscó en su agenda los días en que

la luna no estuviese a tope del cielo brillando e iluminando todo. Nada de luna llena, esa valía sólo para la poesía y los enamorados. De acuerdo a la propuesta, necesitaban operar en noches oscuras; eso para empezar. De la logística necesaria tendrían que ocuparse otros, no era su asunto. Además, ya no era su manera de actuar, no lo necesitaba y tampoco le interesaba.

Propuso la fecha de acuerdo a esa fase oscura de la luna. Esperó que le confirmaran del otro lado. Cuando la ratificaron, simplemente dijo: -Lo arreglo.

Al cortar, hizo un paneo rápido por la oficina y registró quienes eran los que estaban cerca. Nada de qué preocuparse, si alguno escuchó algo había sido uno de sus hombres de confianza. El asalto a la estancia le había indicado que, dentro de su propia Regional, estaba creciendo un grupo de disconformes con las maneras en que se distribuían ciertos dineros se lo habían hecho conocer con este robo. Siempre podía pasar algo así, pero él sabía que si no actuaba pronto, la única alternativa que le quedaba no era el retiro, sino la huída con la cola entre las patas. Era un hombre respetado y quería mantenerse así, con ese plus logrado en las calles, cagándose a balazos muchas veces. Si así no ocurría, sus propios socios comerciales lo desearían. Un ex policía sin influencia en la fuerza, para pedir que se rompiera una huelga, partirle las piernas a un líder sindical, obligar desalojos o impedir el cobro de seguros mafiosos a los empresarios, era un tullido policial y, en consecuencia, descartable.

Tomó la decisión viendo el programa “Fútbol de Primera”, de los domingos a la noche por televisión. Era su momento de distracción. Uno de los conductores iba al corte publicitario anunciando: “Lo que viene, lo que viene, lo que viene en Fútbol de Primera.” Sonriendo estaba cuando lo llamaron para avisarle de otro violento robo a una estancia. Dejó el vaso de whisky apoyado en el brazo de su sillón de madera, repitió la frase del relator de fútbol y le agregó: “En lo que viene, están viniendo por mí.”

Se fue hacia la comisaría e hizo todo lo necesario como para ponerse al frente del asunto pero sabiendo que debía buscar sin encontrar; no debía, por ahora, revolver mucho el avispero. Antes de ir a la estan-

cia robada, aceleró el encargo que había recibido. Realizó los llamados pertinentes a Mercedes, Bragado y Gorostiaga. En cada una de las comisarías, a cambio de unos cuantos pesos, logró que en la próxima luna nueva hubiese zona liberada en todos los barrios de esos pueblos, exceptuando la zona comercial. Él garantizaba Chivilcoy. Se sonrió pensando que a esa nueva economía de mercado, que tanto se pregonaba, había que arrimarle el hombro, que no era tan así como decían los ultra liberales que gobernaban: que todo se acomodaba, en el libre juego de la oferta y la demanda. Después de todo, estaban por aplicar una variante del dumping, que imponían los monopolios a los países más débiles. Las fuerzas del mercado iban mucho mejor “con una ayudita de los amigos.” En especial, si se trataba de abrir un negocio nuevo, que necesitaba que “lo viejo” desapareciera rápidamente. Se trataba de romper una cultura de muy larga data. La idea de la sustracción total de bicicletas era radical, terminante y muy original. Una especie de cambio y fuera, como dicen las radioaficionados al terminar sus comunicaciones.

Nadie relacionó la simultaneidad de los hechos, acaecidos en esos pueblos, en tres noches sucesivas, oscuras y neblinosas de pleno invierno. Por la mañana, se sorprendieron todos los que fueron a buscar sus bicicletas, que habían quedado en las puertas de sus casas sin cadena ni candado. Habían desaparecido, sin dejar rastro alguno, buscarse por donde se buscara, no quedó una sola. El escándalo duró poco, pese a lo extraño del hecho; es que los pobladores estaban interesados en las trapisondas de los ricos de la televisión por la compra de autos Mercedes Benz. Nadie vinculó la llegada, quince días después, de una empresa de ciclomotores que se inauguró con bombos y platillos en cada uno de esos pueblos -ofreciendo en cómodas cuotas los vehículos a motor-, con la desaparición masiva, en todos los pueblos, de las bicicletas.

Un hecho inesperado sorprendió al comisario: en Chivilcoy se sindicó, a la semana siguiente de la desaparición de las bicicletas, como responsables al Flaco, Ernesto y al Colorado; se corría la bola que fueron ellos los ejecutores de esa broma de mal gusto. Muchos agregaban que se habían copiado de las crueles y ya famosas “jodas para Tinelli” de la televisión. Los muchachos se reían a carcajadas del asunto, pero no hicieron el menor intento por explicar que ellos no tenían la

menor capacidad logística para hacer desaparecer, en una noche, todas las bicicletas que los chivilcoyenses dejaron en las puertas de sus casas. Ernesto, que era el más lógico del grupo, sin perder la sonrisa explicaba “Fenómeno, está bien. Fuimos nosotros. Llevarselas hubiera sido fácil, pero hacerlas desaparecer sin dejar rastro alguno, eso, solo lo pueden realizar los pesados de las grandes ligas. ¿O se creen que las vamos a guardar en el galponcito de mi casa?”

Lo cierto fue que desde esa noche nunca más hubo puertas en las que no se echara llave. Se rompió una tradición que venía de los albores de los tiempos en el pueblo. Con esa sustracción masiva, nadie notó que se rompió lentamente la confianza entre los vecinos. Cada cerradura a la que se le echaba llave, cada candado que se colocaba, constituía a cada vecino en más individualista y como consecuencia, en más desconfiado y solidario. También ocurrió una revolución del transporte en todos los pueblos del oeste de la pampa, la a invasión de ciclomotores y motos hizo que niños y adultos se desplazaran en estos nuevos medios de transporte. Algo que el padre del Flaco venía anticipando, lo que una vez más demostró su capacidad para predecir cuáles eran los mejores negocios en los que había que invertir.

CAPÍTULO V

“ACHICAR EL ESTADO ES AGRANDAR LA NACIÓN”

“Diversión de jubiladas pobres”, le dirá Pocha, riéndose, a su sobrino, cuando le va contando con pasión el último capítulo de la novela de la tarde. Kito pasó a visitarla, después de salir de trabajar. Pocha no quiere responder la pregunta inicial que inquiría por su salud. Por el contrario, como si fuera un torero que con una verónica esquiva la embestida del toro, hizo como que no hubiera existido y le comentó algunos detalles de las conversaciones que se dan en los encuentros con sus amigas. Como siempre, El Flaco ocupó la mayor parte del relato.

-Hace tiempo que ese muchacho nos alarma con sus escándalos. ¿Es cierto nene que viste siempre de negro, con tachas y correas, como lo vi hace unos días? ¿Sabés cómo le dice la Delia? “Camperita de cuero”, porque en invierno no protege del frío y en verano te hace morir de calor. Otras, simplemente, dicen que es bueno para nada. Acá, en la pampa, las tachas eran para las monturas, no para las personas. ¡Déjame de embromar! Los padres lo tendrían que poner en vereda. No me hagas hablar –le dice Pocha, que sabe que hablar del Flaco aleja el interés de su sobrino por su salud.

Kito pasa, sistemáticamente, los jueves, para ver cómo está la última tía que todavía vive. La pregunta parece formal pero el sobrino está atento a ver los posibles deterioros de su querida tía.

Ella no para y pasa de lo local a lo nacional, estudiadamente, a fin de mantener la conversación:

-¿Cómo estoy? ¡Indignada, como todos los jubilados! ¿Te parece que este ministro pelado nos joda, congelando siempre las jubilaciones? Es un fresco que dice necesitar diez mil dólares por mes para vivir. ¿Decime nene, en la Argentina, la plata la cagan los perros? -dice Pocha, sin darle mucha importancia a los temas de su salud.

Con su crispación demuestra que está en pleno conocimiento de los desastres que el Ministro de Economía hace con las pensiones y jubilaciones. De esta manera cumple con dos objetivos, el primero hablar de política con Kito y el segundo retrasar las preocupaciones del sobrino. Sabe que Kito tiene una familia numerosa que atender y no quiere ser una carga para él. Es su sobrino predilecto, comparte con él el interés por la política y las cuestiones sociales.

Pocha es una mujer que ha sido siempre muy independiente. Por eso mismo, no acepta que su vejez sea diferente. Orgullosa y autosuficiente, no quiere ser el objeto donde se ponga el rosario de las lástimas familiares. Será chueca, pero camina orgullosa y con la frente alta por el pueblo; como nieta de los fundadores que es. Tiene historia y derechos que pone en ejercicio, ante las autoridades municipales y parroquiales. Pergaminos por los que no pueden doblegarla fácilmente. Más de una vez, le hizo frente al cura párroco por estar en desacuerdo con la forma en que se aceptaban misas y exequias para personas que no eran, según su concepto, “verdaderos católicos”. En su opinión, quienes no aportaban durante años para el mantenimiento de la iglesia, los que solían ir a reuniones de esa plaga de evangelistas que invadía Chivilcoy, y los que se casaban por civil solamente, se habían ido del redil y había que decirlo sin pelos en la lengua en la Novena de los viernes.

La visita de Kito tiene, además, el objetivo de dejarle unos pesos sin que la vanidad de la costurera jubilada se sienta menoscabada. Otras veces viene con vituallas y artículos de limpieza que deja ordenadamente en la alacena de la cocina. El hombre no se permitiría hacerlo de otro modo, es muy puntilloso. Además, en este caso particular, sus obsesiones con el orden son eficaces, sabe que con un rápido vistazo puede saber qué falta de las cosas básicas que su tía puede necesitar.

Responde así, como sobrino leal, dado que fue su niño preferido. Pocha no tuvo hijos por las dificultades de su marido. Paco fue uno de esos hombres a los que les toca, vaya uno a saber por qué, caerse de una ilusión que no tiene vuelta atrás. No podía embarazarla. Sus testículos o su próstata -o la combinación de ambos, ella no alcanzaba a saberlo dado que no podía ubicar claramente esos intrínquilis del aparato masculino- no eran una fábrica que anduviera bien o, al menos, eso

era lo que le había quedado de las charlas con los médicos del policlínico. Tenía poca espermia y todos los intentos de embarazo habían sido infructuosos.

Todavía recuerda los sinsabores de Paco en aquellas circunstancias. Todas las vergüenzas pasadas, con ese análisis tan raro para su entendimiento de peón de cuadrilla del ferrocarril. Ese masturbarse, en un pequeño cuartito de hospital, para juntar en un frasco los efluvios de su pito, sabiendo que muchos estaban al tanto de lo que estaba haciendo. Paco actuaba sintiéndose humillado a cada paso, sentía que su intimidad había sido vulnerada, sin remedio, con esta violencia inesperada a la que se veía sometido. En ese cuartito le robaron el último rincón de sus sencillos secretos.

Todos los estudios se los hicieron en Buenos Aires, pasaron interminables mañanas en el policlínico ferroviario, combinando, entre consulta y consulta a los diversos especialistas, promesas en la catedral porteña y desde allí hacían peregrinaciones a pie hacia pequeñas iglesias. Buscaban especialmente invocar a San Ramón Nonato, ese santo que un cura les refirió como el indicado para rogar por la fertilidad. Finalmente, se encontraron con ese doloroso diagnóstico que no supieron descifrar rápidamente pero que entendieron que era un sambenito con el que Paco debía cargar para siempre. “Azoospermia”, palabra desconocida para ellos; difícil de leer, pero no de entender, pese a su extraña combinación de sílabas. A pesar del mal momento inicial no se dieron por vencidos y recorrieron varios especialistas en Buenos Aires, los que les repitieron, casi con las mismas palabras, la dolorosa verdad.

Al volver al pueblo, iniciaron el infructuoso camino de los curanderos, curas, sanadores y visitas a santuarios como el de la Difunta Correa, donde dejaban sus pedidos y estipulaban lo que ofrecerían al santo de turno, en caso de poder quedar embarazados. Hicieron, como tantos otros desesperados, una multitud de promesas. Finalmente, se dieron cuenta de que la consecuencia de la palabra “difícil”, no tendría vuelta atrás. Que marcaría sus vidas para siempre y que debían redefinir sus proyectos, su manera de vivir. Decidieron no adoptar, por lo tanto tendrían una vida sin hijos, algo no imaginado por Pocha dado que todas las mujeres de su familia eran fértiles.

El asunto fue un secreto que la pareja se prometió guardar bajo siete llaves. Guapa, Pocha le puso el pecho a las balas y se hizo cargo de la limitación de su hombre, a quien no dejó de amar pese a la frustración. Al contrario, aquella dificultad aumentó su ligazón con Paco. Verdaderamente, en ese dolor de la vida, para Pocha se soldó dentro de ella eso de ser “el uno para el otro y hasta que la muerte nos separe.”

Volvieron de ese viaje cargados con informes médicos, radiografías y otros estudios que pronto fueron quemados en la parrilla del fondo de la casa. Pocha no se deprimió, se puso más dura y orgullosa, se la vio caminar más enérgica y erguida, por las calles del pueblo. Aumentó su ánimo belicoso en cuanto discusión se planteara por algún problema en la cuadra, como por ejemplo, la falta de regado de la calle de tierra por la municipalidad, o en la iglesia, exigiendo la clara rendición de cuentas sobre las limosnas recibidas, ante la desconfianza por la debilidad del cura por el dinero que perdía en el juego de cartas. Era sabido que el pecador cura invitaba a los del club “El Progreso” a jugar póker en la sacristía.

Cuando Paco fue enviado, por un tiempo prolongado, a dirigir una cuadrilla de reparación de vías, a unos doscientos kilómetros de Chivilcoy, Pocha aprovechó para informar a su familia que no quería tener hijos. Agregó que se sentía feliz con la enorme cantidad de sobrinos que sus hermanas le dejaban para cuidar; que Paco y ella tenían mucho interés en conocer la Argentina, aprovechando los pasajes gratuitos que la empresa del ferrocarril les entregaba cada seis meses. Cuando terminó el estudiado discurso, sus padres y hermanas comprendieron que no debían preguntar nada más sobre la situación planteada y que no debían mostrar atisbo alguno de dolor. Aceptaron que no había ningún tipo de retorno de la decisión tomada por Pocha, y como eran una familia muy unida, el mejor homenaje que podían hacerle era comprender. Asumieron que debían creer en algo que sabían que era una mentira piadosa y por ello no preguntaron nunca nada más.

No era una situación sencilla para la familia y mucho menos para el padre de Pocha. La decisión de su hija y su marido iba contra todos los mandatos de la tradición familiar: la mayoría de sus hermanas y hermanos, que eran nueve en total, estaban a favor de las familias con mucha

prole. Por eso, más de uno de los hermanos presentes, cuando quedó a solas, lloró de tristeza por Pocha y muy especialmente por la ruptura del mandato paterno, que todos seguían sin cuestionar. Los más afectados fueron los que creían que era un deber patriótico poblar la nación. Ellos eran parte del ferrocarril que rompía aislamientos y acercaba pueblos, o sencillamente los fundaba con su llegada. Todos eran parte de esa historia de rieles y familias numerosas. Crecer, reproducirse y desperdigarse por el país, siguiendo las vías del ferrocarril Sarmiento, era lo más importante de sus vidas.

Pese a ello, la familia cerró filas y desde ese momento esa fue la única verdad. Se enorgullecían con que una costurera y un peón de ferrocarril se dedicaran a recorrer los lugares lejanos, a los que llegaban los distintos ramales del ferrocarril. Serían como los emisarios de todos ellos. Con el tiempo fue considerado un lujo familiar, dado que Paco y Pocha reunían a la familia y mostraban fotos de Córdoba, Tucumán o Mendoza. Así todos, en especial los niños y las hermanas que no trabajaban, viajaban a través de los relatos de estos apasionados turistas.

La tía fue honesta, cumplió con sus dichos en el empeño que puso en el cuidado de sobrinas y sobrinos. Lo hizo con cariño y divirtiéndose mucho. Cumplió con todos. Claro que delante de quien quisiera escucharla, declaraba su preferencia por la sonrisa de Kito. Fue un amor recíproco, por eso el sobrino siempre acompañaba a su tía y trataba de paliar las dificultades de la vejez. El hombre devolvía amor con amor.

Pocha siempre le agradece los cuidados, sabe que al final de la visita, sobre la mesa de la cocina, quedará un sobre con dinero. Mucho más desde que el gobierno ha decidido arrasar con los haberes jubilatorios. Por la televisión se ven las marchas de los jubilados reclamando en el Congreso, ante la indiferencia de la población que se ha entusiasmado con un ministro que ha impuesto la dolarización de la economía. “Un peso, un dólar”, machaca el ministro en cada aparición por televisión. Pocha y su vecina lo putean, al ministro Cavallo, cada vez que menciona ese eslogan. Le exclaman al unísono, a la pantalla: “Sí, turro, los dólares son para vos y ningún aumento para nosotras.”

En cada visita de Kito, Pocha trata de estar siempre arreglada y de buen talante. Pide y ofrece comentar las novedades del pueblo. Al

mismo tiempo, se cuida muy bien de quejarse de sus dolores de rodillas o de espalda, pero nunca deja de hacerle un resumen semanal de la novela de la televisión que sigue con su vecina.

Cuando Kito sale se sorprende por algo que no había notado, hay un vidrio rajado en la puerta de entrada. Pocha furiosa le dice que el sábado, de madrugada, alguien se puso a acelerar, como loco, su auto en la cuadra. No te lo quería decir, no quería que te hicieras mala sangre. Ambos dirigieron sus pensamientos hacia El Flaco de la campera negra con tacha y su archiconocido conflictivo Fiat 128.

CAPÍTULO VI

MENEM LO HIZO

No muy lejos de la sencilla casa de Pocha, en la espaciosa y cómoda casa de sus padres, vive El Flaco. La buena condición económica se ve en el confort del que está provisto el hogar. Puertas adentro, esos novedosos equipos de aire acondicionado, los televisores, la cuatro por cuatro y el auto japonés nuevo, los equipos de música y la computadora, demuestran todas las novedades importadas que los años noventa traen. En el caso de esta familia, todo el pueblo sabe que gasta sin mirar las cuentas, porque pese al desempleo creciente y la retracción económica general, el dinero entra a raudales en las empresas que dirigen Cholo y su mujer. Son beneficiarios directos del proceso liberal a ultranza que lleva adelante el gobierno.

Como suele decirle Kito a su tía, entre mate y mate, “Esa gente ya pegó la vuelta y vuela cada vez más alto. El presidente de Argentina trabaja para que estos nuevos acomodados sean la cara vivible de su proyecto: hacer polvo todo el Estado y soñar con un cuentapropismo salvador. Bien yanqui el asunto. Para este gobierno, el empleado del correo o del ferrocarril, es un enemigo público peor que Al Capone.”

Cholo y su regordeta mujer son extraordinariamente perspicaces, por eso apenas abierta la importación, han puesto la mira en las mercancías producidas en Taiwán. No han parado de crecer económicamente. Mucho antes de la hiperinflación, se dieron cuenta de que la inflación crónica de la Argentina iba a tener un corte radical. Cambiaron a tiempo el concepto de comprar endeudándose o de buscar producir mercaderías aquí, la dolarización de la economía iba a repartir de otra manera y los importadores tallarían muy fuerte. Cholo lo supo enseguida y se dedicó a entrar al país contenedores llenos de mercadería de toda

índole, de China, con unos socios del barrio de Once en Buenos Aires.

Al cambiar las reglas del juego económico se produjo una retracción económica que llevaría los niveles de desocupación al veinticinco por ciento de la población activa. La empresa familiar supo reciclarse aceleradamente. Aunque que no pudieron transformar ese bienestar en adquisiciones culturales acordes con él. Típica situación en la cual, al haber arribado recientemente a esa bonanza, no ha existido el tiempo necesario para que las nuevas generaciones incorporaran títulos universitarios, o que el roce con otras familias de su misma condición, le transmitieran modales y refinamientos. Para los habitantes de las capas medias y bajas, esta familia es millonaria. Para los estancieros y profesionales tradicionales del pueblo, son los nuevos ricos, es decir, extraños y peligrosos arribistas. Lógicas de “pueblo chico y de envidias grandes.”

En la casa del Cholo el guiso de lentejas sigue siendo un plato especial, le sigue la polenta con tuco, siendo las chuletas con papas fritas otro de los manjares de la cocina familiar. El puchero de los jueves tiene más componentes pero sigue siendo el puchero con patas de choncho. Como lógica consecuencia, el asado de los domingos domina la enorme, nueva y completa parrilla del jardín. Muchos invitados son homenajeados con los productos venidos desde una estancia vecina. El precio de los vinos que se sirven es cada vez más alto, pese a que muchos de los comensales no saben todavía capturar sus matices y diferencias.

Sin duda, el anhelo de adquirir estirpe está focalizado en El Flaco, que con esas ropas que viste, todo de negro y con muchas tachas plateadas adosadas al cuero, muestra a las claras que los sueños de abogado o contador de Cholo, su padre, han muerto, casi antes de nacer. Esas vestimentas son desconocidas e incomprensibles para los gustos del pueblo. Con ellas, el andar del Flaco por el centro, genera el rechazo generalizado de un pueblo tan tradicionalista. Los terribles eventos, que lo tuvieron como uno de sus protagonistas, pesan mucho más que sus ropas. Pero, como alguna vez comentó Atilio con su clienta busca galletas: “todo suma para agigantar el odio, cuando el alud de la nieve cae, nada lo detiene.”

El Flaco, para reafirmarse, usa unos borceguíes oscuros, de caña alta, ajustados a la pierna, que le dan una intensa sensación de seguri-

dad. Cuando pisa, siente un sacudón que le hace creer en lo poderoso de su paso. Todo demuestra lo lejos que está de los sueños que lo señalan como continuador del imperio familiar. Imperio que va desde aquel originario almacén, que devino en supermercado, a la estación de servicio, que participa cada vez con mayor capital en un negocio nuevo en el campo: el pool de siembra, y que trae cosas importadas, que distribuye por todo el oeste. La ropa de cuero parece preservarlo del deseo paterno. Impenetrable es el muchacho a las expectativas familiares. Nada de todo ese emporio le llama la atención y cree expresarlo envuelto en su coraza de correas de cuero y tachas plateadas.

Su atención, esta noche de sábado, es prepararse para salir. Parado frente a las tres hojas del espejo de su habitación, mira varias veces y de distintas posiciones, su cuerpo trabajado a fuerza de gimnasio y artes marciales. Observa cómo el pantalón de cuero negro se ajusta a sus piernas flacas y fibrosas, gira hacia un lado y hacia otro, mientras se acomoda el pelo. Cuando se termina de vestir, realiza una enérgica serie de movimientos de karate, su manera habitual de darse envión para salir de su casa. Quiere arrancar con el cuerpo ya preparado y dispuesto; como siempre, espera lo mejor para la noche. Después se pone su campera delante del espejo. Parte del rito es, en la noche en que todo el pueblo está dispuesto a divertirse, usar la ropa más negra que tiene. Ajusta el cinturón, que viene incorporado a la campera y que le afina la cintura y realza hombros y pectorales. La cremallera del cierre, ancha y bien plateada, cruza la campera de izquierda a derecha. En la oscuridad parece un tajo, una cicatriz, una herida que lo parte en dos. Para él, es la mejor manera de remarcar su torso.

El Flaco sale, pero a mitad de la larga galería que da al jardín y que corre paralela a la casa, los teros se alborotan dando sus gritos característicos de pájaros guardianes y esto, como una señal secreta, lo hace volver sobre sus pasos, para tomar su muñequera con tachas plateadas que había dejado sobre la mesa de luz. Se la coloca pausadamente, hasta sentir un poco de dolor. Todo esto es una buena excusa para volver a mirarse en el espejo de frente y de perfil. Parte, por fin, dejando su habitación tan desordenada que nadie que no fuera él, podría encontrar algo en ella. Literalmente, parece un lugar donde ha entrado un ratero

y lo ha dado vuelta buscando encontrar algún dinero escondido. Del baño a la cama, todo luce desarreglado; las toallas son un reguero en el piso, los cajones del placard a medio cerrar o a medio abrir, según se mire. Un lugar que nadie podría saber cómo empezar a acomodar. Excepto su madre, excepto su madre...

En la galería, que va hacia la puerta de la casa, el reloj cucú da la hora. Ese aparato fue comprado, no hace mucho, en la histórica joyería y relojería de Don Rafael. Es parte de esa colección de baratijas que vienen de Taiwán y que van poblando la casa familiar del Flaco. Bajo el imperio del consumo el mal gusto va ganando la partida, dado que no hay criterios de unión y ensamble entre los adornos y la decoración. Algo así como la biblia y el calefón; enhebran flores artificiales con copas o vasos saturados de filetes dorados.

Hacía ya un tiempo que Don Rafael con desgano -porque no le tiene ninguna simpatía a estos artefactos hechos de a millones y tan alejados de su experiencia de orfebre- tratando de no perder la compostura de buen comerciante, le explicó a la hermana del Flaco:

-Un típico producto de Taiwán, realizado en un material plástico que simula ser una madera de Eslovenia. -El desdén del joyero era notable mientras lo envolvía. Pese a ello, no abandonó su responsabilidad y agregó: -Estas cosas, cuando dejan de andar, no tienen arreglo. No hay repuestos, mejor dicho, están hechas para durar un tiempo determinado y después se tiran. Los cráneos de la economía lo llaman "obsolescencia programada". Acláraselo a tu mamá, que va a creer que le vendimos algo de dudosa calidad. -Se lo dice con algo de ironía, porque sabe que Cholo es uno de los que inunda Chivilcoy con esas baratijas. Don Raúl, siempre busca la economía de palabras, trata de ser contundente.

Nada de lo anterior sabe El Flaco, al que no le importa el reloj. Pero presta atención a las repetidas salidas del pajarito de material plástico, que le indican que son las doce de la noche. No tiene dudas, todo está por empezar y él aspira a tener un rol protagónico en los eventos que vendrán, algo que ocurre todas las noches desde no hace mucho tiempo atrás. Espera esa noche de sábado, ansiosamente. Durante la semana, nada que merezca mencionarse sucedió en su vida, salvo discutir con su madre y provocar el persistente silencio de su padre con su abulia.

CAPÍTULO VII

LOS MEMORIOSOS

En la extendida pampa húmeda abundan las vizcachas, los cuises, las copetonas, las perdices, los humanos han aprendido a preparar ricas comidas con esos bichos autóctonos, son reservas alimenticias que hacen de antídoto contra el hambre. Se ponen en escabeche y se guardan en lugares oscuros y frescos para que duren mucho tiempo. duran mucho tiempo. Avelino que es muy aficionado a las conservas hechas en las cocinas a leña del pueblo, sostiene que ese fuego les da un sabor muy especial. Quizás tanto como lo es él. Forma parte de una pequeña fauna humana que está expandida por todas los pueblos del mundo. Son consecuencia de la historia de cada pueblo o aldea, ya sea en civilizaciones donde el calor agobie como en las zonas más frías del planeta. Se los menciona de distinta manera pero no hay duda que cada lugar tiene los suyos. En Chivilcoy se los conoce como los memoriosos. Podría decirse que son una parte importante del rompecabezas, muchas veces inexplicable, de la condición humana.

En el pueblo existen tres notorios y reconocidos memoriosos, responsables de relatar la vida y obra del pueblo. Tenían un prestigio enorme que no era cuestionado por nadie. Siempre eran bienvenidos y se daba el caso en que se hacían reuniones especiales, para que una familia recabara datos sobre su propia historia. Para cualquiera de los tres memoriosos del pueblo esos eran sus momentos de mayor gloria, el recital esperado que ocurría de tanto en tanto y para el que se preparaban, concienzudamente, durante toda la vida.

Ninguno de ellos tomaba notas o llevaba algún archivo, pero de tanto ver fotos antiguas, de leer cartas de parientes lejanos -todos elementos que en esas reuniones estelares les iban mostrando-, habían

podido obtener rutas privilegiadas para conocer las historias de cada familia.

Era un saber que se transmitía oralmente, pero de su rigurosidad y sistematicidad nadie tenía dudas. Vista en perspectiva, su función social le permitía al resto de la población hacer una economía de esfuerzos, respecto de la memoria familiar o del pueblo, dado que sabían que dichos asuntos reposaban en las cabezas de los memoriosos. Eran las columnas que sostenían las historias familiares de los habitantes de Chivilcoy.

Por eso cuando las nuevas generaciones se encontraban con escollos en sus recuerdos y se perdían en laberintos de la memoria que no llevaban a ninguna parte, eran los mayores los que rápidamente armaban una cena donde se servía la especialidad de la casa: un guiso de lentejas o un puchero, con una entrada de perdices y vizcachas en escabeche, hechas en casa, un viernes de invierno, para completar la historia familiar, por vía de uno de los tres memoriosos. De esta manera, los memoriosos tenían el privilegio de degustar el plato histórico y exclusivo de cada casa que venía transmitido, en algunos casos, desde los bisabuelos. Ofrecerles la mejor comida era una forma de homenajear a quien venía a socorrer la memoria familiar. Después de la cena, comenzaba el hecho mágico: las cartas y las fotos antiguas desfilaban, de mano en mano, para ayudar al memorioso a que estableciera los puentes rotos de la historia familiar.

En cada una de esas tramas había crueldades, injusticias, adopciones negadas, herencias apropiadas indebidamente, vanidades, robos, enfermedades ocultas, hijos no reconocidos y traiciones. En esas reiteraciones se trataba de amortiguar los golpes, escuchando varias veces aspectos distintos del mismo hecho. Detenerse una y otra vez, en las razones que hundieron o absolvieron a los antecesores, era la primera manera de comprender de los jóvenes, quienes de este modo iban dejando de lado la infantil lógica binaria de “buenos y malos”. Todos los participantes mayores sabían que con un tiempo de elaboración, surgían nuevas perspectivas y la historia familiar se volvía más amplia y abarcadora. Era, diría Cortázar, un modelo para armar, pero con movimiento. Es decir abierto a nuevas incorporaciones de documentos y

versiones que se iban agregando.

Hay que remarcar la ética de los memoriosos. Existía un cuidadoso decálogo, no escrito, que establecía que ninguno de ellos debía cobrar nada por sus imprescindibles servicios prestados a la comunidad (era sabido que más de un juez les pedía datos, de manera informal, para algunas causas judiciales, en las que ciertos aspectos de las familias no les resultaban del todo claros). Tampoco debían ventilar asuntos por el mero hecho de llamar la atención. Para cada uno de ellos, finalmente, el oficio de memorioso constituía un gran placer personal, ya que además de conocer vida y obra de las personas y de los eventos del pueblo, sabían que cumplían una función social en la historia de Chivilcoy. Por todo ello, se daban por satisfechos con la invitación a comer o a un simple café con torta.

Eran respetados como la verdad histórica, los que podían hablar de los asesinatos, robos, estafas, hijos no reconocidos, en fin de las vergüenzas y los oprobios de cada familia. Claro que cada estirpe agigantaba mucho los acontecimientos, donde supuestamente la mayoría de las veces sólo transcurrían vidas sencillas, en un pueblo de la pampa húmeda. Pero los memoriosos las registraban, para que esas secuencias históricas fuesen puestas en la memoria familiar y formaran parte de los blasones y de los oprobios de sus miembros. Todo esto requería minuciosos exámenes para constatar y diferenciar verdad de mito familiar construido a lo largo de generaciones.

Los memoriosos se preparaban desde muy pequeños. Tenían una relación muy especial con el pasado. Nadie sabía muy bien cómo ni por qué llegaban al mundo ya con la impronta de la nostalgia y a diferencia de los melancólicos, le daban un valor positivo que finalmente sería su marca de identidad. Sin saberlo muy bien, los adultos reconocían esas tendencias y desde pequeños les relataban, con lujo de detalles, los acontecimientos de las familias. De alguna manera había una preparación social que se iba deslizado sin exigencias; los mayores relataban y esos niños, nacidos nostálgicos, iban grabando y entrenando su capacidad de almacenar recuerdos.

Algo que se detectaba en cada uno de estos niños, era su capacidad de juego en solitario. No era que se alejaran del grupo de niños, pero si

todos jugaban a las bolitas o al fútbol, ellos andaban con autitos antiguos recordando viejos grandes premios de Turismo Carretera o dándole vueltas y vueltas a la única foto que encontraron, en un galpón, de la pelea entre Firpo y Dempsey. Así germinaba una memoria prodigiosa que con el despertar adolescente se desplegaba sin obstáculo.

¡Guay de aquella persona o familia que les pidiera algunos datos y cortara su relato con urgencias laborales o personales! Era como el inicio de la desintegración de los archivos, algo así como “esta cinta se autodestruirá en treinta segundos.” Su nostalgia esencial y existencial se había convertido en una herramienta valorada, que esperaban fuera respetada por toda la comunidad.

Todo se consolidaba en la adolescencia, no existía ningún memorioso que no pasara por esa etapa: una manera de vestir pasada de moda, que tenía en su corte diez años de atraso, por lo menos. No era ropa reciclada, legada por un padre o un hermano mayor, era ropa nueva, comprada en ciertos locales, que a la luz de los hechos, tenían un rincón exclusivo para ellos. Una elegancia que conservaba rasgos notoriamente antiguos. Todo ese atuendo, era asumido como propio, realizado sin sugerencias ni presiones de nadie. Cuando esto ocurría, la familia sabía que un nuevo memorioso se había sumado a la *troupe*, lo cual era un motivo de orgullo, algo distinto y para festejar.

No se ocupaban de los eventos políticos nacionales, no les interesaban, y nadie de los que solicitaban sus servicios, establecía alguna correlación entre lo familiar-pueblerino y lo político-nacional. Los memoriosos tenían en sus alforjas, las insoslayables peleas por el poder dentro del pueblo. Relatos de peleas y muertes que venían desde el Grito de Alcorta, para continuar en la década infame y las bravas tenidas entre conservadores y radicales, pero no mucho más. La historia de la reciente dictadura y sus desaparecidos, no era un asunto que fuera posible mencionar o unir a la historia del pueblo. Por ejemplo, se sabía de modo difuso, como se saben las cosas peligrosas y amenazantes, que una familia entera había sido secuestrada y desaparecida en un campo cercano. Esas informaciones, no eran parte del saber de los memoriosos dado que no había manera de relacionar a esas personas con el pueblo, es que los secuestrados, una pareja y sus cinco hijos, no eran lugareños

de ese sector del partido de Chivilcoy, que es Moquehuá. Quizás dentro de unos años los nuevos memoriosos podrán incorporarlos a sus relatos, pero eso está por verse.

Hay un hecho notorio, desde hace dos años a esta parte: los memoriosos, quizás por primera vez en su larga trayectoria, han establecido un pacto de silencio. Una “razón de Estado” les impone callar respecto del Flaco y la multitud de comentarios que lo envuelven cotidianamente. Fue sorprendente que ese acuerdo se realizara sin un cónclave secreto entre ellos. El Flaco y sus indescifrables maneras de vestir, las razones de su aislamiento, las peleas y los rechazos sistemáticos que genera, quedan en manos exclusivas de quienes hacían comentarios arteros y venenosos.

Si los memoriosos daban sentido histórico al pueblo y a sus familias, con ese protocolo no escrito que se impusieron, El Flaco quedó por afuera de cualquier secuencia histórica. Sin saberlo, le soltaron el hilo más genuino a la raigambre y a la pertenencia. Como daño colateral, sin nobles varones que lo relataran, se agudizó la desidia y el desinterés por ese muchacho que vestía siempre de cuero y exclusivamente de negro. Los tres memoriosos tomaron esa actitud por respeto al dolor que todavía recorre el pueblo, pero como conocedores de la historia de Chivilcoy saben que los últimos capítulos todavía no se han escrito. En eso piensa Avelino, uno de los memoriosos, mirando por la ventana del bar donde está por tomar un café, cuando ve pasar al muchacho con su gran moto. El hombre, de rostro anguloso y terso, que muchos identifican con la cara exacta que debe acompañar los velorios de personas de prosapia, toma el café con modos no muy convencionales. Con la mano izquierda, toma por debajo el platito, con el pulgar y el índice de la mano derecha, el asa del pocillo. Lleva el conjunto a su cara y bebe tragos muy cortos, mientras luce en su dedo meñique -que apunta al cielo- un anillo de oro, con un rubí, que le hizo hace ya mucho tiempo Don Rafael. Mientras sorbe el renegrido café ve al abogado que tapó la estafa más grande ocurrida en el pueblo. Sus cambios en la forma de vivir demuestran que se quedó con la parte del león. Le molesta a Avelino la pleitesía que le ofrecen los vecinos a su paso. Sabe que su billetera resuelve tanto asuntos penales como políticos. Por la otra vereda retor-

na a pie, luego de dejar la moto en el taller de Osvaldo, pasa El Flaco casi como una sombra.

Piensa que El Flaco da que hablar, pero que todavía nadie sabe el sentido de su historia, para ese Chivilcoy que amó Sarmiento. Piensa en el himno al prócer, en aquello de: “Con la luz de tu ingenio iluminaste, la razón en la noche de ignorancia.” El Flaco, anda a plena luz del día, pero la ignorancia sobre él sigue a la sombra y no se aplaca nunca. Pese a ser un conversador excepcional capaz de sacar temas en forma sorprendente nunca quiere hablar con nadie sobre El Flaco y sus andanzas. No quiere hablar con nadie del tema; por su cara angulosa y pálida, definida como fúnebre por muchos, teme que colabore como un pájaro de mal agüero que anuncia la catástrofe. En medio de sus pensamientos baja el pocillo, apoya estudiadamente el platito y no sabe cómo hacer para evitar el saludo del abogado.

CAPÍTULO VIII

CULO O SUERTE

Mumo camina por la avenida principal hacia lo de Don Rafael, cuando lo sorprende Cholo que bajándose presuroso de la camioneta y sin darle tiempo a nada, lo tomó del brazo y casi lo arrastra hacia el bar y lo invita a tomar un café. Eran amigos desde la escuela primaria, en la adolescencia soñaron aventuras y proyectos, una intimidad que se había perdido por los distintos caminos que habían tomado siendo mayores. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que tomaron un café en un bar. Como si estuviera hablando con Avelino, que estaba tres mesas más allá, se respondió para sí que la única manera realmente genuina de medir esa inmensidad de distancias y tiempos solo sería posible estableciéndola en dolores y desasosiegos atravesados. Trató de enfocarse en Cholo que parecía entusiasmado por el reencuentro.

Lejos estaba Mumo de saber lo que estaba por iniciarse en su vida, desde ese momento, mientras recordaba el jeep con el que iban a recorrer América, la revista de historietas que idearon más de una vez. Sueños truncos piensa.

Cholo lo campaneó un rato largo, en silencio, algo habitual en él. Después, con brillos en los ojos, le dijo: ¡Estás cada vez más parecido a tu viejo!

Mumo se sorprendió y quedó en silencio. Atinó a sonreír con incomodidad. Pensó para sí: “Después de no sé cuántos años me invitás a tomar un café para hablar de mi viejo.” Cuando el mozo acercó los cafés, Cholo continuó en la misma dirección.

-No pude seguir con el auto. Te vi caminando y sos su viva estampa ¿Cuánto hace que murió el Turco?

La inquietud comenzó a ganarlo a Mumo, con el recuerdo de los

últimos días de su viejo. “Diez años, Cholo, diez años en los que pasaron demasiadas cosas. Pesadas y difíciles de aceptar.” Si quien estaba ahora bebiendo un sorbo de café aceptaba el convite implícito, pensó Mumo, la respuesta abría una puerta a los grandes temas del presente que seguían atormentando al pueblo y particularmente a la familia de Cholo. Su hijo estaba en boca de todos y era un dolor de huevos permanente, dado que sus quilombos no cesaban. De esta manera, ponía la pelota en el campo rival.

Cholo miró a la calle, saludó con la mano o la cabeza a varios transeúntes. Cuando terminó el café, volvió a la carga.

-Cuando te vi pensé que solo te faltaba la cajita de acero inoxidable, con las agujas y las jeringas en la mano izquierda. ¡Impresionante! La semana pasada estuve en Buenos Aires y en una tienda de antigüedades compré una caja de esas. Desde ese día, no hago más que pensar en tu viejo. ¡Qué tipazo el Turco! Por si fuera poco, te vi caminado y me pareció que mi pensamiento lo había traído del más allá, y no eras vos. Seguro que ya toda tu familia te lo dijo. Debés tener los huevos por el suelo de que te confundan con tu viejo, pero es muy, pero muy, impresionante.

Mumo estaba cada vez más acorralado por los recuerdos que venían, como mandobles, y martillaban su cabeza. No podía casi respirar. “No”, alcanzó a decir.

-Hasta ahora nadie me comentó nada. Sos el primero. Quizás por la cantidad de tiempo que pasabas en casa, vos te das cuenta de detalles que otros no registran.

-Nada de detalles. Es todo el conjunto, disparó Cholo, mientras llamaba al mozo para pedir otro café.

Mumo supo que a partir de ese momento había dejado de ser solamente él. No fue algo que surgió como parte de su propia reflexión o de semblantearse a la mañana mientras se afeitaba. Bastó que Cholo se lo dijera, justamente uno de esos tipos que hablan poco, para que, como una catarata o un viento pampero, todos los gestos que eran característicos de su padre -en realidad mostraban cada uno de ellos su manera de andar por la vida- se le hicieran presentes. Además, se daba cuenta de la cantidad de esos modismos que él repetía sin darse cuenta. Mirado

en perspectiva, todos ellos se habían manifestado después de la muerte de su padre, hacía ya una década. Una muerte inesperada y sentida, no sólo por él y su familia, sino por muchos vecinos que lo apreciaban. Es que el Turco, como lo apodaban, había atendido a casi todo el pueblo en la farmacia y había colocado inyecciones a domicilio a los habitantes de Chivilcoy durante años. Cumplido su horario laboral, en la farmacia Central, partía en bicicleta con su caja de jeringas y agujas esterilizadas, a asistir a quienes estaban afectados de gripe o bronquitis. Andaba de casa en casa, aplicando inyecciones de broncodilatadores, penicilina o algún antihistamínico. En invierno era cuando más lo requerían y esa actividad fuera de su horario en la farmacia le permitía guardar algunos dineros para ir a visitar parientes que vivían en Los Toldos o en Pehuajó.

En verano la cosa mermaba, pero quedaban aquellos que por sus enfermedades crónicas debían aplicarse inyecciones endovenosas, que eran las que menos le gustaba dar y por las que debía redoblar su atención. Muchas veces las personas aprensivas tenían vahídos o mareos que amenazaban la aplicación. Con la nalga o las subcutáneas el asunto era un trámite fácil e indoloro para quien la recibía y una especialidad de quien las colocaba. Su orgullo era que ninguno de sus pacientes tuviera un absceso, luego de una aplicación aceitosa, de difícil absorción por la densidad del líquido. Con un gran algodón embebido en alcohol, frota-ba largamente la zona hasta que el líquido se disolvía por los músculos de la nalga. Con esa técnica de hacer bailar la nalga con el algodón, anulaba los temidos y molestos abscesos que hacían levantar fiebre o impedían caminar o sentarse. Quizás nunca lo supo, pero ayudaba a la tarea su mano gruesa y pesada, donde resaltaban sus dedos índice y anular teñidos por la nicotina.

Cuando terminaba su labor enfilaba para el bar a jugar al truco o al mus. Por aquel entonces así era la vida de los varones, tanto la de los casados, como la de los solteros. Pasaban largas horas en el bar hablando de fútbol, boxeo, mujeres, carreras de autos, política. En ese diálogo al Turco le tocaba lo suyo, las bromas que recaían sobre él tenían que ver con esa actividad profesional de aplicador de inyecciones y otras acciones centradas en la zona anal. Cuando en una partida ganaba una falta envido con treinta y tres de mano, se lo llamaba “General Culo”.

Basaban ese apodo, en su conocimiento de las nalgas de casi todo el pueblo. Se atribuía su suerte a ese frotar incansable con algodón en esa excitante zona.

En el mundo del bar se le adjudicaban suertes desmesuradas en los juegos de baraja, por su relación íntima y familiar con los culos del pueblo. Era un ritual, apenas se sentaba a jugar era interrogado insistentemente sobre las nalgas y las piernas de las más llamativas mujeres del pueblo. Por ejemplo, todos esperaban las gripes de Mirta Culo o las bronquitis de Ponderosa Rita, para que las indicadas inyecciones fueran la posibilidad de develar secretos de tan espectaculares anatomías. Nadie, que se sepa, pudo sacarle algún secreto de un culo de mujer famoso y deseado. Sabiéndose un privilegiado y para cuidar su fuente de trabajo, sonreía y mantenía un estricto silencio de radio. Sin perder el buen humor y tratando de cortar las insistentes preguntas, cerraba el asunto siempre con la misma sentencia: “Al placer de pedir está, señores, la virtud de no dar. Anote los tres porotos del retruco ganado, y cartas, por favor, tallador. No perdamos tiempo en cuestiones menores, acá está en juego ese Gancia con ingredientes, que Mateo está preparando. ¡Hagan juego, señores!”

Sus otras especialidades medicinales también lo identificaban con la zona trasera, en este caso, por razones escatológicas. Era el encargado de componer, en el laboratorio de la farmacia Central, las famosas limonadas Roche que hacían mover los intestinos a todo poblador que fuese o estuviese constipado. También hacía los supositorios, que por receta magistral, indicaban los médicos del pueblo para aliviar altas fiebres o bronco espasmos. Por este otro aspecto, sus rivales del truco lo acusaban de ser el gestor de ensuciar la suerte de sus rivales: “Turco, me produjiste una diarrea”, “Turco, me estás haciendo cagar con las cartas que me diste” o “Turco, ese as de bastos que sacaste fue como un supositorio para mipreciado culo”. Esas, y otras frases parecidas, eran maneras habituales en que su padre era mentado en el bar. La misma asignación de sobre su suerte era repetida en todo el pueblo.

Mumo repasó a gran velocidad esas pequeñas historias, sabía que a partir de ahora se harían cada vez más presentes cuando alguien, semblanteándolo de cuerpo entero, le dijese: “Estás cada vez más pare-

cido a tu papá, es impresionante” o “¡Sos tu papá en tinta!”. Alguna tía lejana, al verlo venir, le espetaría: “Al verte caminar me pareció que venía tu padre. ¡Sólo te falta la caja de acero con las agujas y las jeringas para ser tu padre, impresionante!”. Cholo lo puso como la representación viva de su padre, ya no habría posibilidad de volver para atrás.

Lo más curioso del asunto era que no se había dado cuenta, o no tenía registro, de que eso estuviese ocurriendo. De hecho, le parecía una derrota para sus largos anhelos de autonomía, iniciados en su adolescencia. Nada más intenso, en aquellos lejanos años, que sus deseos de diferenciarse de su padre, su interés por convertirse en una persona absolutamente diferente. El reconocimiento social que el vendedor de remedios y aplicador de inyecciones, tenía en el pueblo, le pesaba y amenazaba sus procesos de autonomía. Y ahora, en éste momento de su vida donde está seguro de sus logros y convicciones, el vendaval del tiempo le estaba informando a través de Cholo que se había convertido en la imagen viva de ese otro, con el que había tenido tantas ambivalencias e inseguridades. Su cuerpo le iba imponiendo nuevas condiciones y no tenía otra alternativa que aceptarlas. Las luchas por la independencia ya habían quedado atrás y su madurez estaba remodelando su cuerpo hacia la figura de su padre. Era la vida con sus mutaciones, tan sabidas como inesperadas. Al terminar el café se dio cuenta que se había convertido en un clon, aunque no le gustara mucho el asunto. En la sucesión generacional, en la otra punta, debía lidiar con la rebeldía de sus tres hijos a los que nada de lo que él hacía les caía del todo bien. Habitaba una nueva tierra de nadie, en una nueva batalla y las balas venían de todas partes.

Cuando Cholo lo marcó con esa frase, también agregó lo bien que le haría hablar con el Turco.

-Seguro me ayudaría con todo este lío en el que estamos metidos. Mumo se sorprendió. Primero por la manera en que Cholo recordaba a su padre, segundo porque era la primera vez que su amigo podía decirle que necesitaba ayuda. Añadió para sí y con cierta rabia que Cholo era su amigo y bien podía requerir sus consejos, él sabía muy bien lo que eran los líos con los hijos y barullaba con ellos como podía.

Pero ahí estaba, encarnando la viva estampa de su padre, con quien

había sido su entrañable amigo de la adolescencia, quien no representaba nada para ese Flaco, que más que hijo, parecía un bastardo que lo maltrataba y lo ninguneaba en todo momento. “Flaco pelotudo”, pensó, “deberías reconocer algo de este hombre. Vas a llegar a mi edad sin referencias ciertas y es posible que eso ocurra, cuando tu padre no esté más.” Después se aborreció por lo sencillo de su razonamiento, al final caía en lo que repetía todo el pueblo: que el pibe era el problema, que esos padres no merecían ese hijo, que no se sabía en qué andaba y que los quilombos parecían ser lo único que le gustaba al hijo de Cholo. En fin, estaba siendo un simplista más. Estaba, como tantas veces, atado a la mediocridad del sentido común. No tenía dudas de que El Flaco no quería saber nada con la vida de su familia y muy especialmente con Cholo. Ese muchacho, tan diferente a toda la muchachada del pueblo, sabía lo que no quería. Por ahora el joven estaba actuando convencido de que cada vez que la taba caía, le cantaban culo.

Se repitió que El Flaco no quería saber nada con su padre. También que, de buenas a primeras, se desayunaba con que ya no dejaría de parecersele al suyo hasta que muriera, una especie de vida “paralela”. Un extraño teorema de Thales de Mileto que hacía que dos vidas pudiesen ser cortadas por unas transversales que las convertían en una sola ¿Sería por eso que las muñecas rusas siempre escondían otra más pequeña adentro que era exactamente igual a las anteriores? Cada vez más irritado tenía ganas de mandar todo esto al carajo. El Flaco, Cholo, la madre del muchacho y la hermana, esa “venida a más” desde que se casó con el tipo de Carlos Tejedor, verían qué hacían con su historia. Él tenía que resolver su propio asunto. Marcar la raya y establecer diferencias.

- ¿Seguís juntando noticias de los diarios y revistas? - lo trajo nuevamente, a la conversación, Cholo.

-Sí, alguna vez servirán para algo. Por lo pronto, tengo que hacer una selección porque en el galpón de casa queda poco lugar. Para mi familia es basura; para mí es la historia del país en retazos, en fragmentos. Pequeños grandes eventos en ese papel de diario, que está destinado a los basureros al día siguiente de publicarse. Es mi manera de no rendirme, de no sucumbir ante el achatamiento social.

Casi sin dejar que terminara, Cholo pidió la cuenta. Se percató de

que su perorata alrededor de sus colecciones de revistas y diarios no le importaba mucho. El amigo, finalmente, no estaba interesado en él sino en su padre y sobre eso nada podía hacer. Era el momento del cambio y fuera.

Volvió a su casa más convencido que antes: esos hábitos de leer, recortar y guardar lo habían constituido como persona. Ahora, que era él y su padre, debía estar atento a este nuevo proceso de identidades superpuestas. Era necesario volver a remarcar su impronta personal, seguiría con su archivo para documentar cómo una y otra vez la taba caía culo. La época nada bueno traía, solo desgracias propias y ajenas. Era momento de sentenciar como un crupier: “Señores, prepárense que va haber rotura.” Su viejo andaba entre los culos de la gente para sanar a las personas, él en su galpón no podía dejar de oler a mierda en cada noticia que pegaba en su archivo.

No en vano había sido un coleccionista inveterado de revistas, estampillas y soldaditos de plomo de los diversos ejércitos del mundo. Conservaba varios biblioratos con estampillas húngaras y rumanas en las que se había especializado sin saber muy bien por qué. A lo anterior se agregaban los soldaditos de plomo de las infanterías y caballerías de Napoleón. De la misma manera, había comenzado a recortar noticias de una nación que estaba por realizar cambios impactantes, de los que nada sabía en principio, pero que intuía impresionantes y terribles.

Le puso nombre a su voluminosa carpeta cuando Menem ganó la reelección presidencial. Sintió la urgente necesidad de documentar la increíble historia de una nación, en la que la elección a presidente había sido ganada por un candidato al que nadie reconocía haber votado. Al que declaraban mufa, mentiroso, sexópata y ladrón. Que tenía una Corte Suprema adicta a la que se conocía como “la Corte de la Mayoría Automática”. Uno que pasó de vestirse como Facundo Quiroga, a travestirse como un hombre de elegancia europea que se ufanaba de sus relaciones carnales con los Estados Unidos. En grandes mayúsculas góticas, que hizo con la excelsa caligrafía aprendida en sus años secundarios de escuela comercial, escribió: *Un cohete a la estratósfera*

“Dentro de poco tiempo se va a licitar un sistema de vuelos espaciales mediante el cual, desde una plataforma -que quizá se instale en

Córdoba-, esas naves van a salir de la atmósfera, se van a remontar a la estratósfera y desde ahí elegirán el lugar donde quieran ir, de tal forma que en una hora y media podremos estar en Japón, Corea o en cualquier parte del mundo. Y por supuesto, más adelante, en otro planeta si se detecta vida.” Palabras del Presidente argentino en una escuela de niños humildes del norte argentino. Pensó que, probablemente, la opinión pública lo recordará como una humorada.

CAPÍTULO IX

“ESTABA EL DIABLO MAL PARADO”

Si alguien pudiese, en éste instante en que la noche toca las doce campanadas en el no siempre preciso reloj cucú, penetrar las diversas corazas hasta las verdaderas emociones del muchacho que está en bocas de todos, podría darse cuenta que ha esperado hasta la medianoche para salir, es que tiene el pleno convencimiento de que es el momento justo para iniciar la ronda nocturna. Un ritual de salida, algo así como convocar a la suerte para que esté de su lado. Que ansía dejar atrás el día anterior, trata de desprenderse de los malos y duros momentos vividos, tanto de su historia, como de día a día tan hermético y aislado en el que vive. Muchos creen que nada le importa, pero eso está muy lejos ser verdad. Solo que de esta forma su vida no necesita de palabras ni de explicaciones. Su mutismo está cada vez más acentuado.

Si la mayoría de los pobladores de Chivilcoy imagina su pensamiento como intrincado y complejo, sus ideas son sencillas y hasta pobres. Por ejemplo, su accionar no se aleja del pensamiento generalizado de los jóvenes varones, todos creen en ese estereotipo que establece que las doce de la noche es la hora señalada, el punto de partida de todos los *winner*s. Algo así como la hora de los piolas.

Todo colabora para su nueva ilusión nocturna, la luna grande promueve su sueño de Pata de lana, mito erótico que es conocido desde la cordillera a la pampa. En medio de la noche, una combinación mitad hombre y mitad animal, entra a las casas sin que nadie lo vea o escuche. Peligroso ser, que con su sola presencia, enloquece de pasión a las mujeres. “Un eficaz remedio para las viudas”, dicen resignados los más viejos. Justifican ciertos consuelos sexuales de las mujeres, las liberan de posibles culpas. En definitiva una manera de tolerar los desbordes sexuales que están por fuera del matrimonio pero no dejan de alertar

que también, lamentablemente, lo aceptan de buen grado las jóvenes y las casadas. Todas, cuenta la leyenda, se rinden a sus poderes y sabidurías amorosas.

Las que corren la voz certificando su existencia dicen, sin darse a identificar, que aquella que lo conoció presiente su llegada aunque esté profundamente dormida. Que antes de aparecer impone, dentro del sueño, jadeos y quejidos que son la preparación para que el enigmático espécimen se introduzca en la cama sigilosamente y con el fragor femenino a su total disposición.

Es un murmullo interminable que circula por todas las casas, el poder de ese ser que llega entre sueños. Venido desde lo más profundo de sus sueños, lo esperan noche a noche con sus senos erectos, la piel erizada, las piernas abiertas y el sexo dispuesto. Las mujeres ardientes piden que las posea con urgencia, se comprometen al secreto como si estuvieran hechizadas. El Pata de Lana, silencioso habitante de las noches, llega con un total sigilo que nadie advierte su llegada al lecho y gana el favor de la mujer sin ningún esfuerzo.

No termina allí el efecto del amante mitológico, mitad animal y mitad hombre, muchos varones que como Paco no poseen esperma suficiente para embarazar a sus esposas, como un último recurso, esperan que alguna noche oscura el ominoso ser resuelva su vergüenza. Que salve su honor, que le permita salir de la situación de frustrado semental.

El Flaco había escuchado desde chico, la historia del Pata de lana de boca de los puesteros de estancia, seres solitarios que sólo despiertan a la vida social en asados y partidas de truco nocturnos, después de una yerra o en medio de una arada de los campos, que rodean al pueblo. Los cuentos de aparecidos y extrañas presencias llegaban al final de la comida, cuando el vino ya había realizado su parte. Siempre le había gustado el relato del Pata de lana, que a diferencia de aquellos que producían terror, era excitante y siempre era transmitido por los paisanos entre el humor y el temor. Sin dudas, lo prefería a aquella otra historia que hablaba del séptimo hijo varón convertido en lobizón. De este último, justificaba su rechazo por la enorme cantidad de hermanos que suponía el relato. Si apenas soportaba a su hermana y a sus sobrinos, lejos estaba

de imaginar una convivencia tan numerosa.

Esos modelos fantasmales de hombres que pueden penetrar casas cerradas con siete llaves y que al llegar al lecho saben que encontrarán mujeres complacientes y deseosas, le quedaron grabados para siempre en su cabeza. No era algo que sólo le ocurría a él, desde siempre en el pueblo se ha creído a pie juntillas en el Pata de lana o en el Lobizón. En los abismos masculinos de la inseguridad se construyen esas fábulas de míticos y fálicos amantes para colmar a mujeres ardientes, que claman por sus favores. El Flaco en sus desvaríos eróticos solitarios le gusta inventar mujeres así, que esperan de él acrobacias sexuales especiales. Es partidario fervoroso de la acción y las pocas palabras.

Todavía no eligió un rumbo, tampoco en qué vehículo se va desplazar. “A donde la noche mande”, gusta decirse a sí mismo para luego, ya en el garaje, entrar en la duda sobre el vehículo. ¿El Fiat 128 o la Suzuki 1000? Se decide por el 128 preparado, “rosqueado”, como dicen en Chivilcoy cuando escuchan el sonido estruendoso del escape. El auto lo convence. Suena bien con sus dos escapes de salida, un amplio trombón cromado a cada lado del guardabarros trasero que permite anunciar su inconfundible presencia en todo el pueblo. Donde llegue y estacione, todos sabrán de su arribo. Trata de imponer su presencia. Claro que la ronda será siempre la misma y no hará falta tanto anuncio, dado que los lugares de entretenimiento son pocos y quienes los habitan se conocen bien y suelen ser habitualmente los mismos. Excepto cuando mozos de Bragado, de Mercedes o de Suipacha van de recorrida por la noches de los pueblos del oeste y recalán en Chivilcoy.

Mientras sale del garaje con el auto, acelera dentro de la casa varias veces para hacer saber que se va y porque está convencido de que el estruendo molesta a su padre. Pone el casete de *La Renga* y repite para sí la letra de “La balada del Diablo y la Muerte”.

Al doblar la esquina no sólo sus padres respiraron aliviados, los vecinos, hartos de que moleste siempre hasta altas horas de la noche, luego de putearlo, se dedican a dormir tranquilos. Por las experiencias anteriores saben que puede haber idas y vueltas del malcriado y repudiado joven, lo que convierte a la noche en un calvario persistente. En casa de los Fernández el malestar es mayor, ellos tuvieron que vivir con todo

este batifondo interminable y no era nada agradable saberse parte del problema y que todo fue iniciado por amor.

CAPÍTULO X

LECHE ADULTERADA

Mumo estaba terminando un folio más de su ya abultado archivo histórico-político de los años noventa. El registro demostraba un escándalo tras otro, como marchaban las cosas parecía que una obra macabra que nunca acabaría. Proliferación de denuncias de coimas -en esa enorme estafa que fueron las privatizaciones de las empresas estatales-, negocios espurios con leche adulterada para bebés, contrabando y venta de armas a países amigos que estaban en guerra; en fin, temas que día a día llenaban las páginas de diarios y revistas. También mostraba la frivolidad con se tomaban los hechos. Era notable cómo la simbiosis entre la política y la farándula producía un nuevo tipo de dirigencia política, conservadora y exhibicionista. Tenía para entretenerse. La tarea le producía sentimientos encontrados. El primero de ellos era de indignación, de furia contra la impunidad con la que el gobierno se movía. La misma era descarada, incontrastable, e iba en aumento. Bien lo había dicho ese enigmático empresario de correos Alfredo Yabrán: “El poder da impunidad”. Con las noticias de los diarios se le hervía la sangre de rabia.

Por el contrario, la actividad específica de seleccionar, organizar, recortar, pegar, numerar folios y escribir comentarios en exquisitas letras caligráficas, a los costados de cada noticia seleccionada, lo remontaba a su infancia. Lo conectaba con esas largas tardes cerca de la estufa seleccionando figuritas para pegarlas en el álbum. También con el orden en el que disponía sus soldaditos de plomo para la batalla que libraban los ejércitos rusos contra el invasor napoleónico, o a la confección de mapas que le pedían en la escuela y que prolijamente copiaba en tinta china. Todo ese aspecto de un trabajo que sabe interminable le producía un gran placer. Un entretenimiento que realizaba en el único

lugar de la casa que la familia le dejaba para tal fin: el galpón del fondo. Desplegaba hojas, cartulinas, cinta scotch, plasticola, un par de tijeras afiladas y una trincheta sobre una larga tabla de cedro que lijó su tío y que apoyaba sobre los caballetes. A su manera se sentía un cronista de la Argentina.

Estaba muy concentrado en la tarea cuando el teléfono lo sacó de su ensimismamiento. Antes de atender el llamado, separó las noticias con las que quería seguir trabajando en esa tarde de sábado. Una era el reportaje al presidente Menem donde decía, palabra más palabra menos, que había cerrado la Ruta 2, la famosa recta que llevaba directo a Mar del Plata, para poder probar con el acelerador a fondo la Ferrari que le habían regalado. Por ende, había roto todas las restricciones a las velocidades máximas. Cuando le preguntaron sobre esas trasgresiones, Carlos Menem respondió: “Yo soy el presidente”.

La otra noticia que tenía frente a sus ojos era el sospechoso suicidio de Marcelo Cattáneo: había aparecido, en Ciudad Universitaria, ahorcado. El hombre estaba en medio del escándalo IBM - Banco Nación, donde el pago de coimas se estaba demostrando que era descomunal. Todo parecía indicar que “lo habían suicidado”.

Mirando esos recortes, atendió. Se sobresaltó cuando reconoció la voz que estaba del otro lado de la línea. El padre de Ernesto, con voz angustiada, le pedía ayuda. No era la primera vez que pasaba.

-Mumo, volvió a pasar. Por favor, anda a buscarlo. No debe andar lejos de donde ya sabemos.

-Salgo ya mismo.

-Ya le avisé a los otros equipos, pero vos seguí el camino que nos dio resultado hasta ahora.

-De acuerdo, un abrazo.

Cortó, hizo un llamado, y sin demora sacó la camioneta. Fue en busca de Avelino, como siempre en estos casos. Habían comprobado que Ernesto hacía caso a muy pocos. No tuvo ni que tocar timbre, el memorioso estaba esperando en la puerta. Pese a ser medio día llevaba un traje cruzado, Mumo sabía que sea la hora que sea, Avelino siempre vestía de traje y corbata, y que generalmente la ropa era más abrigada de lo que la temperatura indicaba. Quizás por ser tan flaco necesitaba

arrojarse de esa manera. Casi sin detener del todo la camioneta, abrió la puerta y Avelino subió puteando por la situación, no era enojo lo suyo, era preocupación.

- ¿Avisaste a la policía?

-No, eso nos complicaría más la cosa -dijo Mumo, y arrancó para la ruta.

-Este pibe si un día cambia el recorrido habitual nos va a cagar a todos los que salimos a buscarlo y muy especialmente a sus viejos.

-Avelino, que eso no pase, que eso no pase. Esto tiene que parar, en algún momento tiene que parar.

-Está bien, pero nosotros no tenemos recursos para estas cosas, somos algo así como una Armada Brancalione que va en bolas a las Cruzadas. Es una cagada de duraznos verdes.

Mumo no pudo menos que sonreír ante esa manera de definir los hechos que tenía Avelino. Al llegar a la rotonda salió del pueblo y aceleró por la ruta rumbo hacia el camino que entraba a "La Emita". Avelino le señaló que adelante iban Martha y Don Atilio, en el nuevísimo auto japonés de la inglesa. Ellos también eran parte del grupo de búsqueda y saber que otros barrían distintas rutas los tranquilizaba. Pese a que era posible pensar que Ernesto repetía los mismos recorridos, la amenaza era muy grande; por eso iban en silencio mirando con atención a ambos lados de la ruta. A mitad de camino, Mumo bajó la velocidad. Lo que menos querían encontrar era un tumulto adelante que les indicara un accidente o un choque. El horizonte aparecía despejado y eso era un buen síntoma.

Esta era la cuarta o quinta vez que Ernesto escapaba de su casa y siempre lo habían encontrado cerca del mismo lugar que le sugirió El Flaco a Mumo, por teléfono, en la originaria fuga. En ese primer momento de revuelo, al único que se le ocurrió hablar con El Flaco, que había sido de la misma banda que Ernesto, fue al archivista. Aquel le propuso que le daría la información si lo llevaba.

-Flaco, la cosa está jodida, no la compliquemos más. Al padre de Ernesto le voy a decir que vos me ayudaste mucho. Te lo prometo, ahora dame una idea para dónde rumbear -le dijo Mumo.

Aquella vez habían salido muchos vecinos en distintas direcciones,

pero Avelino y Mumo acertaron por la indicación que les dio El Flaco. Desde aquél entonces eran algo así como la patrulla oficial de búsqueda y rescate. El silencio reinaba en la cabina de la camioneta, por eso Avelino señaló a una persona que venía caminando en dirección opuesta y que salía de la ruta para dirigirse hacia un árbol. No había dudas, era el joven fugado.

Mumo bajó aún más la velocidad, quería que Ernesto reconociera el vehículo, que supiera que eran ellos, que no se pusiera violento o que huyera despavorido. Pararon a unos metros de distancia y se dirigieron hacia el árbol donde el muchacho estaba. Bajaron despacio, como si hubieran entrado a un campo de caza y tuvieran que andar con sigilo para no espantar a las liebres y perdices. Al llegar al lado de Ernesto lo encontraron llorando desconsoladamente. Durante un rato se quedaron inmovilizados. Después Avelino estiró con cuidado su mano y trajo al muchacho hacia él para abrazarlo. Cuando Ernesto se cobijó en sus brazos, supieron que el peligro había terminado.

Apoyándose en ambos, Ernesto se dejó conducir a la camioneta. En silencio, y andando muy despacio, enfilaron hacia la casa de los padres del muchacho. Los hombres habían aprendido que no debían lanzar reproches o cuestionamientos a las fugas de Ernesto. Tardaron en llegar porque era lejos e iban deliberadamente a marcha muy lenta. Después de dejarlo al cuidado de sus padres, emprendieron el retorno. Mumo temblaba y Avelino necesitaba fumar un cigarrillo y hablar.

-Este chico no quiere matarse.

- ¿Entonces a qué carajo viene a éste maldito lugar?

-A llorar, Mumo, a llorar.

Mumo pensó en qué diferentes eran entre sí esos dos amigos que venían juntos desde la infancia. Ernesto se desintegraba cada diez o quince días, mientras que El Flaco parecía de granito duro que se compactaba más después de cada quilombo. Mirando disimuladamente a Avelino se dio cuenta que lagrimeaba al mismo tiempo que pasaba su brazo por el hombro de Ernesto.

CAPÍTULO XI

UNA JODA PARA TINELLI

La señora Fernández va a la reunión tomada del brazo de su marido, sintiéndose parte del *Rotary Club* y orgullosa de lo que fue la lucha por la inclusión plena de las mujeres a esta hermandad global, esa gesta mundial que culminó en el año 1989 con el voto positivo para que ello ocurriera. Con su marido van presurosos y con cierto desasosiego. Ha pasado algo inesperado que amerita una reunión de urgencia. Como se hallan cerca de la sede, van caminando. La apariencia de normalidad que trasuntan, mientras van saludando a los vecinos con que se cruzan, engaña. Primero porque han dormido muy mal (en realidad vienen seguido durmiendo mal, especialmente los fines de semana) y segundo por las inesperadas complicaciones que han surgido por el bendito -que a esa altura de bendito no tiene nada- concurso de literatura, que el club ha impulsado.

El reiterado dormir mal es causado por el hijo del vecino de toda la vida, que pasó de ser un niño silencioso y tranquilo que solía visitarlos cuando salía de la escuela primaria, para quedarse jugando largas horas con la colección de caracoles y conchas del living, a un problema irresoluble para todo el barrio. Ya siendo pequeño no era muy comunicativo, pero pasaba largos ratos mirando televisión y comiendo los escones caseros que hacía la señora Fernández, una especialidad que solía llenar parte de la cuadra de una penetrante fragancia a vainilla. Fue por esos recuerdos afectuosos que los Fernández le vendieron a precio vil el viejo auto familiar. Un 128 que no tenía ninguna utilidad y que estorbaba en el fondo de la casa. Al principio generó celos entre los hijos de los Fernández, pero el señor Fernández cortó eso diciendo que esa chatarra había estado por años en el jardín, sin que nadie hiciera nada por ella. Nadie imaginó lo que a partir de allí ocurriría.

Fue motivo de asombro para el barrio la manera en que ese vehículo, poco a poco, se fue transformando de una chatarra oxidada a un reluciente y típico auto de carrera, de esos que van a los circuitos de tierra de los pueblos cercanos todos los fines de semana, a despuntar el vicio de la velocidad. Al principio todo el vecindario estimulaba ese reciclado. Los Fernández eran considerados por Cholo y su esposa como los padrinos del joven. Pero las cosas cambiaron radicalmente desde hace pocos años. El Flaco ya no es el mismo. Los tiempos de las visitas y los escones se han perdido para siempre, el joven silencioso se ha convertido en un permanente estruendo de motores que hacen vibrar los vidrios de las casas cercanas. El hijo de Cholo sale y entra del garaje de su casa ensordeciendo al barrio con los dos trombones abiertos del caño de escape de su 128. Para sus vecinos, El Flaco se manda un moco tras otro, lo que convierte la cuadra en un infierno. Algunas vecinas al acercarse para protestar, terminan llorando junto a la madre. El problema es de tal densidad que se les hace imposible no conectarse con el dolor de la señora. La mayoría de los varones desean lapidarlo, saben ya que con Cholo es imposible hablar, dado que el muchacho ya no lo escucha. Además, los comentarios relacionaban el enriquecimiento de la familia con el inicio de la transformación del muchacho en un Frankenstein.

El señor Fernández ha intentado dialogar con el joven, con la madre y con el padre del Flaco, pero todo ha sido en vano. Nada ha logrado. Por eso en su casa familiar existe un malestar que no cesa. Pese a ser un matrimonio que busca la convivencia tranquila y se conduce solícitamente para resolver los problemas están cada vez más irritados con la situación, que ya no tiene vuelta atrás. Odian al Flaco, a la madre y al padre. Cada uno, en esas noches de sobresaltos, pergeña formas exquisitas de venganza. La señora Fernández recurre cada vez más a somníferos; su marido, en cambio, saca alguna ventaja de la dificultad: aduce que esos desarreglos con el descanso le han provocado un retiro de sus apetitos (así le dijo, “apetitos”) sexuales. De ésta manera El Flaco, el 128, el ruido, el enojo y la desazón se invadieron la vida y la casa de los Fernández.

El hijo mayor de los Fernández ha mandado una carta a la produc-

tora de Marcelo Tinelli para que el díscolo joven que tiene a maltraer a sus padres, reciba un escarmiento. En más de una reunión ha promovido que sea víctima de una de las particulares jodas para Tinelli. Sueñan con que vengan con una grúa y le arrojen el auto desde diez o quince metros al suelo, que lo compacten y que lo lleven como chatarra a la acería de Bragado. Piensan que ese maldito Fiat 128 merece un final así, que se lo desintegre, para que nunca nadie lo vuelva a recuperar, maldita idea que entusiasmo a su padre y que ahora era la maldición que sacudía todas las noches a su familia.

Tomando en consideración todos estos asuntos que se han instalado entre todos los vínculos de los Fernández, los avatares del concurso literario deberían no tener relevancia alguna. Pero el matrimonio Fernández año a año impulsa la actividad y un posible conflicto institucional en el *Rotary* los llena de preocupación. Desde hace tiempo, el concurso se ha convertido en una de las actividades más convocantes y prestigiosas del club. La reunión ha sido llamada para tratar “el cuento” que tiene serias chances de ganar el primer premio. Esta situación se ha convertido en un aprieto institucional entre los integrantes de la Comisión de Arte. Es de no creer que el inocente título del concurso “Una visita al médico”, que tenía como único objetivo la prevención en salud, haya devenido en un tremendo escándalo en la comisión. El conflicto gira alrededor de un cuento que gusta mucho a algunos jurados pero dadas las condiciones políticas generales del país, hay quienes no aceptan que gane, es más, proponen censurarlo directamente. El señor Fernández se lo va repitiendo casi de memoria mientras se dirige a la reunión.

“... El abogado García Amainjenda partió hacia el consultorio médico, bajo una llovizna pertinaz y un viento que lo doblaba. No está de más decir que estamos viendo los desplazamientos de un preocupado por los signos que le indica su cuerpo. Es decir, alguien que teme desbarrancarse hacia la muerte en instantes, convencido, sin duda, de que de la noche a la mañana una grave dolencia lo dejará en estado terminal. Pese a los duros efectos de la tormenta (frío, viento y lluvia), no quería dejar de ver a su alergista, quien cada año le realiza los test de alergias y le prepara las vacunas para resolverlas. El médico siempre le dice: ‘Si no se resuelven, se

atenúan. No debe olvidar que son vacunas para evitar o quitar el insistente malestar que producen los alérgenos. Además, en su caso, a esa hipersensibilidad heredada de su abuela materna hay que tratar de mantenerla a raya.

Con el recuerdo de esas palabras, repetidas hasta el cansancio en cada visita que realiza a su médico alergista, García Amainjenda enfrentó las duras condiciones climáticas que azotaban a la Reina del Plata. No dudaba en que debía resistir las inclemencias del tiempo, su salud estaba en juego, por eso ante los probables riesgos se dirigió hacia el consultorio. Se sumaba además la dificultad de conseguir turno con el doctor Peralta que era algo cada vez más difícil, debido a la fama y la clientela que el médico había conseguido en todos esos años. El especializado era humilde, no estaba subido al pedestal del prestigio ni tenía las ínfulas del catedrático que de hecho era. Por eso cerró el asunto diciéndose que tenía turno para hacer los test de alergia y listo, allá fue.

Mientras el doctor Peralta pasaba pacientemente por su brazo los probables alérgenos y observaba sus reacciones, notó que la voz y los gestos del galeno fueron mutando de su habitual tono coloquial a un modo más circunspecto, al que agregó unas cejas fruncidas, típicas de los médicos cuando se encuentran ante un hallazgo inesperado. Estos indicios dejaron en ascuas al abogado García Amainjenda. Para tratar de disminuir la distancia, formuló una pregunta: 'No me diga que he vuelto a ser hipersensible al níquel'.

El doctor Peralta fue hacia el lugar donde guardaba sus frascos y buscó una botellita que, según alcanzó a ver el abogado, estaba bajo llave. Volvió para probar con ese líquido y notó que la reacción en la piel se multiplicó por cinco con relación a las anteriores. Satisfecho el médico por el hallazgo, invitó a García Amainjenda a colocarse nuevamente la camisa.

Mientras preparaba la vacuna que iba a aplicarle al paciente en la nalga, el doctor Peralta dijo: 'No, con el níquel no hay problemas. Está volviendo a tener alergia a los billetes argentinos, tanto al tacto como al olor que emanan. Hacía mucho que no le pasaba. El contacto con el dólar y su olor, por el contrario, ha dejado de irritarle los dedos. Es decir, le sienta bien. Supongo que la libra esterlina también le va bien, no le hice la reacción porque es cara y no quiero que gaste de más'.

Mientras aplicaba el preparado en su nalga derecha, le recomendó que

cohrara en dólares, o en su defecto, que tomara los pesos con guantes descartables y que los hiciera circular rápidamente después de la transacción. Para mejorar del todo le dijo que le podía pasar el teléfono de un arbolito cambiador que iba a domicilio para que al final del día pasara sus dineros argentinos alergénicos al verde dólar. Recuperado ya su tono campechano, el médico agregó: 'No se olvide que pasados estos fríos viene el verde de la primavera y es mejor estar a tono. Usted no debe cobrar menos que un verde de cien bien gringo por su hora de trabajo de abogado.'"

Así termina el maldito cuento. El señor Fernández piensa que quien lo escribió debería estar riéndose a carcajadas. No podía haber preparado una estratagema mejor para poner en ridículo al *Rotary* y a su conocida Comisión de Arte, si se le daba algún tipo de reconocimiento. Era lejos, el cuento mejor escrito, los otros parecían composiciones de escuela secundaria comparados con él. Cuando el señor Fernández acabó de repasarlo en su mente, no tuvo dudas y le comentó a su mujer, antes de entrar el club:-Este cuento es muy bueno, pero no es momento político para hacer una apología tan escandalosa de la dolarización. Nuestro club no puede aparecer como una agencia de propaganda del gobierno. Tomándolo con sarcasmo podríamos decir que nos quieren vender gato por liebre, nos quieren hacer el cuento para que nos desbarraquemos. A otro perro con ese hueso. No tengo dudas, debemos censurarlo. Aprovecharemos que lo enviaron desde Bragado por el Correo Argentino. Con el tema de las privatizaciones, de llegar a saberse algo, la excusa será lo mal que funciona esa empresa que está a punto de privatizarse. Es decir, querida, ese cuento no existió, ni existe. Hablaré con los jurados para hacerles entender los riesgos políticos de este concurso.

Con esa resolución tomada, entran al *Rotary*. El señor Fernández se pone a convencer a los otros miembros de la comisión, pero no tiene dudas de que el cuento fue escrito por alguien de Chivilcoy y que el objetivo del relato es perturbar el normal desarrollo de una de los más prestigiosos concursos del oeste de la provincia de Buenos Aires. Ha decidido revisar el sobre de papel madera en que fue enviado el cuento, está escrito a mano y quizás pueda reconocer la letra. Él que ha sido docente tantos años, tal vez logre ubicar al autor. No puede dejar de

pensar en El Flaco, pero duda de su capacidad para pergeñar tremenda broma. No quiere echarle la culpa, pero algo le hace pensar en ese muchacho que parece no dejarlo un minuto tranquilo. Fernández, convencido de que el Rotary estaba a salvo de su pesadilla familiar, siente la desazón propia de quien se halla atrapado.

CAPÍTULO XII

¡SÍGANME, NO LOS VOY A DEFRAUDAR!

Chivilcoy es un pueblo cercano y al mismo tiempo distante de la ciudad de Buenos Aires. Muy lejos han quedado las palabras de Domingo Faustino Sarmiento, cuando asumió la primera magistratura de la Argentina. El presidente recién electo prometió solemnemente: “Haré cien Chivilcoy.” No era una promesa vacía de contenido. Sarmiento conocía el desarrollo y la pujanza de esa colonia asentada con buenos resultados, en el Oeste de la ciudad de Buenos Aires. Era su modelo de colonia para desplazar a los nativos hacia el Oeste. La pampa húmeda era un tesoro demasiado grande para dejarla en manos de ranqueles, pampas, puelches y aquellos que terminaron siendo los más olvidados de los pueblos pampeanos: los boroganos. En esa alocución a la patria, Sarmiento marcó a Chivilcoy como estrella radiante del progreso. Pero el dinámico presidente argentino no se conformó con eso, participó también en la realización de la ciudad. Tenía ideas para ella, claro que no surgían de la propia experiencia de la población, de un pueblo forjado en esas líneas de frontera que expulsaban a los indios hacia el Oeste.

El modelo que trató de imponer era el de la ciudad estadounidense de Baltimore. Febrilmente pergeñó el centro urbano y una envoltura de chacras no muy grandes para que la ciudad estuviera protegida y al mismo tiempo provista. Sarmiento pensaba en un modelo de producción agrícola ganadera, que hiciera sustentable la colonización rápida de la zona. Con ese anillo de colonos, también quería obstaculizar la llegada del malón. “Los cien Chivilcoy” de Sarmiento eran simultáneamente una estrategia civil y militar.

Ese híbrido de Baltimore de nombre mapuche, Chivilcoy, estaba destinado a tener muchas identidades y probablemente ninguna. Mucha agua ha pasado bajo el puente desde entonces. No era ni es

de extrañar que repetidamente en la Argentina se tomaran modelos y formas de vida de otros países. La Argentina siempre soñó con ser copia de otros desarrollos.

Mucho tiempo después se dirá repetidamente que los argentinos descienden de los barcos. La actitud de Sarmiento demuestra que ya descendidos de los barcos y asentados, se promueven ideales venidos de afuera, en este caso, los de los Estados Unidos. Estas maneras de imaginar una Argentina hecha a imagen y semejanza de Baltimore o París deben haber ayudado al proceso actual de borrar la moneda propia y arrodillarla a los pies del “Dios dólar”. Si para otro argentino, muchos años después, se trataba de hacer uno, dos, tres, cien Vietnam, para Sarmiento la pampa debía convertirse en una larga serie de, por lo menos, cien Chivilcoy. Una especie de sueño transcultural: ser copia de aquello que otros son o tienen. Lo mismo ocurre con la producción cultural autóctona del pueblo y la gran ciudad de Buenos Aires.

Chivilcoy no es, como tantos pueblos argentinos, un modelo de desarrollo sustentable para los actores culturales de la ciudad. En esos ciento sesenta y cuatro kilómetros la pampa toda siente esa relación ambivalente con la megalópolis. Estando tan a la mano de esa enorme Buenos Aires, no puede dejar de sentirse un pariente pobre a la hora de salir a divertirse. Todo lo que ofrece parece insignificante y eso hace que los productores culturales del pueblo -teatros, pintores, escultores, escritores- sean algo indolentes y escépticos sobre sus posibilidades. De alguna manera, reproducen el modelo de mirar hacia afuera que pregona Sarmiento. Ya no queda nada de ese Baltimore-Chivilcoy, faro del país para imitar. Las artes están alicaídas, escasas de impulsores con entusiasmo.

Las luces de los espectáculos capitalinos suelen quitarle su público y es por eso que sus actividades de fin de semana están solo pobladas por parientes y algún que otro amigo. Los genuinos espectadores interesados en los eventos culturales o cinematográficos, y que tienen recursos económicos para ir a Buenos Aires, toman ese nuevo medio de transporte surgido del deterioro de los trenes: las combis, más precisamente, las combis truchas, ilegales como todas las acciones que trata de hacer el presidente de la nación con su Ferrari.

No hay posibilidad de organizar una salida eficaz para los trenes, no se puede ir en ellos para ver cine o teatro en Buenos Aires, ergo aparecen los privados a suplir al servicio público. Con las combis truchas se realiza el *raid* que combina la ida, las entradas en buenas ubicaciones, la cena y la vuelta al pueblo. Por extraño que parezca, hay un par de agencias en el pueblo que hacen de esto su negocio. En la municipalidad no existe una manera de denominar y legalizar dicha actividad, por eso las han catalogado como “agencias de turismo”. Esas mismas agencias se han beneficiado de ese nombre y, gracias a la dolarización, pueden vender *tours* a diversas partes del mundo dado que ha retornado el deporte nacional de viajar al exterior. Lo trucho se va constituyendo en una manera de definir la vida laboral a partir de la desocupación, que con el modelo privatista a ultranza, alcanza niveles pocas veces vistos en la historia de la república. Lo trucho gobierna las definiciones que se establecen: son truchas las mercancías chinas, truchos los jueces, el gobierno hace privatizaciones truchas y las combis truchas van conquistando el transporte público.

Pero ese turismo internacional no es el que le quita acción a la vida cultural del pueblo, es ese proceso de migración cultural hacia Buenos Aires el que agrava la situación de los artistas de Chivilcoy. Los espectadores descalifican lo propio y van en busca de la gran ciudad. Los artistas se dan cuenta de que un poco más lejos de la gran urbe, en el kilómetro trescientos de la ruta 5, por ejemplo, el peso del monstruo no se siente. En esos pueblos los artistas se liberan, se alejan de las críticas de los diarios nacionales y sienten una libertad creativa que los chivilcoyenses no logran asir con facilidad. Muy lejos ha quedado el ideal Baltimore de Sarmiento para los artistas del desgastado Chivilcoy.

Hay una excepción. No hace mucho ha recalado en el pueblo, Leonardo, un ingeniero que mal vendió su pyme por la imposibilidad de competir con la importación. Luego de pasar treinta años viviendo para su empresa y su familia, largó todo. Sus hijos estaban grandes y con su esposa todo era un trámite burocrático y rutinario. Su empresa se fundía lentamente, como suele pasar con muchas de ellas al caer la industria nacional, y sin saberlo estaba en barbecho esperando que algo lo sacudiera de ese irse a pique, lo que no imaginó fue que se acercaría

un hada mágica, maravillosa, desde ese pueblo tantas veces visitado por cuestiones de trabajo. Se enamoró perdidamente de una psicóloga de Chivilcoy que conoció en un grupo de teatro en Buenos Aires. Todo empezó con unas improvisaciones a dúo, luego unas escenas de Ibsen, después escribieron escenas para ellos. Finalmente no podía ocurrir otra cosa que descubrir que se habían enamorado. Hombre de ejecutar sus proyectos sin dudar se fue a vivir a la casa del hada en Chivilcoy.

Llegó con aires setentistas y con el convencimiento de que Julio Cortázar había dejado huellas imborrables en el pueblo. Desde que desarmó su valija tenía ganas de revolucionar algo, de conmover al pueblo con el arte y muy especialmente con el teatro. Hace ya años que Leonardo había convertido al teatro en su potencia de vida. Y comenzó a llevar adelante un sueño compartido: construir y vivir en un teatro. Como una tromba, con la energía y disponibilidad que siempre tuvo, comenzó a construir un centro cultural con una sala teatral en los fondos de la amplia casa que compró a un comerciante que la dolarización hundió.

Con su entusiasmo y simpatía, trató de contagiar con el proyecto a todos los que iba conociendo. Se fue dando cuenta, producto del desencanto de los artistas lugareños, de que la tarea no era fácil. Su ser extranjero y la propia lógica del pueblo chico, que sólo se mueve a partir de relaciones históricas entre familias y amigos de toda la vida, hacían que el descreimiento se manifestara en forma de un vacío casi imperceptible, pero que existía, y él, como judío errante, percibía. Había algo de razón en ese desinterés generalizado, ya habían fracasado muchos proyectos similares.

Hombre ambicioso y sin prejuicios, no tuvo temor en enfrentar dificultades, ante cada adversidad redoblaba esfuerzos. Se interesó por El Flaco, en realidad lo incentivaron todos los comentarios adversos que se hacían y que convertían al muchacho en una especie de demonio de Tasmania. Todos sus intentos de conocerlos fueron vanos, fracasaron uno a uno. Por ejemplo, en el taller mecánico de Oscar, con la excusa de dificultades de puesta a punto de su auto, como ingeniero y sin invadir, opinó sobre algún auto de carrera que allí había o sobre las maneras de mejorar la aerodinámica de otros, sin resultado alguno. Su objetivo era

claro: llamar la atención de El Flaco. Éste ni siquiera lo miró con interés, ni una vez. En otros momentos salía a campearlo al muchacho; por las rondas de los sábados a la noche solía acodarse en la barra del club El Progreso a beber para entablar alguna conversación, en realidad sabía que lo primero que debía ocurrir, y estaba dispuesto a llevarlo adelante, era emborracharse juntos pero tampoco tuvo éxito. Buscó intermediarios que hicieran de puente, que se lo presentaran pero nadie aceptó, por el contrario, rehuían la idea como si estuvieran viendo alguna escena del infierno. Con el tiempo se dio cuenta que a los que pidió ayuda tampoco tenían acceso al desprestigiado melenudo.

Cora, su mujer, le hizo notar que todos hablaban solamente de El Flaco marcando siempre el negro y lo extraño de su ropa. Leonardo lo describía como una de las figuras de la muerte. “Es un chivo expiatorio al que no vas a poder integrar a ningún proyecto, excepto si tu condición de extranjero le permite a El Flaco verte de una manera distinta, como alguien que está afuera de la historia cruel de este pueblo, si no, lo dudo”, sentenciaba su mujer.

Un judío errante como él, dispuesto a integrarse a fuerza de creatividad y trabajo por mucho tiempo, pensó en el muchacho como un posible compañero para la aventura de fundar un teatro. Si su magia lo había impulsado a él mismo hacia un cambio de vida tan radical, también podría hacer lo propio con ese hombre solitario. Después de muchos intentos de acercamiento frustrados, lo empezó a imaginar como un personaje de una obra. Finalmente, el interés por esas tareas quedó abandonado. Cada vez que trataba de escribir algunas líneas, se inhibía. No quería hablar directamente del Flaco, sí de esas insistencias sobre su ropa. Se limitó a describir el luto permanente de las beatas, el modo de vivir de las mujeres contratistas del Opus Dei, los trajes de los hombres del pueblo, que vestían como si vivieran en el campo, a hablar de las boinas blancas de algunos viejos radicales, de las bombachas que usaban algunos que jamás montaron un caballo, de las rastras con monedas de muchos gauchos, y de tantas otras cosas por las que cada uno podía ser un personaje absurdo si se lo sacaba de contexto. Como extranjero y judío comprendía la negrura de las vestimentas del Flaco como una manera de exilio, como la advertencia del apestado que

anuncia que no deben acercársele. Concluyó que estaba en juego una persona que debía cumplir su destino trágico y que a Leonardo no se le había permitido torcer. No iba a ser un compañero de aventuras en esto de construir un teatro y la consecuente compañía; no habría obra que lo tuviese como personaje. El pueblo era el escenario donde transcurría esta tragedia y quizás ni siquiera había comenzado el segundo acto. “Dinamarca seguía lanzando aire fétido y fantasmas” se decía para sí mismo, recordando algunos comentarios del maestro y director teatral Augusto Fernandes.

CAPÍTULO XIII

RAMAL QUE PARA, RAMAL QUE CIERRA

“Pueblo rico, diversiones pobres”, dice el diariero de la estación, mientras acomoda los diarios y las revistas preparando su retirada del puesto, porque nada más circulará por esas vías durante los próximos días. Todo será detenido y yermo después de la partida del último tren de pasajeros.

“Pueblo pobre, estancieros ricos”, le retruca el guarda del tren, que está por salir desde la plataforma más alejada de la clásica estación de construcción inglesa, un edificio con el techo de chapa a dos aguas de un color rojo desteñido, por el trabajo del sol y las lluvias. La estación y la formación del tren compuesta por la máquina diesel y cuatro vagones, están descuidadas, la desidia de los gobiernos las deja a merced del abandono y del paso tiempo. A través de ese abandono se puede ver la verdadera política oficial de Menem: terminar de arrasar con el ferrocarril. Esto se expresa en vidrios rotos, asientos destrozados, puertas que no abren ni cierran, absoluto incumplimiento de horarios, estaciones llenas de basura y sin personal idóneo que las mantenga. La oscuridad que reina se inunda de intensos y concentrados olores de orín, parece que humanos, gatos y perros cumplen con aquello de que los ferrocarriles huelan a la mezcla permanente de diversos orines y mierda.

Es notorio que la política pública es dejar que el desinterés del público colabore en la idea del gobierno: hundir al ferrocarril. Para colmo, la aceptación social, hacia las políticas neoliberales de Menem, hace retroceder los reclamos de los trabajadores ferroviarios. Apoyado en ese plafón social, el gobierno amenaza con cerrar más ramales si hay huelgas.

-¡A Once parando en todas! -vocea el hombre de traje gris, que tiene una chapa en su solapa izquierda, que dice en letras negras y de

imprensa “GUARDA” y debajo un número que lo identifica, el 938. Desde que se lo adjudicaron, lo juega a la quiniela cada viernes por la noche. Alguna vez le compró un reloj a su mujer como consecuencia de acertar el número, por el cual es identificado en la administración de la empresa y fundamentalmente, por los pasajeros habituales de su querida formación. El guarda 938 es uno de los más antiguos en su función, aunque debería haber ascendido de acuerdo a méritos y al rango ferroviario. Le correspondería ser inspector o jefe de estación, pero ese escalafón está tan congelado como los pasajeros que viajan en sus vagones. La empresa ferroviaria se desploma y no se puede esperar mejoras en el escalafón.

Ya pasó el tiempo en el cual viajar era una fiesta atractiva, emocionante. Recuerda con qué entusiasmo las familias abordaban el tren, a las primeras horas de la mañana, desde Trenque Lauquen o desde Plaza Miserere y cómo iban provistas de canastas, con las vituallas para el almuerzo o el desayuno. Se acuerda del coche comedor, donde el olor a café recién hecho o las tostadas, daban una calidez que las formaciones han perdido. También quedó atrás la alegría por viajar en los coches nuevos, traídos desde Holanda. Hace ya mucho que no hay renovación de la flota ferroviaria.

Mientras mira su reloj de chaleco, antiguo como este tren que se desarma, se da cuenta del atraso que lleva el convoy y mira hacia el Este. Trata de avizorar qué otros inconvenientes sucederán para impedir el arribo a Plaza Miserere. Tiene clara conciencia de lo difícil que es llegar a destino con una formación rota y cansada como esa. Con un pequeño pañuelo verde tapa la boca de la linterna y hace un movimiento de atrás hacia delante. Agrega con el silbato en su boca dos largos pitidos, condiciones necesarias para que el maquinista acelere la locomotora diesel. Como consecuencia de esa orden, la formación se empieza a mover despacio para ir saliendo de la estación Chivilcoy. Cansado de tanta amargura por la ruina en que se ha convertido su tren, da un pitazo largo final, subido al primer escalón de la última puerta del convoy. Con rabia, no puede dejar de pensar que ha pasado mucho tiempo desde la época en que la llegada del tren era una fiesta.

Se atormenta observando que la gente de los pueblos se empobrece

e igualmente vota a Menem, quizás hasta sienten cierto placer en ver su formación dando pena y están deseando que desaparezca. Si hace ya muchos años que parece un deporte popular el destrozarse las cosas del Estado y si las ven descuidadas o rotas, las rompen más. Se empeñan en agregar deterioro, una muestra significativa de la manera en que la ciudadanía argentina se vincula con la nación.

El gobierno ha inventado ese eslogan de que “achicar el estado es agrandar la nación” aprovechando larvados odios. La cruzada promueve astutamente el odio hacia los trabajadores y las empresas estatales. Todo está muy maltrecho, pero la cantinela de los Neustadt y los Grondona en la televisión, incentiva la destrucción colectiva de las cosas. Cuando Sarmiento era presidente, el vandalismo era el malón, que se llevaba hacienda y mujeres. Los comunicadores sociales que empujan las privatizaciones, declaran la guerra a los trabajadores estatales como si ellos fuesen la plaga por erradicar.

La intención no es para nada secreta: vender peces de colores que preparan una revolución espacial en el transporte público. Es tentador creer en esa promesa del cohete. ¡Un cohete que irá a la estratósfera, saliendo desde Córdoba, para ir a Japón! ¡Hay que ser boludos! Les prometen una modernización del país tan alejada de cada uno como la dichosa estratósfera de la que habla el presidente. Este caudillo riojano, devenido en *latin lover* sureño y seguidor de George Bush, da ese discurso delante de los niños de una escuela pública del Norte argentino. Él vio por la televisión la cara de extrañeza de esos niños quechuas y aimaras, que no entienden de qué carajo les habla el presidente de los argentinos.

“¿Quién de mis pasajeros puede ir a Japón?”, se pregunta el guarda sabiendo que no hay respuesta.

El país, su gente más sencilla, está con la cabeza oscura y cerrada, el olvido al que el gobierno somete al ferrocarril es la renuncia a la dignidad, al sentido de ser algo más que un conjunto disperso de hambrientos que hacen la vida que pueden en medio de la indiferencia. Por eso no se asombran ni reaccionan ante el hecho de que los jubilados se ahorquen en las plazas de las ciudades. El guarda se da cuenta de que cuanto más tarde en llegar a la central, cuanto más frío sientan

sus pocos y pobres pasajeros, más lejos estará la Argentina que él soñó desde arriba del tren; quizás al llegar se encuentre con la orden de no volver a salir nunca más con su querida y arruinada formación y que busquen imponerle el retiro voluntario, que es realmente el despido, una fachada-acuerdo entre las partes, entre la empresa y los trabajadores. Con la fachada del retiro voluntario, el despido se les impone a los más antiguos trabajadores del ferrocarril en la cada vez más temida gerencia de relaciones laborales del ferrocarril Sarmiento. En ella, los que son citados se encuentran con un simpático hijo de puta que no les deja otra alternativa y para colmo trata de hacerles creer que es “por su bien”.

Lo distrae el sonido estridente de un auto que va por la calle paralela a la vía, es tan ensordecedor el trombón del escape que le grita al diarero que, en el andén, ya casi ha recogido todas sus revistas.

- Un loquito llamando la atención. Seguro que muchos le festejan el candombe que anda haciendo a estas horas. Parece que está de moda copiar al innombrable de la Ferrari.

-¡Todo lo contrario! -grita el diarero que mientras habla, camina acompañando el movimiento del tren. Como buen habitante de pueblo, se da cuenta de que tiene ganas de contar toda la historia de un tirón pero la formación se marcha y el guarda 938 no alcanza a entender el resto de las palabras, que se pierden en la lejanía. Ayuda, además, el trombón del ruidoso auto que va por la calle lateral, escupiendo llamas de fuego, debido a que ha sido acelerado bruscamente y sin piedad. El exceso de nafta se hace fuego en la cola del Fiat.

El canillita, que es uno más de los que necesitan hablar de ese forúnculo que tiene el pueblo, vuelve sobre sus pertenencias pensando en que ya debería dejar de ir a tratar de vender en ese horario incierto de la noche. Claro que si no va, le pueden romper los candados del puesto de diarios para desvalijarlo, lo que ya le ocurrió tres veces. Finalmente, ir a la estación es una pequeña medida de seguridad más que una expectativa de ventas.

La desocupación aumenta sin cesar, los números de la gente sin trabajo son espeluznantes para la Argentina que él conoció y no paran de crecer. No hay un mango para morfar y eso se siente, la calle está

pelada y los pibes compran merca en lugar de historietas; las revistas de tejidos y manualidades no se venden y parecen sólo asuntos para viejas. Ya sabemos cómo están los pasivos. No les alcanza para cosas elementales, hay que olvidarse de que puedan consumir revistas. Hay dos o tres que llegan a la mañana y se quedan leyendo alguna revista de actualidad que él les presta.

Mucho menos pensar que las revistas de opinión política y social puedan ser atractivas para la población pobre que hoy es la que sube y baja de los trenes. Vuelve a mirar el tren que se aleja y pese a la oscuridad, nota que dos personas suben a escondidas para no pagar boleto.

Con los últimos diarios ya bien guardados, le resuenan las palabras del 938. No puede creer que hayan cerrado la ruta 2, la que va hacia las playas, para que el presidente de la república pruebe la Ferrari que le han regalado. Definitivamente, El Flaco no es lo peor que anda dando vueltas por estas pampas.

En Chivilcoy, Menem ganó su reelección por una enorme diferencia de votos. Lo votaron todos los normalitos, los privatistas, los pobres, los peronistas, los conservadores y los boludos útiles. En fin, casi todos. El único que desconfiaba a viva voz del riojano era ese extraño ingeniero que llegó para poner un teatro. Un animoso judío siempre dispuesto a la conversación franca y profunda.

“Estamos muertos”, detiene su pensamiento, se da cuenta de que es inútil. “Lo más difícil de entender es que después nadie declara haberlo votado, son votantes avergonzados que confían en que las privatizaciones traerán el sueño de Sarmiento a la actualidad, creen que Baltimore será el destino de nuestro Chivilcoy, una vez que crucemos este valle de lágrimas. En voz baja ruega: “Flaco, hacé ruido, generá tumulto”.

El guarda sigue apoyado en la baranda del último vagón, quizás porque sabe que no debe moverse hasta que los colados, urgidos por viajar, trepen sin riesgos a su tren. Muchos de los que se denominan suicidas no son más que desesperados sin dinero que andan al salto por un bizcocho, de pueblo en pueblo. Ladrones de gallinas que aprovechan las sombras para volver a su pueblo con algo para comer, rateros que al menos conservan la dignidad de no robar a sus propios vecinos.

Robar en otro pueblo es otra cosa, llevar la comida a casa sin perder el respeto de la gente es mantener un código de ladrón que los nuevos chorros ya han ido perdiendo. Piensa en la cruzada que impulsa Luis Barrionuevo desde el gobierno: “Tenemos que dejar de robar por lo menos por dos años.”

CAPÍTULO XIV

LA ARGENTINIDAD AL PALO

El Flaco es el menor de dos hijos. “Tuvimos lo que queríamos, el casal”, decía Cholo, con una amplia sonrisa a quien lo quisiera escuchar, hace ya mucho tiempo, mientras hacía el asado y emocionado veía jugar a sus hijos en el jardín de la casa. “A veces -agregaba-, pienso que Dios ha sido muy generoso con nosotros.” Eran todavía los tiempos en que Cholo se mostraba comunicativo y alegre. Con la tragedia ocurrida, el desbarrancarse de su hijo que se insinuaba desde sexto grado, se profundizó sin remedio. La pesadez de los sucesos, las consecuencias cotidianas de los mismos que no dejaban olvidar ni un solo día, hizo que se fuera replegando cada vez más y sólo prestara atención a sus negocios.

La madre, una redondita matrona de pueblo, también era una persona orgullosa de la constitución de su familia. Ha cuidado de ambos hijos preocupada y ansiosamente, algo que consideraba en principio su deber y que fue descubriendo durante la crianza como su orgullo. Ser esa madre solícita la hacía sentirse valiosa, necesaria.

Después que su hija se casó con un estanciero de Carlos Tejedor, y de los hechos dolorosos que sacudieron el pueblo, se fue dando cabal cuenta de las dificultades del varón. Desde entonces actúa de la única manera que conoce, redobla los esfuerzos por ayudarlo. Está convencida de que su dedicación podrá hacerlo reaccionar.

-Es que este chico nunca sabe lo que quiere -le explica a la doméstica Eustaquia, una morocha robusta y de rasgos filosos que demuestran sus orígenes boroganos o puelches, esos desaparecidos pueblos originarios de la pampa húmeda. La servicial atención de Eustaquia, llamativa para cualquiera que la conozca y presencie la escena, expresa los temores que la acucian: en su casa la pobreza avanza y como consecuencia, el

hambre también. Esas dos amenazas, despiadadas y crueles, son la base de su atención. Eustaquia no le tiene nada de simpatía al Flaco pero hace todo lo posible para que no se note. Por eso escucha a su patrona como si prestara una profunda atención. Como tantos otros trabajadores, actúa para vivir.

Apenas la ve venir, Eustaquia se da cuenta de que tendrá que ser, una vez más, el paño de lágrimas de la madre del Flaco. Detiene lo que está haciendo. Enlazadas en el lampazo, que sirve para pasarle kerosén al patio de baldosas, sus manos la sostienen y al mismo tiempo le garantizan que ningún gesto delatador escapará de ellas. Sabe que su salario está en juego, por eso presta sus oídos al relato como si en verdad el mismo fuera de su interés.

Esa solicitud por conveniencia es un antídoto contra el hambre de sus hermanos menores. Está al corriente de que comete un pecado menor para su alma de católica convencida, dado que sólo se interesa por el joven para conformar a su patrona. Conoce que Francisca, la anterior mucama, perdió su empleo al ir a protestar ante la regordeta mamá del Flaco por los excesos laborales que los descuidos y el desinterés del muchacho, por el orden y la limpieza, le generaban. Francisca ha sido, luego de que la echaran del trabajo, la que propagó multiplicidad de versiones por todo Chivilcoy sobre la vida familiar en esa casa de ricachones: “Tanta plata y viven amargados con ese esperpento de hijo que tienen. El tipo hace lo que quiere con ellos. Es malcriado, cómodo y caprichoso. Además, hasta un espantapájaros está mejor vestido que ese cuerudo salido de vaya uno a saber de dónde. Es sucio y vago. Maltrata a la madre todo el tiempo, es mal bicho.” Francisca, en su venganza (la única que puede ejercer desde su lugar de desocupada y pobre) ha abonado y aumentado las más impiadosas fantasías del pueblo. Las anécdotas que se agigantan detrás de cada puerta no hacen más que alimentar el rechazo general hacia el muchacho que circula ruidosamente con su moto o su auto por calles, quintas y estancias de Chivilcoy.

Sabe Eustaquia que pasó el tiempo en que sobraba trabajo y por lo tanto era posible reclamar derechos y que si no se cumplían, si no eran satisfechos, era factible irse a otro trabajo. Dada la situación crítica

que vive la Argentina, eso ya no es posible. Con la cantidad de gente sin trabajo que existe en el pueblo, es mejor cerrar el pico y agachar el lomo. Acuciada por la cantidad de desocupados que hay nuevamente en su familia, que no tienen posibilidades de conseguir alguna changa, trabaja horas extras los sábados y domingos para defender a rajatabla el puesto. En sus cálculos no sólo está el dinero que percibe, sino que hay cuatro comidas más que salen de la casa de sus patrones. Las sobras de esas comilonas, que se lleva con la venia de los dueños de casa, permiten que se repartan raciones de comida más suculentas en su familia.

Eustaquia vive en una modesta prefabricada, treinta cuadras más allá de la casa del Flaco. Se agrupan allí sus padres, sus hermanos y sobrinos; consecuencia de la debacle laboral los que se habían independizado han vuelto porque se quedaron sin trabajo. Las esposas de sus hermanos, como ella, se han conchabado como mucamas cama adentro en las casas pudientes del pueblo, algo que hace no muchos años atrás ninguna de ellas quería aceptar, y ahora lo hacen para evitar el hacinamiento que provocó la vuelta al redil de los hijos desocupados. Son estas mujeres las que sostienen el hogar, una situación cada vez más reiterada y frecuente, que pone muy mal a los varones. No lo soportan, les resulta una herida inaceptable. Muchas veces estas modificaciones sobre quién es el responsable de parar la olla, hace irrespirable la convivencia familiar que ya no es tal, sino simplemente hacinamiento pero no solo en su casa. El barrio está lleno de varones sin trabajo que deambulan borrachos y golpeadores de sus mujeres y sus niños.

Para ella los lunes también constituyen un plus alimentario, ya que va de una escapada en bicicleta hasta su casa a dejar los restos del pantagruélico asado que Cholo hace los domingos para la familia y algunos amigos. Cuando llega cansada de la rápida pedaleada, conversa con entusiasmo sobre las diversas variaciones de comida de olla que su familia hace con esos desechos dominicales del festivo asado, a la que le agregan huevo y aceite y la llaman “ropa vieja”. Hasta los perros se relamen olfateando los huesos que vienen en el enorme paquete. El sabor rico de la ropa vieja no oculta el odio hacia esos nuevos ricos. Hay algo de venenoso en ese salvavidas que llega de a casa de los plátudos esos.

En la casa de Eustaquia, de esta manera, saben cómo Cholo intenta

expresar semana a semana que la casa y sus habitantes pueden festejar que la bonanza económica continúa y que sigue por buen rumbo.

“No puede ser que todo se lo tenga que hacer yo”, rezonga como siempre la madre del Flaco ante Eustaquia. Necesita contarle que el sábado a la noche, como todos los sábados a la noche luego de que ocurrió la más espantosa situación que les tocó vivir, se deslomó limpiando y recogiendo las cosas que el muchacho dejó tiradas.

Eustaquia, que conoce perfectamente el origen de todos estos males, los que no se pueden ni siquiera mencionar tímidamente, se anima a decirle:

-Usted se preocupa mucho, señora. Tenga cuidado que se puede enfermar.

Sabe que emitir algún juicio sobre El Flaco la pondría en riesgo. Se mueve con el sigilo y la desconfianza propios con que las tribus pampas recibieron a los colonizadores blancos.

-Es lo que siempre me dice el médico, que no puedo hacerme tanta malasangre. Por la presión alta. Pero soy así, no puedo ver ni dejar las cosas desordenadas. Si me viera cómo salgo disparada, apenas se va mi hijo, para comenzar a ordenar. Para colmo, mi hija me hizo notar que le hablo al señorito sin que esté en la casa. Lo que me faltaba: hablar sola con un fantasma que no me escucha. Pero no puedo cambiar, desde chica me criaron así. ¡Ay, Eustaquia, me estoy volviendo loca!

El teléfono la saca un poco de su reiterado lamento. Su vecina Delia le cuenta una noticia impactante que están dando por la televisión. Excitada, la urge para que vea *Crónica TV*: “Parece que descubrieron el auto Mercedes Benz que Susana Giménez había entrado al país sin pagar los impuestos correspondientes. Allí vuelven a contar la estafa. ¿Te acordás que la diva había comprado un auto preparado para discapacitados? Lo hizo traer a nombre de un hombre pobre, medio parálítico ¡Mirá, tanta fama, tanta tele y es finalmente una atorranta más! Si está forrada en plata. ¿Es que nada le alcanza a esta gente? Saltó este asunto que viene del año 1987. Pagó por el Mercedes noventa mil dólares. ¿Y sabés qué más? Lo encontraron en una estancia cerca de acá, estaba en un galpón tapado con heno. Al final, los que vivimos en los pueblos somos siempre el pato de la boda de los estancieros. La televisión repite

una y otra vez dónde estaba el auto. Los porteños van a decir que somos ricos y tramposos. Justo ellos que nos mandan todas sus pestes.” Delia le sigue contando a la mamá de El Flaco, lo que Eustaquia y ella están viendo en el televisor del comedor diario con ojos desorbitados.

CAPÍTULO XV

ESTAMOS MAL, PERO VAMOS BIEN

“Es una madre abnegada y está preocupada, por el chico, ¿vivo?”, le dice a quien quiera escucharla. Justamente, hoy a la mañana, se encontró con la profesora de Física, la única que se interesó por El Flaco en el secundario, dado que para el resto de los profesores era un indolente sin remedio: “Un tiro al aire, mal criado, prepotente, soberbio en su desinterés”, no se cansaba de repetir el profesor de Matemáticas mientras tomaba mate cocido. “Un tipo conflictuado, con poca capacidad para simbolizar y expresar qué le pasa”, decía la psicopedagoga de la escuela, que había tomado la costumbre de hablar siempre mirando por encima de sus anteojos de ver de cerca. “Muy callado y silencioso, de esos que no sabés para dónde van a salir. Buen cabeceador, y no parece que lo haya aprendido haciendo deportes, precisamente. Calentón y con poca capacidad para darse cuenta de que los deportes son una expresión noble de las relaciones sociales”, comentaba el profesor de Educación Física mientras sostenía un silbato entre los labios y la voz se le escapaba por uno de los costados de la boca, lo que hacía muy peculiar su informe sobre El Flaco. “Lo veo mal a ese muchacho, con destino incierto y con poca posibilidad para hacer cambios. Me desorganiza el curso con su abulia y desinterés”, decía el biólogo, que era el titular de Química, mientras apoyaba las manos en la única y pequeña estufa eléctrica de la sala de profesores. Se enojaba porque el artefacto iba disminuyendo la emisión de calor por la vejez de la resistencia. Empezaba con ese tema y una vez que calentaba los motores de lo que denominaba “su reacción de leche hervida” no podía parar. Que el deterioro de la escuela, que la falta de mantenimiento y continuaba con la supuesta “descentralización racional” de la escuela pública, que había terminado siendo un permanente lavarse las manos de todos los responsables. El Estado nacional

había derivado el tema a las provincias y éstas no tenían recursos. En fin, un infinito cuento del gran bonete, en el que nadie era responsable. Finalmente, se terminaba indicando como únicos culpables a los docentes y al personal de mantenimiento de los establecimientos escolares, quienes reclamaban desesperadamente la participación de los padres, los que absorbidos por sus propias angustias para parar la olla, no acudían a la cita. Como los trenes, la escuela hacía agua por todas partes. Con todo eso en su cabeza, el profesor de Química cumplía con el ritual colectivo de bajarle el pulgar enérgicamente al incómodo alumno.

“Un líder negativo”, decía la profesora de Historia y agregaba: “No porque se lo proponga, sino por sus pocas ganas, por su casi nula participación y el ejemplo que da al resto de los alumnos. El tono de la época hace que estos personajes se conviertan en líderes. Nadie cree en el esfuerzo. Y, bueno, en esa situación alguien como él hace escuela. ¡Mire lo que le digo! ¡Hace escuela, fíjese lo que le digo! Yo creo que esto recién empieza, ojalá me equivoque”, decía la profesora mientras cruzaba sus dedos, miraba hacia el cielo y lo invocaba a Dios, quizás porque no sabía qué otra cosa hacer, mientras esperaba un milagro que salvara la situación, en la que se estaba mal y en la cual nadie sabía bien qué esperar.

La madre solo esperó un segundo, después de la pregunta que le hizo la profesora de Física, para mandarse de un tirón y sin respiro con sus preocupaciones:

-Es que no le gusta nada: empezó inglés y lo dejó, hizo un curso de computación, iba bien, pero se cansó y largó. ¡Con el porvenir que tiene la computación! Desde que pasó lo que pasó, cuando apenas terminó el secundario (que se lo debe a usted, señora Luisa) no hace nada, no quiere trabajar con el padre, dice que no le gusta el campo, que en la oficina se aburre, que el padre lo pelea. Se fue a Buenos Aires a estudiar, le compramos un departamento allá y duró sólo seis meses, estaba triste, no aguantó estar tan solo. ¿Se da cuenta? ¡Seis meses! Para colmo, volvió con toda esa extraña ropa de cuero. Parece de otro planeta, nadie en este pueblo viste de esa manera. Dice que es la moda punk y quién sabe acá lo que es esa moda. No es ¿cómo decirle?... alguien que se

preocupe por ser interesante, pulcro. Por si esto fuera poco, ¿viera cómo toma! Vuelve siempre borracho, no sé qué hacer... en fin, ¿su familia cómo anda?

La señora Luisa le hizo una pormenorizada descripción de la situación de su padre, viudo desde hacía poco tiempo y explicó el esfuerzo que hacían entre sus tres hermanos varones y ella, más los tíos, para sacarlo del mal momento que la pérdida de su compañera de toda la vida le había producido, y agregó con un suspiro que su padre *había sido* muy dependiente de su mujer y que no toleraba la soledad. Alivió la información comentando la confianza que todos tenían en su pronta recuperación. Luego cambió de tema, porque la salud de su padre la preocupaba y no tenía ganas de seguir pensando en ello, trató de explicarle a la señora lo difícil que era la situación en las escuelas: sueldos cada vez más bajos, deterioro de los vínculos sociales, mayor violencia, chicos que venden droga dentro del aula para poder comprar ellos su ración diaria; el cansancio de los profesores, producto del estrés laboral y la cada vez más notoria ausencia de interés en que la escuela pública fuera un lugar de excelencia. Agregó, decepcionada, que las escuelas cada vez más se parecían a aguantaderos, donde pasaban la adolescencia los chicos que no tendrían ningún futuro. Que ahora todos querían mandar a sus hijos a las escuelas privadas, que la educación pública iba quedando para los pobres y excluidos. Con estos asuntos quería tratar de sacar a la regordeta madre de su permanente obsesión sobre el joven, claro que se daba cuenta de que la propia reflexión sobre la juventud no hacía otra cosa que remitir a la afable señora a su hijo. Por eso hablaba sin pausa, dado que, si se lo permitía, la señora volvería a la carga. Ya bastante había batallado ella por ese muchacho frente a todos los profesores, recordó cómo trataba de hablar con cada uno para que hicieran algo en común, que no lo dejaran solo, que insistieran en valorarlo. Todos se alejaban cuando veían que se arrimaba a la sala de profesores con intenciones de hablar del aislamiento del Flaco.

Por lo que escuchaba de boca de la madre del Flaco, los resultados parecían darles la razón a sus colegas, después de todo, Luisa también estaba cansada de los fríos que pasaba en la escuela, de la indisciplina, de la falta de materiales y sobre todo estaba harta de ser una de las pocas

que podían poner una voz al reclamo.

“Te calentás como si algo se pudiera cambiar. Avivate, los años setenta pasaron hace mucho y la conciencia social, el preocuparse por el otro y la solidaridad no pagan. Los noventa son para que todo eso nos lo metamos en el culo”, le decía Mirta, la secretaria de la escuela, mientras era interrumpida por el teléfono. Después de atender otro pedido de médico por parte de un docente, volvió a increpar a Luisa: “Los pibes entran drogas a la escuela, todos nosotros sabemos quiénes se las proveen. Si los denunciás, te rompen las piernas los narcos, que sabemos que son más que amigos del intendente y de la cana, y los pibes van al juez de menores por una denuncia de la escuela. ¿A vos te parece que alguno de esta casa llena de enfermos, dicho sea de paso, soñó con este destino cuando quiso ser docente?”, continuó embalada la secretaria mientras le mostraba a Luisa el parte diario de los pedidos de médico que tenía la planilla de asistencias del personal, de los primeros quince días del mes y agregó: “La mayoría de estas cosas aumentaron con la transferencia de la educación, cuando la nación, con la idea de la eficacia de la descentralización, le enchufó las escuelas a las provincias, a las intendencias. Ergo, síntesis, conclusión: estamos mucho peor y los pibes también. Nos jodieron. ¡Ojo! Sabés que no critico a nuestros compañeros. Te muestro estas planillas para que veas cómo está de quebrada nuestra gente. No es desidia, es derrota. DE-RRO-TA para los chicos, para los docentes, para los padres, que vaciados de proyectos, miran embobados al presidente de la nación jugando al básquet con la selección argentina en el *Luna Park*. ¿Sabés quién se hizo dueño de la Caída del Muro de Berlín en Argentina? El recontraconchudo de Neustadt. Cualquier sentido solidario y social el tipo lo señala como ‘estalinismo burocrático’. Te invita a marchar a Plaza de Mayo para pedir privatizaciones. Una concentración dirigida por los oligarcas llenó esa plaza, esa plaza que era nuestra. Pidiendo escuelas privadas, que cierren los trenes, que no haya más empleados del Estado. Se trata de promover el desempleo masivo, para eso te empujan a mirar con malos ojos a los laburantes del Estado. Dejar sin trabajo, mandar a la gente al hambre: eso quiere decir privatizar. ¿Sabés cómo funcionó el asunto con los trenes? En todo el proceso de la privatización, las empresas que

estaban interesadas en hacerse cargo de los ramales arreglaron con las barras bravas futboleras de las villas del Gran Buenos Aires para que le tiraran piedras a los trenes con la gente adentro. Todo para que los formadores de opinión pública diarios hablaran de lo mal que estaban los trenes. Si querés saber algo más de este asunto, juntate con el guarda 938 y viajá con él a Buenos Aires. Te va terminar el cuentito informándote que al terminar las negociaciones por las privatizaciones ¿qué pasó cuando terminaron las negociaciones? Sí, adivinase colorín colorado, se acabaron los piedrazos a los trenes de pasajeros. Hay un mendocino, que es capo de este gobierno, que cada fin de semana sale de su hotel en Buenos Aires con valijas llenas de dólares. La mucama del hotel es de Chivilcoy y cada vez que viene a ver a su madre le comenta asombrada el transporte de billetes a la ciudad de Mendoza. Según la mujer, que la conocés pero no te voy a decir quién es, esto pasa todos los sábados.”

Retiró con violencia la hoja de la vista de Luisa y agregó sin dejar de estar enojada: “Por lo menos no seamos las boludas de siempre, y vos menos que ninguna, con tu pasado de militante revolucionaria. ¿O querés aparecer tirada en algún zanjón violada y asesinada por nada? ¿Hay que recordarte la cantidad de estudiantes que se falopean en esta escuela? ¿Te olvidás que la cuñada del presidente de la nación, ni más ni menos, anda pasando valijas llenas de billetes verdes por Ezeiza con destino a Siria para poder lavar allá el dinero de las coimas de las privatizaciones?”

Luisa bajó la cabeza por temor a que la rabia la hiciera llorar, pensó que la secretaria tenía razón, que las personas que quieren sostener ideales se han quedado solas. Pensó en la cantidad de gente que en ese pueblo se llenó de ilusiones con el ascenso de Alfonsín, con los juicios a los milicos. ¿Acaso en Bragado, un pueblo tan cercano, el párroco de la iglesia no era un represor, un genocida torturador de los años terribles de la dictadura? Si el mismísimo Christian von Wermich era el capellán de Bragado, el que tomaba comuniones, el que realizaba los casamientos, el que daba misa por los muertos del pueblo y aleccionaba cada domingo a los feligreses hablando de la decencia y de la pureza del amor a Dios.

La sacó de sus pensamientos la bronca de la secretaria de la escue-

la, que continuaba con su retahíla: “Toda posibilidad de justicia y de verdad se está aniquilando en el baño, donde los chicos toman pastillas que los pasadores de drogas, apañados por el poder, le venden en la plaza del pueblo, en la estación de tren, en el molino abandonado. ¿Qué puede querer transformar un joven si la vida se le empobrece y él lo acepta autodestruyéndose? ¿Andá a decirle, cuando todos están embelesados con este riojano hijo de puta de presidente, que hay valores, que hay ética? ¿Vos sabés que los del partido justicialista de acá, esos machos provinciales que se creen sementales, en sus asados, con el fin exclusivo de hacer política, se llenan la boca con las hazañas sexuales del macho presidente? Eso es la política partidaria: loas al petiso. Parecen el coro de Ricky Maravilla cuando canta ‘¿Qué tendrá el petiso?’. De paso, excitados por sus hazañas amorosas, aplauden los indultos a los represores que el presidente impulsa. Ya nadie puede decirle a los chicos esa mentira de que cualquiera puede ser presidente de la Nación, que con la democracia se come, se educa. El Preámbulo de la Constitución Nacional es un cuento chino. Cada una de las mayúsculas con las que escribíamos la palabra SOLIDARIDAD, nosotras, ilusas pibas de provincia que queríamos cambiar el mundo, nos las tenemos que meter bien donde ya sabés. Hacer la revolución por la educación, Paulo Freire mediante, es un sueño imposible en la Argentina. Estos tipos fabrican pobres y los drogan, ¿entendés? Y ojo: las pastillas se las vende un vecino, un conocido o la madre de algún pendejo que anda todo el día con ellos. No son bigotudos o enmascarados colombianos. Son vecinos del barrio, que en su caída, tratan de salvarse vendiéndoles falopa a los pibes del barrio. Pero son los de arriba los quieren una juventud vacía y rota. Así, en pocos años, se mueren. Son malthusianos que se ilusionan con borrar del mapa a la población que no les interesa. En realidad, pensándolo mejor, esperan que como en el cuento del flautista de Hamelin, los pibes sigan la musiquita del poder y se arrojen al precipicio sin rebelarse para nada. Se proponen como salvadores y si hay algún quilombo se declaran inimputables, que no es asunto de ellos y no tienen que pagar los desastres que hacen. Ya no hace falta enviar una cruzada de niños y pobres a conquistar Jerusalén, como quería la Europa cristiana para desembarazarse de los que creían que estaban de

más. Le están encontrando la vuelta con el narcotráfico. Los inundan de drogas en las escuelas y en los barrios. Así le quitan a los pibes las ilusiones, la rebeldía y los empujan al suicidio. Tarde o temprano vamos a tener suicidios colectivos de adolescentes, vas a ver. Toda esta sanata de las privatizaciones y la ilusoria modernización va a terminar igual que en Japón, donde los pibes hacen pactos suicidas y se liquidan de a cuatro juntos inhalando monóxido de carbono dentro de los autos. Un alarde de creatividad y denuncia: se unen para suicidarse en grupo y usan autos japoneses de última generación. Estamos arribando al fin de siglo, ¿qué nos deparará el destino? ¿Qué penurias habrá que soportar para llegar a eso que llaman ‘futuro moderno y maravilloso’? Por lo pronto, bienvenida a la posmodernidad, hermana.”

CAPÍTULO XVI

OÍD, MORTALES, EL GRITO SAGRADO: LIBERTAD, LIBERTAD, LIBERTAD

El Flaco, ya sentado en la butaca del 128, enciende un cigarrillo. El paquete está recién iniciado y como de costumbre, dentro de tres horas, comprará por lo menos otro, en el único kiosco abierto las veinticuatro horas en todo Chivilcoy; ese lugar sin nombre al que todos llaman “Lo de Luis”. Ese tipo de emprendimiento es la gran moda del cuentapropismo que proliferó en los años noventa. La avanzada de esos negocios es la alternativa que sugieren los departamentos de relaciones laborales de las grandes empresas para los obreros y empleados expulsados de industrias y comercios. Gran invento pasar de empleado a patrón cuento chino, o mejor dicho, cuento de este tipo de camaleónico peronismo que ahora se muestra privatista y conservador, con deseo de relaciones carnales con George Bush.

Mientras el motor se calienta, revisa sus manos. En una de ellas sobresale ese grueso y prominente anillo de plata, con sus iniciales grabadas en forma de un intrincado arabesco, que solo mirándolo muy detenidamente se percibe en medio de pequeñas calaveras, que le hizo Don Rafael, el joyero más viejo del pueblo. “Soy el único que sabe el oficio, Flaco”, le decía mientras le probaba el anillo recién terminado y hecho a la medida exacta del dedo anular de la mano izquierda. “Hace muchos años que no hago uno así, pesado, que se sienta en la mano. Le va a quedar a tus hijos, vas a ver que pasan los años y no se gasta. ¡Qué herencia! ¡Qué recuerdo maravilloso para tus nietos! Vas a ver, vas a ver Ellos te van a preguntar quién te lo hizo, acordate lo que te digo. Este pueblo, cuando me vaya, no tendrá más un orfebre de escuela criolla que realice trabajos sobre temas de campo, como rastras y cabestros de

plata, taleros con oro y plata, hebillas de alpaca u oro con las iniciales del guacho, o aros y pulseras para las mujeres del pueblo, una pena.”

Don Rafael meneaba su cabeza convencido de la pérdida que tendrá Chivilcoy con su desaparición. Se ilusionaba con que ese anillo, al que le puso tanto esmero, tal vez permitiera que la juventud guarde en su memoria al último joyero del pueblo. Quizás la situación que atravesaba Don Rafael lo había puesto más comunicativo que de costumbre; un cáncer lo tiene a maltraer y le otorga poca expectativa de vida.

El Flaco, atento a las interminables pruebas del anillo, no se dio cuenta de los cambios corporales del orfebre, tampoco del largo tiempo que se tomó para hacerlo. El hombre quería dejar lo mejor de sí en esa alhaja, por eso cuando se lo entregó al Flaco lo lustró con un líquido especial, que lo hizo más brillante aún, y lo colocó en la mejor caja de terciopelo que tenía. Su cliente, absorto en sus asuntos como siempre, no observó que Don Rafael estaba emocionado con su obra, que llevaba su firma en el lado interno, algo que hacía mucho que no perpetraba. Consideraba que estaba por encima de todas las cosas que había realizado en los años noventa, era su último legado artístico al pueblo. Quizás nadie lo sabrá nunca, pero él se había propuesto hacer un anillo que durara muchos años y se mantuviera inalterable. Era su batalla personal contra las baratijas y chucherías importadas de China. Odiaba lo efímero que traían al pueblo esos negocios que anunciaban “Todo por dos pesos”. También aborrecía ese anillo soberbio y brutal del presidente de la Asociación del Fútbol Argentino, que llevaba inscripto una apología de los tiempos que corrían: “Todo pasa”.

Estaba harto de las cosas desechables que no paraban de aparecer en su comercio: llaveros silbadores, relojes a pila, raquetas tipo tenis para quemar mosquitos y tantas porquerías más. Como consecuencia de las importaciones y de la inundación de objetos descartables en el mercado -algo así como “use hoy y tire mañana”-, su joyería se había transformado en un lugar de venta de pilas para relojes pulsera o despertadores. Para esos menesteres, Don Rafael usaba su monóculo de joyero experto. Esto lo ponía muy mal. Su trabajo se estaba reduciendo a abrir y cerrar relojes para poner y quitar baterías. No reparaba los relojes, dado que salía más caro arreglarlos que comprar otros. Tal vez esas decepciones,

ese profundo degradarse de su trabajo de orfebre, había potenciado el cáncer más que el cigarrillo y los asados.

Don Rafael era un joyero de renombre y los habitantes del pueblo, en la época en que el ahorro seguro eran las joyas, lo tenían como el más importante orfebre de la zona Oeste. Un artista que sabía cómo labrar con paciencia el oro y la plata. Un excepcional engarzador de diamantes y esmeraldas, que se decepcionaba con la nueva manera de proteger el dinero: comprar dólares. “Papel pintado”, decía a quién lo quisiera oír. “El oro y la plata son nobles y universales desde que la ambición del hombre los descubrió. Cuando la aventura del dólar se acabe como las dracmas o las monedas de la antigua Roma, los prostituidos por la dolarización llorarán lágrimas de sangre. Además de tener valor, unos gemelos de camisa, un anillo o una pulsera de oro visten elegantemente una mano.” Nadie parecía prestarle atención, el entusiasmo por la equivalencia entre el dólar y el peso había hecho estragos en las cabezas de los chivilcoyenses. “Se ama a los dólares más que a la madre, vas a ver: vamos a pasar de la epopeya del gol a los ingleses en México, al ‘me cortaron las piernas’ de Diego en Los Ángeles. No eran las gambas del tipo, era la efedrina combinada con otras pastas”, repetía.

El Flaco, absorto en acomodarse el anillo, no tomó debida nota del discurso de despedida del joyero y mucho menos registró que en sus palabras había un tiro por elevación a su padre, dado que era uno de los que llenaba de baratijas de Taiwán la zona Oeste, empezando en Mercedes y terminando en Junín. Imaginaba cómo ocurrirían *otras* cosas: sabía que inexorablemente alguien lo iba a provocar, que se iba a imponer una pelea más, como le sucedía casi todos los sábados, sin conocer bien por qué empezaban. Sabía también que el anillo buscaría furiosamente la cara de un rival, con un golpe demoledor que había aprendido en sus clases de karate hacía tiempo, y que habitualmente practicaba para sacarlo a la perfección. Todo eso pasaba por su mente mientras Don Rafael lustraba el anillo.

CAPÍTULO XVII

“CUÁNTAS VECES SE HABRÁ ESCAPADO COMO RATA POR TIRANTE...”

El Flaco había comenzado con las artes marciales por sugerencia de uno de los líderes de quinto año de su colegio, después de una pelea en la escuela. Recién había ingresado a primer año y un grupo de tercero y cuarto año, que tenían a maltraer a los inseguros novatos recién ingresados, le hicieron una cama y lo fueron obligando a pelear en el baño con el famoso matón de cuarto. Cuando estaba cobrando una paliza soberana y los demás le decían que se tirara al suelo -cosa que no se cruzaba por su cabeza-, apareció Andrés, un respetado alumno de quinto año, que los separó y detuvo los golpes. “¡Ya está bien, ya está bien!”, gritó y se interpuso entre ambos contendientes. Impuso así su autoridad, abrazó al Flaco para sostenerlo y lo acompañó a mojarse la cara y el pelo, después le revisó la hinchazón que tenía debajo del ojo y le dijo: “No es nada, esta vez te salvaste, pero si a los cuarenta días de estar en la escuela te fajan así, será mejor que aprendas karate. Hay un buen profesor en el *dojo*, frente a la plaza. Sos guapo, pero eso sólo hoy no alcanza y además te falta lomo para aguantar lo que viene. De todas maneras, te felicito por no haberte tirado al piso.”

Cuando lo vio entrar, el japonés, que entrenaba a los karatecas del pueblo, ya sabía de la valentía del esmirriado jovencito; se había corrido la voz del enfrentamiento desigual en la escuela. Conocía que le habían hecho una celada para novatos y que ésta había llegado demasiado lejos, producto de la resistencia y la tozudez del borrego de primer año y de la crueldad sin límites de los espectadores que habían armado ese ritual iniciático, que paladeaban la paliza y no aceptaban terminar la lluvia de golpes.

Todos estaban sorprendidos, pese al desigual combate, el rival que le llenó la cara de dedos no pudo voltearlo. El matón de la escuela era conocido por su pegada, y que El Flaco aguantara de pie todo lo que le tiró, hizo que su derrota se transformara en un pequeño éxito. Claro que para él lo terrible era la humillación sufrida, estaba enojado con su cuerpo y su escuálida musculatura. Su crecimiento todavía era lento y sus huesos no se apresuraban a crecer. “Es seguro que nunca dejará de ser un flaco estirado como el mapa de Chile”, le había advertido el pediatra a su madre.

Lleno de veneno entró a la clase de karate prometiéndose cambiar en el menor tiempo posible. Durante todo el año, en su cabeza retumbaron las indicaciones del *sensei*: “Golpe no pliensa, cabeza pliensa. Golpe sale fuerte y enérgico. Repite golpe y cabeza se va del cuelpo. Cuelpo manda, cabeza detiene el ataque.” El castigo que había recibido le organizó el difuso odio que sentía. Le dio una ardua tarea a cual dedicarse.

Entrenaba sin cesar para vengar la afrenta recibida. Movía las manos con rapidez al escuchar al profesor insistir con sus indicaciones: “Lival piensa, karateca es puño, golpe. Lival cabeza pliensa, karateca cuelpo, pula acción.” Para seguir sus enseñanzas, se hacía necesario entender la jerigonza del ponja, como le decían sus alumnos fuera de clase. Todos ellos sabían que “cuelpo” era “cuerpo”, que “lival” significaba “rival”, que “pula acción” era “pura acción”, y que “pliensa” quería decir “piensa”. Sabían también que el verdadero karateca “no pliensa”, que tiene que “sel pula acción.” El Flaco salía de las clases repitiéndose “cuelpo, fuerte, no pliensa” para refrescar esa jerigonza argentino-japonesa, al tiempo que realizaba en su cabeza las indicaciones del karateca. Él sería “pula acción y no pliensa.” Se lo prometía cada día y además se cuidaba muy bien de dar a conocer su entrenamiento.

Empezado segundo año tuvo la posibilidad de una revancha y no la desperdició. Fue preparando lentamente al que lo había fajado, lo hizo de la única manera en que se trama una verdadera venganza: como quien no quiere la cosa. Todo el tiempo estuvo tratando de que no se notara lo que planeaba. Se hacía el que le tenía miedo, lo evitaba y si lo encontraba, su cuerpo se achicaba dando muestras cabales de temor.

Su rostro, cada vez que lo veía, parecía indicar el máximo terror que un chico puede tener ante uno de los guapos de la escuela secundaria. El matón agrandado por los comentarios de su séquito no percibió que le estaban montando una escena teatral.

Todo salió como esperaba. Ocurrió pocos días antes de las vacaciones de invierno. Los provocadores volvieron a buscarlo para arriarlo hacia el combate. Lo fueron llevando hasta el baño para ponerlo en ridículo de nuevo frente al mismo rival, que lo esperaba canchero y sobrador. Hizo como que resistía, que temía el entrevero pero se fue dejando llevar a la zona de combate. Esperó que el guapo intentara pegarle. Hasta el último minuto pareció pedirle que no avanzara, simulando que todavía tenía en su cuerpo los dolores de la pelea anterior, que lo reconocía como el rey indiscutido de la pelea en la escuela hasta que se desató el combate.

Había soñado ese momento centenares de veces y sabía lo que iba a hacer. Fue una pelea prolongada, primero se ocupó de esquivar los golpes peligrosos y dejó que otros intrascendentes le entraran en el cuerpo. Quería que el guapo ganara confianza, por eso no apuró los golpes más letales aprendidos en el doyo de karate.

Cuando el combate ya no tenía vuelta atrás, comenzó a desplegar todo lo aprendido. Lo golpeó de todas las maneras posibles. Tuvo mucho cuidado de no pegarle en la cara, no confiaba en que esa banda de adulones se callara la boca ante las autoridades de la escuela, como había hecho él luego de la derrota sufrida. Lo demolió lentamente saboreando la venganza.

Por su parte, los que tramaron el encuentro, sorprendidos, no supieron qué hacer. Uno solo intentó parar la pelea y El Flaco lo hizo recular con un soberano sopapo en el oído que lo dejó sordo, el resto quedó paralizado como ejército que se desvanece con la muerte de su jefe. El miedo que los abusones creían que debía estar sintiendo El Flaco ahora circulaba por los cuerpos paralizados de los promotores de la pelea.

El guapo de quinto, que había soñado irse de la escuela con la fama agregada de este combate, se fue deslizando al suelo por los golpes, semiinconsciente o haciéndose el desmayado, apoyado en la pared del baño. El Flaco esperó que se levantara, pero como no lo hizo, lo arras-

tró hasta la letrina más próxima y le metió la mano en la mierda, esa misma mano con la que le había pegado sin cuartel el año anterior, y lo obligó a embadurnarse con el excremento. Finalmente, empujó esa mano, que hacía un año lo había golpeado despiadadamente, dentro de la boca del vencido. “A partir de ahora sos un come mierda”, le dijo y volvió a meterle la mano en la letrina. Cuando vio que la mano del caído quedó quieta y flácida dentro de la fetidez, sintió que la venganza se había consumado. Miró a los desencajados aliados del perdedor esperando que alguien lo desafiara o al menos dijera algo; como eso no ocurrió, salió despacio del baño. Desde ese momento, todos los alumnos supieron que había noqueado al más duro rival de quinto año. Muerto el rey, el grupo de alcahuetes estaba dispuesto a proclamarlo el nuevo soberano, el retador que se convertía en la estrella rutilante del Club de la Pelea. Se equivocaban, no aceptó que esos mismos adules que le servían en bandeja su vapuleado rival tuvieran algo que ver con él. Rechazó que esos miserables provocaran a otros alumnos para que él se luciera con sus implacables golpes. Siguió siendo callado y poco sociable, pero en ese preciso instante se inició su relación con el Colorado y Esteban, otros novatos como él, con los que tímidamente comenzó a hablar de autos y carreras.

Para El Flaco, las peleas en la escuela se terminaron con esa exquisita venganza. Más adelante sería otro cantar, nuevas circunstancias sinietras, que en ese momento no se conocían y que acentuarían los rasgos solitarios de alumno difícil, agravarían su dureza y lo convencerían de que todo debía ser resuelto con el poder de sus manos.

En la escuela no necesitó poner a nadie más en el piso, estaba enojado pero todavía no era un perro rabioso que aullaba por las noches de Chivilcoy. De ninguna manera se transformó en un buen alumno, todo lo que le costaba el aprender se convertía en complicarle la vida a sus docentes. Era implacable, donde percibía dudas, inseguridad o titubeos no perdonaba. Claro que ni él mismo sabía cuál era la injuria que había sufrido, el dolor originario estaba muy lejos de su comprensión en aquél entonces. Lo cierto era que no toleraba a los docentes y, como no ponía empeño en atender se aburría. Su actitud era una desidia sistemática hacia los profesores, los que se fueron cansando de su apatía

e indiferencia. Deseaban no tenerlo en sus clases. Un círculo vicioso.

CAPÍTULO XVIII

Y LE SIGUEN PEGANDO ABAJO

-Para mí, se cree Fantomas -repite Cachito, el mozo del prostíbulo de la ruta, mientras acomoda las mesas caídas durante el revuelo que tuvo al Flaco, cuando no, como protagonista principal. Con esos comentarios trata de calmar el miedo que la pelea le produjo, un acto de disimulo que sólo él conoce y que le ha permitido soportar las grescas que suelen desarrollarse en el lugar. Cachito es un enamorado de las historietas, en especial de aquellas que llenan sus cuadritos con trifulcas. Se devora muy particularmente las que están dedicadas a las historias de la primera y de la segunda Guerra Mundial. Está convencido de que la vida en su lugar de trabajo, muchas veces parece un duro cómic del viejo oeste. Cuando el servicio sexual fracasa porque no llega a tiempo o no se hace con la mujer deseada, cuando no es satisfactorio, las cosas se resuelven con borracheras, y ya se sabe, cuando dos rabiosos y frustrados mamados se juntan luego de declararse amor eterno, todo culmina a botellazos y banquetas y mesas que vuelan.

-Es que El Flaco no es para este pueblo, no tiene amigos, no sabe qué hacer con la plata, no sale con ninguna mina que lo haga sentar cabeza. Uno se da cuenta de que se mama de aburrido, y después no hay manera de pararlo. En fin, el lunes, de nuevo, a la oficina del padre para pedirle que pague los destrozos. -dice Toto, el mandamás del prostíbulo, con una impostada resignación, dado que cargará sobre ellos una pingüe ganancia. El lugar es reconocido en la provincia de Buenos Aires porque allí ejercen las mejores prostitutas de toda la pampa húmeda. Toto es la cara visible del pretencioso *Dancing Player*. Siempre se rumoreó que hay otros socios que nadie conoce y que pertenecen a la política y a la policía de la ciudad de La Plata. Una capital de provincia a la que parecían remitir todas las trapisondas oscuras que unían política y

delito.

Más de una vez Cachito, algo picado por el vino barato que toma, comentó enigmático que la puerta de entrada al *Dancing Player* se abría sobre la ruta y que la del fondo iba derecho a las casas de juego, pasaba por los destacamentos policiales y finalmente terminaba en los despachos de los más conspicuos políticos. Cachito quería dar a entender que conocía la trama secreta que conectaba al *Dancing* con la política.

Lo que Cachito no profundizaba era acerca de la cadena de bingos que acaparaba toda la zona Oeste de la provincia de Buenos Aires, y sus vasos comunicantes con la gobernación de la provincia y las intendencias, una caja oscura y alejada de las miradas curiosas de los inspectores de impositiva y los supuestos controles policiales. Siempre quedada la duda de si el mozo conocía con nombre y apellido a los dueños; como pasaba en el pueblo, se repetía esa versión sin que nadie jamás investigara o denunciara.

El lugar, que ahora están acomodando nuevamente después del incidente que armó El Flaco, es un gran galpón al costado de la ruta, iluminado con luces rojas. En su interior está ambientado con luces tenues, mesas esparcidas por los rincones y montones de almohadones apilados en algunos ángulos. En el costado izquierdo hay una barra que se extiende a lo largo de una de las paredes, del lado de la clientela tiene taburetes de a pares, donde las muchachas se acercan a los parroquianos que se arriman a la barra para pedir bebidas; sobre la derecha hay una pista de baile, que rememora los círculos centrales de los circos.

Las chapas del galpón están recubiertas por dentro “a la manera oriental”, con telas que caen desde el techo y que tratan de ocultar que la construcción estaba destinada a reparar máquinas de siembra y cosecha, uno de los tantos proyectos que se levantaron al costado de la ruta con gran entusiasmo y que tuvieron corta duración. No ocurre lo mismo con el *Dancing Player*, hace tiempo que se afincó allí y no parece que su clientela vaya a decaer.

Hacia el fondo, un pasillo que se va angostando conduce a las habitaciones, donde las señoritas consuelan las cuitas y urgencias de los clientes. El servicio está tabulado por una tarifa que aumenta un treinta por ciento cada quince minutos. La base del acuerdo se realiza de pala-

bra entre la muchacha y su cliente, en la larga barra donde el barman expende las bebidas. La plata sólo aparece en la habitación y es la mujer quien antes de iniciar cualquier devaneo sexual, se encarga de llevársela a un fornido morocho que hace las veces de guardián controlador del orden, del dinero y del tiempo que transcurre en cada una de las habitaciones.

El oscuro personaje está sentado en una silla con apoyabrazos, en la penumbra. Se puede decir que es el “peaje”, la barrera de orden en el medio del largo corredor que se va oscureciendo a medida que se adentra hacia las habitaciones. Como remate, al final hay un pasadizo más pequeño y más angosto que de manera perpendicular, conduce a dos escondidos baños.

En el frente del *Dancing Player* las pequeñas luces rojas, que están colocadas a espacios regulares por todo el techo, dan señal inequívoca de su especial y específica tarea. Detrás del edificio hay un espacio para guardar los autos, establecido así para que sea imposible que los vehículos sean reconocidos desde la ruta. Una mezcla de secreto y vergüenza atraviesa la discreción del prostíbulo. Pero la discreción es la manera en que la hipocresía del pueblo acepta al *Dancing* sin mirarlo de frente.

El “pesado” del pasillo, a quien Cachito bautizó “Toro Sentado” inspirado en las historietas que tenían al jefe sioux como protagonista, colabora en la puesta en orden del lugar después del desparramo y concluye: -Dan unas ganas de acomodarlo al pendejo de mierda este. Dejámelo a mí y vas a ver cómo lo surto para el campeonato.

-Ni se te ocurra -lo corta en seco Toto, mientras levanta un par de botellas que rodaron en el revoleo-. Con el padre del Flaco no hay asuntos pendientes y con vos el tipo no se mete, así que ni pienses en seguir el quilombo, nosotros queremos que El Flaco siga viniendo. Hay que encontrarle la vuelta y nada más. Después de todo, ya bastante laburo tenés con los borrachos y los camioneros pesados que andan de paso. ¿Está claro?

Toro Sentado se muerde la lengua; él fue un aficionado al boxeo, por eso se sale de la vaina por voltearlo de un *cross* a la mandíbula al matoncito de clase alta, al guapo con padrino, al provocador que tiene un papito platudo que lo banca. Sueña con cruzar a ese cliente

que anda vestido ridículamente de cuero negro y que arma reiterados quilombos. Muchas veces, antes de intervenir, se detuvo para estudiarlo pelear, estaba seguro de que dejaba todo el flanco derecho libre y que ahí él podría hacer la diferencia a su favor. Por eso, Toro Sentado se repite por lo bajo: “Deja un perfil demasiado libre el hijo de mil putas del Flaco”, pero quiere conservar su empleo y eso lo detiene.

No es boludo Toro Sentado. No solo está cuidando el trabajo de las putas y el negocio de los dueños del prostíbulo, sabe que *el Dancing* es un aguantadero seguro para él. Lo mejor que le puede ocurrir es que nada de lo que sucede allí adentro trascienda. Tiene cuentas pendientes con la policía y por eso anda medio fugado. Es preciso dejar pasar el tiempo. Lo buscan por una muerte confusa en la cancha de Boca Juniors. Si levanta el perfil, si asoma la nariz, la propia jefatura de la hinchada lo boletea, o lo que es peor, le suelta la mano y lo abandona a su suerte por desobediente. Aun así, se da cuenta de que allí, en el medio de la pampa, falta la acción y la adrenalina del para avalancha de La Doce en la Bombonera. Son esas frustraciones las que lo incitan a sacarse las ganas con el cuerudo con plata. Si lo hubiera encontrado en La Doce, le habría puesto un fierrazo en el medio de la cabeza o un puntazo entre las costillas.

No existen en Chivilcoy trabajos que le devuelvan el protagonismo que alguna vez tuvo como lugarteniente de la barra brava de La Bosta. Con los cambios que hubo en la presidencia del club, los empresarios que coparon la institución borraron de la jefatura de la hinchada a quienes les jugaron en contra. Hoy mandan otros pesados que no son de su grupo. El periodismo repite hasta el cansancio que todo fue una pelea interna de la barra brava. En realidad, nadie dice con nombre y apellido que los que coparon la banca en la tribuna de Boca son la mano militar de la nueva dirigencia.

Por eso lo más fuerte que puede pasarle es destronarlo al Flaco en una pelea. ¡Qué ganas le tiene! Pese a ello, tiene que intermediar, ponerse de su lado para calmarlo o contenerlo cuando lo quieren embocar entre varios. Con rabia levanta enérgicamente una mesa, luego otra y otra más. Necesita sacarse la furia asesina de encima. Esa rabia es también parte de la larga e histórica rivalidad entre los boxeadores y

los practicantes de artes marciales. Algo así como una *remake* civil de la lucha cuerpo a cuerpo entre los japoneses y los yanquis en Iwo Jima.

-Mirá que el tipo es bravo, yo no estaría tan seguro. Si te emboca bien, no para hasta demolerte. ¿Viste que pelea a lo Monzón? Frío, cirujano en su pegada justa. Parece que a medida que la pelea se despliega, la mamúa se le va pasando. -Lo jode Cachito mientras pasa el trapo con un líquido aromatizador que puede borrar las huellas del alcohol derramado durante la trifulca.

-¡Boludo, no le des letra que todo puede ser peor! -Toto corta la broma sin dudar. Promueve que entre los tres limpien lo que falta, a propósito deja a fuera de eso a las chicas. Quiere que se relajen para volver a abrir. Por precaución han puesto una muchacha casi desnuda en la puerta para que les avise a los que llegan que están acomodando el lugar, y así poder atender a los clientes sin dificultad.

Después del alboroto, cuando todos se acercaron para saber qué había pasado y hacer algunos comentarios, Toto permitió que las muchachas se reunieran en una habitación para que conversaran entre ellas y tomaran un café. Quería que se tranquilizaran y se pudieran recomponer para volver a la barra a trabajar. Las dejó que comentaran la situación, que la procesaran. Esas mujeres, templadas en las duras condiciones de la noche prostibularia de las rutas, no tardarían mucho en olvidar el revoleo de mesas y sillas.

Toto es un detallista en cuanto a la salud y el confort que puede ofrecerles a sus empleadas, una diferencia que las mujeres notan cuando son obligadas a cambiar de pueblo por los dueños de la cadena de prostíbulos. De los otros mandamases se quejan y les tienen rechazo. Toto es rescatado por las muchachas, y ellas lo aceptan por sus cuidados. Las mujeres saben que enfermas no trabajan, que Toto procura que tengan buenas condiciones de higiene y que nunca amenazó o golpeó a una de ellas. Conocen que eso es mucho en el ambiente de la prostitución, y sin duda es cierto, dado que Toto estuvo enamorado de una jovencita paraguaya hace mucho tiempo, que ella falleció por una desconocida enfermedad y que él no se perdona haberle permitido seguir trabajando con una fiebre que parecía una simple gripe.

Ese cuidado sobre las muchachas que trabajan hay que entenderlo

dentro de las duras condiciones que existen en los prostíbulos. Toto vive en un mundo despiadado, como Toro Sentado, como Cachito, como las muchachas-mercancía; un mundo donde se desarrollan diversas y complejas guerras; y él, como los otros, no queda atrapado en las lógicas de las culpas neuróticas que circulan en el mundo diurno. La noche, se sabe, tiene sus propios demonios. Toto está siempre preparado. Conoce cómo y cuándo pasar al ataque. Él, como el resto de los habitantes del *Dancing*, justifica su accionar bajo las premisas de la legítima defensa.

Claro que el encargado es cuidadoso de sus muchachas, pero de acuerdo a las lógicas del mundo en el que vive. Como Toro Sentado, como las muchachas-mercancía, como Cachito, Toto es un duro. Son todas personas que viven en un país nocturno que está atravesado por distintas y reiteradas violencias. Cuando surge un conflicto, Toto trata de aminorar el daño, pero nunca deja de actuar como un entrenado comando preparado para actuar en forma rápida y directa. Se defiende tomando la iniciativa. Sabe muy bien cómo demostrar que la tiene más grande que ninguno en su feudo.

CAPÍTULO IXX

EL OFICIO Y SUS SECRETOS

La Gringa está casi desnuda, en realidad, vestida para la ocasión. Ese corpiño que le realza el busto y esa diminuta bombacha son parte del señuelo que su cuerpo joven y bello ofrece para excitar a la clientela. Escucha los comentarios cerca de la puerta de la habitación, que no hace mucho dejó El Flaco. No se aproxima para no ser interrogada. Ya ha pasado otras veces y sus respuestas fueron esquivas, lo que motivó que Toro Sentado la acusara de ser la causante de los desmanes.

La mujer sabe que es conveniente permanecer callada y andar con cuidado. La Gringa no puede negar lo evidente: muchas de las acciones descontroladas del Flaco ocurren cuando sale de la habitación donde ella le ofrece sus servicios. Es inevitable que en el *Dancing* siempre se la vincule a él. Por eso mismo está convencida de que debe alejarse de la zona de los comentarios.

Sabe por mujer, por oficio, por ternura, que al Flaco raramente le funciona y que cada vez que fracasa en la cama aumenta exponencialmente la necesidad de pelearse. La Gringa, como María Magdalena, es la única que tiene -o al menos lo intuye- una llave para entrar en esa preocupación del pueblo, que es El Flaco. Alguna vez tuvo miedo de que la fajara en plena chupada fracasada por la falta de erección. “Es común que los hombres se la agarren con una cuando no se les para, ¿viste?”, es el comentario que hace tiempo le había hecho Laura, amiga y protectora de esa rubia casi platinada de pelo corto, que llegó de la nada y sin querer dar ninguna explicación como la mayoría de ellas. Esta fue una de las primeras advertencias que le hizo, quizás atraída por esa cabeza casi perfecta y su especial corte de pelo. En el mundo de las trabajadoras sexuales, la Gringa es Marina y a Laura se la conoce por Florencia. Mucho antes de enseñarle las maneras de ofrecer placer

y escapar -con una habilidad digna de Scheherazadee y sus cuentos de *Las mil y una noches*- de la frecuente violencia hacia las prostitutas, dado que son el último eslabón de la cadena de los desamores y las frustraciones; por eso es en los prostíbulos donde la violencia adquiere una fiereza impresionante, que las muchachas conocen muy bien.

Laura (Florencia) hace mucho que no logra entender por qué El Flaco le hace regalos tan lindos a su amiga. Sospecha, está atenta, y a veces un poco envidiosa. Claro que esa sensación de no haber sido elegida por El Flaco no la hace alcahueta de la patronal: calla, observa y trata de averiguar qué hace la Gringa con lo conseguido por izquierda. Si algo aprendió en su trabajo nocturno es ser sincera consigo misma. Ante tanta representación del erotismo, ante tanta impostación de las sensaciones, ella intenta reconocer sus emociones sin agachadas. No tiene dudas de que es bastante envidiosa, en especial, de las cosas que consiguen las muchachas que más conoce. Sabe que esos son asuntos amorosos, con todas las implicancias y particularidades que el prostíbulo establece, y que no puede hacer otra cosa que aceptarlos como tales. Además, hace ya tiempo que se juramentó no ser una buchona de la patronal. Los beneficios que se obtienen, más allá del porcentaje de cada servicio, son mérito de la que le pone exitosamente su cuerpo al simulacro del sexo, se obliga así a comerse la envidia que estos asuntos le provocan. Envidiosa sí, traidora nunca.

Ya hay cuatro mujeres cerca del lugar de la trifulca. Miran cómo los hombres trabajan con ahínco tratando de hacer desaparecer los vidrios de las botellas que se revolearon en el entrevero, también reacomodan las sillas que volaron en distintas direcciones. Han ido saliendo de las habitaciones, mientras que los clientes huyeron rápidamente ante el alboroto, dado que temen que llegue la policía y se las lleve detenidas. No quieren caer presas, ellas saben que suelen ser el pato de la boda del negocio de la prostitución. Por eso necesitan entender cómo viene la mano. Se han puesto unos saltos de cama o unas batas, que las muestran absolutamente distintas a lo que hasta hace un rato eran cuando ofrecían vender cuerpos hermosos y una fantasía erótica desbordante.

La más gordita y entrada en años es Marisa, generosa en curvas y algo baja de estatura. Ella cumple con el estereotipo de “mujer madura”

que todo prostíbulo tiene, dado que es una fantasía juvenil que parece no pasar de moda nunca. Un sueño que muchos jóvenes comparten: la transmisión de la enseñanza del amor que les entregue la llave del erotismo. Escapar de su inexperiencia con una mujer que les vaya transmitiendo la confianza necesaria para poder sostener los futuros devaneos sexuales con las jóvenes del pueblo. También tiene con los hombres mayores un rol bien específico: les da un masaje con aceite sándalo y después manipula su endeble miembro hasta que acaben.

Marisa es la más antigua en el lugar, la prostitución como negocio requiere que las muchachas sean renovadas periódicamente como lo que son en definitiva, mercaderías. Su papel es secundario en el estricto tema de la seducción visual. Pero representa algo que en el negocio sexual es importante: la mujer madura, sabia, tierna, comprensiva. Consigue así la fidelidad de aquellos clientes que se sienten seguros con una mujer así, algo que saben que no van a encontrar en las mujeres más jóvenes. Son los que van en busca de las ternuras y no de las proezas sexuales. Ese tono tranquilizador de Marisa y su sabiduría basada en la suavidad son necesarios para las descargas de sus clientes.

También están Lola y Lorena -nombres de fantasía, como el de todas ellas- que son las más requeridas para atender juntas a uno o a dos clientes. Suelen funcionar en la vida como les piden sus clientes, sin ser pareja, hacen todo lo que pueden juntas y siempre se las ve cuchicheando. Como no podía ser de otra manera, una es rubia y la otra morocha, en realidad ambas tienen el pelo teñido para reforzar lo morocho en una y transformar el castaño en rubio, en la otra.

La Gringa, que es la última en llegar al lugar de reunión de muchachas, es la más joven y éste es el primer lugar donde ejerce la prostitución, una actividad en la que la experiencia se adquiere velozmente y muchas veces en forma cruel. Por ser muy perspicaz sabe de la importancia de los detalles, por eso se dio cuenta de que El Flaco empezó a comprar su silencio sin pedírselo, con ropa interior, con pulseras, con algún anillo.

A las mujeres del *Dancing Player*, como a las de todos los prostíbulos, les es muy difícil ocultar dinero u objetos valiosos, dado que existen requisas para evitar que hagan acuerdos no estipulados por la patronal.

Los patrones, como buenos burgueses, consideran que todo lo producido les pertenece, en primera instancia, a ellos. Después pueden aceptar que un porcentaje de lo obtenido sea prorratado con las muchachas.

La Gringa, a la que alguna vez un cliente le contó el cuento de Poe *La carta robada*, se pone los anillos como una manera de ocultar a la vista todo su pequeño tesoro. Ocurre lo mismo con los lápices labiales y especialmente con las bombachas, dado que las usa para el trabajo, es la mejor manera de exhibir su cuerpo. Toto y sus socios ven con beneplácito estos regalos de los clientes, dado que demuestran la conformidad con el servicio y la ligazón del cliente a una mujer en particular, lo que garantiza su vuelta sistemática al lugar. Hay en la vida del *Dancing* variadas formas de ligazón amorosa.

Llegado el caso, a la Gringa los anillos le servirían para comenzar otra vida en otro lugar, pero por ahora no tiene ningún interés en hacerlo. No necesita liberarse de la prostitución. Tiene terrores muy anteriores que la siguen desmoronando. El mundo de su familia, con los abusos y las violaciones sistemáticas de su padre y de su tío, fue mucho más terrible que la vida en el *Dancing Player* de Chivilcoy. Teme más los peligros de ese pasado, tiene reiteradas pesadillas donde alguno de sus violadores se hace presente en el lugar y la lleva de nuevo al Chaco.

Se da cuenta de que sus compañeras están atrapadas por la necesidad de dinero, ese que producen con sus cuerpos y que parece que nunca alcanza. Hay hijos a los que se les manda plata, hay padres en condiciones paupérrimas, en suma, hay vínculos por fuera de la vida del *Dancing* que requieren la atención de las mujeres que cada noche lucen sus cuerpos para conseguir sustento para todos ellos.

La Gringa tiene demasiado dolor encima para querer irse. Su primera gran aspiración es olvidar y para eso construye una caparazón que le sirve para mitigar un mundo afectivo huérfano y desamparado. No cuenta con nadie por fuera del *Dancing*. Había llegado allí escapando de ese pueblo maldito y terrible que es Pampa del Infierno, en su Chaco natal. Repite el nombre para sus adentros y le acopla que se halle muy cerca de Presidente Roque Sáenz Peña, la segunda ciudad de la provincia. ¿Cómo puede haber dos nombres tan dispares juntos? Es

una pregunta casi banal después de lo ocurrido, pero que aún se hace.

Por todas estas cosas no menciona sueños de futuros negocios o alternativas para cuando deje la prostitución. Sus compañeras, por el contrario, no dejan de proyectar maneras de ganar dinero cuando terminen su carrera de aliviadoras del ansia masculina. La Gringa conoce hasta el cansancio los temas recurrentes de las compañeras. El primero es el eterno retorno del príncipe azul que las rescate. Allí, al costado de la ruta, ese personaje no viene en un caballo blanco, sino en un camión enorme manejado por un brasilero o un chileno. Ya ha pasado que alguna ha sido invitada a irse por esas rutas de América del Sur. El segundo es el negocio que van a instalar con el dinero ahorrado, con el que se asegurarán un futuro tranquilo. El tercer asunto, que suele ser el más reiterado, es la relación con los clientes, las novedades y problemas que les presentan. Por ejemplo, la historia amorosa de algún chacarero con alguna de ellas y que es como la novela televisiva de la tarde. Se suelen ocultar celosamente si existen gratificaciones afectivas propias. Todas saben que esas situaciones son las que producen más envidia en las demás y ya bastantes problemas tienen con la tarea como para aumentar el malestar de la convivencia.

Un asunto muy grave es cuando alguien les roba cosas de la gaveta personal que cada una tiene en el fondo y está cerrada con llave. Eso genera una serie de conflictos que se resuelve buscando un chivo expiatorio, generalmente una muchacha nueva, a la que le hacen todo lo posible para expulsarla del *Dancing*.

Otro tema que preocupa a las muchachas, algo que preanuncia un futuro peligroso para las trabajadoras del *Dancing*, es la llegada en malón de mulatas dominicanas, que atraídas por la pesificación, vienen a ejercer la prostitución en la Argentina. Se corre el rumor que donde llegan hacen furor y dejan con pocos clientes a las putas autóctonas. Los camioneros informan que en Balcarce y en Tandil predomina esa moda y que los clientes han enloquecido con ellas. La piel negra es apreciada en las rutas argentinas.

Pese a todo, estos asuntos no la sacuden a la Gringa, todo eso le parecen cosas sencillas y hasta ingenuas. Acá no tiene, no se le plantea, ninguna confusión. Está todo claro. Nadie le pide que cumpla papeles

sexuales a cambio de un afecto oscuro, confuso, sucio y siempre aterrizador. Puede rechazar, con cuidado y suavidad, a algún cliente que no le cae bien. En especial la espanta que le propongan el juego de “la nena y el papito.”

En el *Dancing* la comida y el dinero se los gana sin el chantaje emocional de su familia de origen. Está lejos de esas cenas de terror, luego de las cuales sabía que su madre no se opondría a que su padre la llevara hacia el galpón con la excusa de que necesitaba que alumbrara el lugar con el sol de noche. Ella sabía, como lo conocía su madre, las intenciones de su padre. En el medio de esa granja, alejada de cualquier ayuda, era obligada a subir una escalera a buscar algún elemento, cuando bajaba ya sabía que la esperaba su padre para penetrarla en forma ardiente y brutal. Iba a ser violentada en un oscuro ataque sin palabras que aliviaba a su padre. Evitaba que su madre cobrara una paliza y la dejaba a ella, la niña que era, con un cúmulo de sensaciones confusas. A medida que fue creciendo, anidó un rencor que cada vez se fue haciendo más concentrado y poderoso, que se fue apoderando de ella y la hizo preparar minuciosamente su huida de la casa familiar a la que consideraba sólo una oscuridad siniestra. Cada noche en que era atacada por su padre o su tío perfeccionaba su plan de fuga.

Al poco tiempo de llegar al *Dancing*, conoció al muchacho de los cueros y las tachas. Un personaje que a primera vista le pareció disfrazado, con esas vestimentas desconocidas no sólo para ella sino, por lo que pudo averiguar, para todos los habitúes del *Dancing Player*. No tardó mucho en saber que el pueblo en su conjunto miraba esos correaes y botas como parte de una película de horror.

Desde el inicio se dio cuenta de que El Flaco era distinto a la clientela habitual y que con pocas actitudes, casi exclusivamente con gestos, intentaba acercarse. No desplegaba una charla seductora, no hacía exhibición de dinero. Desde que conoció a la Gringa, se apegó a ella y no iba con ninguna otra chica. Solía esperar, cuando estaba ocupada, y eso denotaba una consideración que le gustaba a la Gringa. Además, le aclaró desde el principio, ella no estaba obligada a realizar proezas sexuales.

Pese a las enseñanzas recibidas, y que aplica con El Flaco en forma

concienzuda, los resultados son frustrantes la mayoría de las veces. El Flaco tiene problemas de erección. Sus instructoras le habían repetido, en forma pausada y cálida, una especie de terapia sexual para mejorar el rendimiento del cliente: “Buscá la intimidad necesaria para que se sienta excitado. Demostrá de entrada que vos sabés lo que a él le gusta. Algunos quieren hacerlo vestido, dado que temen su propia desnudez, es frecuente que quien así lo pida o lo insinúe desee estar parado. Así que vos primero palpalo, abrí su bragueta, te darás cuenta de su urgencia y calentura si ya la tiene dura. Deslizate hacia abajo hasta quedar de rodillas o sentada en la cama, como más cómoda estés. El cliente debe sentir que no tenés apuro. Ya en el suelo, entre sus piernas, abrí su bragueta lentamente y miralo como pidiendo aprobación. Mete la mano, hurgueteá con cuidado para llegar a palparla. Si está caliente, ya estará lista. Si está nervioso, la vas a encontrar en sus calzoncillos. Mantené agarrado su pene, desde allí besalo a la distancia, es decir, ofrecele la lengua para que vea e imagine cómo le vas a besar la pija. Usa tu creatividad. Tenés que mostrar que podés manejar la situación y que el tipo gane confianza”.

Tiene la Gringa la conversación presente. Mientras hace su tarea con cuidado y determinación, va registrando los cambios que se producen en la tensión de las piernas del Flaco y se apresta a introducir en su boca el preservativo que irá desplegando hasta cubrir el pene hasta casi su nacimiento. Su intención es hacerlo cuando el hombre esté preparado, pero como suele ser difícil que El Flaco lo logre, se arma de paciencia. Mientras sus manos le dictan los pasos por seguir, repasa mentalmente algunos de los consejos de sus instructoras.

Durante su servicio, la Gringa atisba al Flaco y nota que la humanidad del muchacho comienza a levantar. Con sigilo se coloca el preservativo en la boca y desde allí lo va desplegando por el miembro, con su lengua en el medio y sujetándolo entre sus labios, hace este sortilegio sin que ningún cliente pueda descubrir la forma y el momento en que se realiza. En la mitad de la acción, se da cuenta que el fracaso está una vez más presente. El Flaco, sin decir palabra alguna, la toma con las dos manos y la ayuda a levantarse, la coloca frente a sí y le acaricia la cara, mientras ella no deja de tocarle el blando miembro para reafirmarle que

no hay rechazo de su parte.

El Flaco separa a la muchacha, se levanta los pantalones, y sin abrocharse la camisa, comienza a practicar golpes de karate; primero con suavidad, para entrar en calor, luego a mayor velocidad, y los acompaña de pequeños gritos. La Gringa se ríe, se acomoda prestamente a su lado y lo imita. Él le muestra los errores que ella comete al lanzar los golpes, la corrige. Después, uno frente al otro, practican golpes de puño al unísono. Van levantando velocidad en sus manos y también sus gritos cobran mayor cuerpo hasta que quedan agotados y riendo. Se abrazan, se besan y se despiden. El Flaco le deja unos pesos más dentro de la bombacha, ella agradece con un beso y una sonrisa. La muchacha, de pelo llamativamente suave y lacio, piensa que los gritos son para que Toro Sentado crea que la relación fue gozosa y que culminó como corresponde. Más de una vez, el pesado guardaespaldas comentó lo raro que le resultaba que el pendejo de mierda ese disfrutara tanto cogiendo y que después quisiera pelearse con todo el mundo.

CAPÍTULO XX

“ME CORTARON LAS PIERNAS”

El Flaco había sacado el auto esa noche con planes que se fueron desbaratando de a uno, como había ocurrido desde aquella terrible madrugada. Estar sobrio era la primera promesa que se hizo, pero una vez más se dio cuenta de que fue vana. Pasar una noche con amigos era otra reiterada ilusión con resultado negativo, sabía que estaba aislado y que no dependía solamente de él que ese cerrojo se abriera. Eso le dolía mucho, el vacío lo carcomía pero su actitud de impenetrable y duro no hacía más que reforzar el aislamiento. Estaba amargado y motivos le sobraban, aunque su razón no terminara de juntar todos los pedazos de la ecuación de su vida: había querido ir a bailar y terminó en el prostíbulo. Imaginó que tendría una buena erección con la Gringa, y le fue imposible. Su decepción hizo un alto ante el recuerdo de la muchacha de pelo corto y lacio. Le dieron ganas de volver a verla antes de que terminara el sábado, pero sabía que no lo haría, porque sentiría una humillación muy grande de que lo vieran visitando dos veces en la misma noche el prostíbulo para estar con la Gringa. Igualmente, y aunque se le enternece el corazón, sabía que los machos del pueblo no volvían a ese lugar luego de sacarse las ganas. Pensó en el extraño encuentro con la inglesa. No entendió qué hacía esa mujer a esa hora en la ruta, tampoco por qué la ayudó ¿De dónde vendría? ¿Qué furias y decepciones la hacían andar por la ruta a esas horas de la noche?

Lo único que cumplió fue no ir a buscar a Ernesto a Mercedes. Corría el riesgo de ser, una vez más, expulsado por los padres del que fue uno de sus grandes amigos. Ernesto y él eran los únicos que quedaban de la barra del secundario. Siempre se promete ir a buscarlo, pero después no se anima, mucho menos luego de la tragedia en que se vio envuelto.

Tampoco le perdona a Ernesto que se haya ido del pueblo y que lo haya dejado en banda en medio de toda esta gente que lo repele. Quizás la única interdicción de los adultos que teme o respeta es la de los padres de Ernesto, quienes fueron muy explícitos con él luego del desastre de aquella noche: “Nos vamos del pueblo, no aparezcas más por nuestra casa. Olvidate de Ernesto, él tiene que rehacer su vida. Está a tiempo. Vos sos la manzana podrida de la que hay que alejarlo. Lamentablemente, siempre te siguió y ahora está pagando los platos rotos. Nos vamos a Mercedes para una nueva vida. No queremos que el horror nos alcance, y vos, cada vez que aparecés, sos el espanto de un pasado que no terminamos de olvidar y lo que es peor que parece no irse nunca. Ya no son cuatro, ¿entendés? Sólo quedan vos y nuestro hijo. Si no querés salvarte, allá vos. Si tus padres no pueden con tus locuras de corredor de fórmula uno, andá y hacelo solo. No te vamos a permitir que lo destruyas. No sos bien recibido acá, es más, no tenemos ningún interés en que vengas y tampoco queremos recibir noticias tuyas. Ernesto está en tratamiento, todavía no se restableció de la tragedia. Andate y no pases nunca más por esta casa.”

Hubiese sido demasiado escuchar todo esto nuevamente de la boca del padre de su amigo.

Lo consuela, como siempre, saber que su auto está preparado en forma excelente. Es una armonía que conoce bien. “La máquina”, piensa, “está autoritaria, prepotente, sana y sonora”, corrige su observación: “armónicamente sonora”. Hay un ritmo bien acompasado en los cilindros, es como si estuviera viendo como cada cilindro se abre y cierra delicadamente para que la nafta explote a pleno dentro del pequeño motor. Piensa en ese sonido como en un coro. Su auto tiene un agrandamiento de su potencia por el cambio de carburador y otros detalles que agigantaron su poder de salida y su capacidad para sostener una larga carrera a altos regímenes del motor. Todo eso se traduce en un pique impresionante y en una velocidad final superior a los ciento ochenta kilómetros por hora.

CAPÍTULO XXI

PIZZA CON CHAMPAGNE

Luis escucha el atronador ruido del escape de un auto desde lejos y sabe quién es y cómo irá hacia él. No termina de imaginar la situación cuando aparece El Flaco, desencajado, medio sucio, que con vehemencia empuja la puerta del auto para cerrarla. La acción es tan violenta que la puerta rebota y queda abierta. Sin prestarle mucha atención al hecho, va hacia el kiosco. Extiende su mano, que tiene un temblor notorio, sin ningún otro gesto o palabra, para que Luis coloque en ella un paquete de cigarrillos. El Flaco abre la marquilla con meticulosidad, la golpea por su traste y hace aparecer ordenadamente cuatro cigarrillos en escala, de mayor a menor. Toma uno y lo amasa contra el pequeño mostrador de madera del negocio y luego lo golpea contra la uña del dedo gordo. Lo enciende, da una larga y profunda pitada, y retiene el humo por un largo período. El kiosquero no tiene dudas de que todo ese ritual es un intento para tratar de calmarse. Muchas veces le da la impresión que lo hace para empezar a hablar. Nunca ocurre.

Luis anota el paquete de cigarrillos en la cuenta del muchacho -que el padre del Flaco paga puntualmente los cinco de cada mes-, y lo mira prender el pucho y quedarse en silencio a su lado, apoyado contra una de las paredes laterales. En ese rato, Luis hace como que no lo ve, acomoda cosas, recuenta la cantidad de cigarrillos que hay en existencia para tener una clara idea sobre el pedido que hará el lunes. Como se acerca la mañana, hace más visibles los alfajores y las medialunas para el que quiera desayunar al amanecer, algo no tan común para los jóvenes que salen de la milonga. Ya no desayunan para cerrar la noche, no establecen un corte entre la noche y el día. Siguen tomando birra o Coca con Fernet.

Por eso la cafetera va quedando relegada en el poco espacio que el

negocio de Luis tiene. En la madrugada, la mayor venta es de cerveza. Como si nada hubiera terminado, los rezagados pasan a contar sus aventuras. Para ellos vuelve a cargar nuevamente la heladera con las oscuras botellas que serán el desayuno de los que ya pasados de alcohol, vuelven de los boliches. No deja de sorprenderse como las chicas toman cada vez más, se treznan en peleas y hablan de sus hazañas sexuales casi a gritos.

Él no deja de pensar que algo de responsabilidad tiene en este nuevo mundo juvenil donde el alcohol parece ser lo único importante. Semana a semana ve como aumenta el número de chicas y chicos que toman hasta caer volteados. Las ordalías y competencias para ver quién aguanta más es la moda que se impone. Nunca había visto a las mujeres tomar tanto. Definitivamente, “son otras muchachas estas de ahora”. Mientras eso piensa, continúa sacando botellas de los cajones plásticos, debe ir y venir del fondo para traer o llevarlos. Por cuestiones de espacio, es necesario ser muy ordenado con la estiba. Al terminar con la carga, se da cuenta que El Flaco, mientras consume un cigarrillo tras otro, no ha dejado de mirar cómo trabaja.

-Siempre me pregunto en qué piensa, qué le pasa, pero parece impenetrable, sólo a veces los ojos parecen pedir algo, no es un mamado común -le dice Luis a Rosa, su mujer, a la mañana, cuando su hombre luego de pasarle el turno a su socio que atenderá durante el día, llega del trabajo y toman mate con unos bizcochitos de grasa que él trajo del maxikiosco. Han descubierto ese espacio amoroso casi sin proponérselo y lo aprovechan acariciándose en la charla, en el mate, en la mirada, relojeando el tiempo que se viene. Son encuentros entre cómplices, audaces enamorados, de la compañía que se brindan, un amor sencillo que produjo este encuentro después de que a él lo echaron de la acería ubicada en la ruta, exactamente a la entrada de Bragado.

Luis fue un técnico que en medio de la pampa húmeda creía orgullosamente que terminaría su vida laboral con una excelente jubilación de la industria metalúrgica. Pero nada de eso había ocurrido, todo el mundo del trabajo se había trastocado. Lo que venía ocurriendo con los empleados del ferrocarril, que desde hacía años eran víctimas de las denominadas “racionalizaciones” del Estado, en las que se los empujaba

al retiro voluntario, también ocurría con los empleados de los grandes emprendimientos industriales de la pampa húmeda.

En medio del festín de la pizza con champagne, después de los repetidos encuentros sexuales con las actrices de turno, el presidente había convocado a Domingo Cavallo para que implementase ese programa de dolarización de la Argentina. Ya no habría más pesos, ahora el país tenía dólares. Las consecuencias de ese programa no se hicieron esperar, el famoso “un peso, un dólar” había aniquilado la acería, la aceitera y otras tantas empresas exportadoras más. Todas las economías regionales languidecían y muchas empresas exportadoras no podían competir más en el mercado externo. Mientras una multitud de argentinos viajaban por el mundo con su plata sobrevaluada, la industria quebraba y dejaba un tendal de desocupados.

Luis tenía un especial y ambivalente agradecimiento con El Flaco, quien lo había levantado muchas veces en la ruta, dado que el muchacho parecía que siempre estaba probando el 128 para llegar a su casa. La recta entre Bragado y Chivilcoy se le hacía corta a Luis, que incómodo arriba del 128, sonreía mientras miraba el velocímetro y por lo bajo se puteaba por haber aceptado el transporte. Pero cada vez que lo encontraba en la parada del ómnibus de la puerta de la acería, El Flaco lo distinguía de lejos y simplemente paraba, abría la puerta y lo esperaba ofreciéndole un cigarrillo. Luis agradecía sonriendo pero por dentro se asustaba y puteaba. No hablaba, sólo miraba cómo el asfalto era tragado debajo del capot del auto y la zigzagueante manera en que el 128 se escurría entre camiones de hacienda y ómnibus de larga distancia.

Rosa extiende el mate y siente pena por el muchacho, se lamenta no haber tenido hijos. También se consuela pensando que a ella y a su marido los hubiese destruido si alguien salido de sus entrañas hubiera llevado esa vida. Pero no es necia y sabe que Luis le tiene afecto al Flaco, dado que no deja de preguntarse, apenado e intrigado, cómo y por qué lleva esa vida ese muchacho. Piensa en sus golpes y frustraciones pero no puede entender que no se sobreponga. Sin ir más lejos, ahí está su marido vendiendo cigarrillos, cervezas, golosinas y panchos, después de haber sido un especialista en acero. La indemnización que le dieron le

sirvió para ese nuevo emprendimiento, tan lejos de sus queridos procesos de producción industrial. Concluye que tal vez esos jóvenes no están hechos para soportar tropiezos serios. Después, se quita esa injusta idea de la cabeza y piensa en la cantidad de compañeros de fábrica de su marido que se enfermaron gravemente después de haber sido echados del trabajo, recuerda la cantidad de ingenuas ilusiones que se hicieron otros con la indemnización cobrada, pensando que no trabajarían más y podrían vivir de rentas. No trabajan más, eso es cierto, pero llevan una vida pobre y desclasada, no se trata de los jóvenes, se trata...

No encuentra las palabras en su pensamiento para comprender esa situación social, donde todo parece estar bien y sin embargo, hay más dolores y frustraciones en casi todo el pueblo. Quizás algo cambió y ella no está a la altura de las circunstancias. De todas maneras, si el presidente anda pregonando “estamos mal, pero vamos bien” y la gente lo idealiza, ella puede estar confundida y simplemente quedar perpleja por tales dislates. Cambia la yerba y retoma esa pregunta que sabe formularse claramente: “Se trata de todo”, piensa pero no sabe bien qué quiere decirse con eso. No puede afirmar otra cosa que la incertidumbre de lo que no termina de tener nombre para ella, recuerda ciertos comentarios que sus padres hacían de la vida de los abuelos en la crisis del 1930, pero no sabe cómo relacionar los hechos. Cuando se acerca a la mesa con el mate nuevamente listo, le acaricia la cabeza a su compañero y dice, como para salir del tema-: A la noche llueve seguro.

Luis toma el mate y recuesta la cabeza sobre la mano de su mujer para hacer más grato el contacto. Después del primer sorbo, agrega al comentario de Rosa:

-¿Te acordás que fue un día así, medio fulero, cuando nos rajaron a los cinco juntos de la acería? Era un miércoles al mediodía -chupa nuevamente el mate y vuelve-, en el sector de Recursos Humanos de la fábrica, para hacer esas limpiezas de gente, se apoyaban en un estudio que se hizo en los Estados Unidos que decía que los viernes no había que dar de baja al personal, dado que los obreros, en contacto con su familia, se deprimían más los fines de semana y había riesgo de que se mataran. Suicidados no, pero muertos en vida sí; eso es lo que promovían los del Departamento de Relaciones Personales. Hijos de putas Pensaban

en cómo cagarnos, mientras nosotros, técnicos pelotudos, cagados de miedo de que nos tocara el despido, laburábamos como bestias tratando de hacer más y mejor producción. -Vuelve a darle otra chupada al mate y se apoya más en la mano de Rosa-. Para colmo, al salir ese mediodía ni de comer nos dieron, porque ese estudio yanqui recomendaba que se diera la noticia antes del almuerzo. Turros con sueldos altos los de Personal. -Le da una chupada corta al mate para seguir-: Con hambre y tristeza, los cinco dábamos saltitos en la ruta esperando que alguien que nos levantara. En los bolsos llevábamos todas las pertenencias que habíamos guardado durante años en las gavetas. Ninguno hacía nada para que un vehículo nos parara para sacarnos del lugar, a esa hora los colectivos locales no pasaban, dado que no era el momento de recoger a los obreros. Después de un rato, rajamos tres para Mechita y dos para Chivilcoy. Durante la espera nos prometimos vernos, ayudarnos, pero nada de eso ocurrió. Ya habían echado a cincuenta personas y lentamente iban a terminar con los ochenta que quedaban. Alguna conciencia social tenían los jefes de Personal: primero los solteros, seguían los casados sin hijos, después los que tenían uno o dos hijos. Una escala de necesidades que ellos creían que los hacía más humanos ante el problema. Los boludos fuimos muchos de nosotros, que creíamos que con el raje nos salvábamos. Nos habían hecho el cuento de la “iniciativa privada”, el cuento del “sueño americano” para los gauchos del sur. Se trataba de poner un negocio, lo que era una papa, y los vecinos nos iban a comprar cualquier cosa. Así nos fue: pasamos de personal capacitado para tareas técnicas a verduleros o kiosqueros. Hay uno que se puso un camión atmosférico ¡Levanta soretes, imaginate qué porquería! De lo único que no nos dimos cuenta fue que cada vez había menos trabajo; no sólo nos echaban a nosotros, sino a todo el mundo. Aunque lo sepas no puedo no volver a decirlo: se terminaban las fábricas, los talleres, los depósitos de mercaderías. Todo iba cerrando. Si cada vez había menos trabajo, ¡qué mierda iba a comprar la gente! No vimos que el trabajo no existía más para la mayoría de nosotros. Otros se enfermaron gravemente. Sólo unos pocos nos pudimos mantener. La acería la compró un amigo del presidente, sin guita y sin intención de ponerle un mango encima, después se la vendió a un grupo de negocios que tampoco

la hizo funcionar ¡y la pagó el doble! ¿Cómo íbamos a entender de qué se trataba todo eso?, pero no fuimos los únicos, ya ves, lo siguen votando. Somos la nueva quimera de la libre iniciativa. Como parte de todo este cuento, donde sólo se salvan los ricos, sin darme cuenta terminé vendiendo cervezas a los pibes que se han lanzado en un raid alcohólico, que es cada vez más arriesgado y audaz. En las camisetas de los futbolistas, la cerveza parece festejo; en las madrugadas, ver a las pibas entrar en coma alcohólico es de terror. A veces entre un pasador de droga y yo no hay mucha diferencia. Ojalá llueva de una puta vez.

–Sí –dijo Luisa– esperar la lluvia mucho tiempo agobia. Es verdad que el calor con humedad mata, pero lo hace por la ansiedad que produce.

Le alcanza el mate a Rosa, mira el horizonte y comenta.

–Tenés razón, se viene la tormenta. ¿Sabés lo que más bronca me da? No hicimos ni una sola huelga, los dejamos que se hicieran el picnic con nosotros. Les creímos a los sindicalistas de la Unión Obrera Metalúrgica, que hablaban de reacomodar, de transferir hacia la iniciativa privada con los retiros voluntarios, de desensillar hasta que aclare, que el sindicato se estaba ocupando, en fin, la nada misma. Ahora al presidente lo declaran mufa, si alguien en el pueblo lo menciona por su apellido, todos los presentes al unísono se agarran el huevo izquierdo. Si son mujeres, se tocan la teta derecha, lo explican diciendo que no quieren llevar cerca de su corazón a ese innombrable hijo de puta al que, sin embargo, siguen votando. ¿En qué quedamos? Innombrable, mufa y presidente del sueño de la iniciativa privada que no pierde una elección. Parece “una joda para Tinelli.”

Rosa se acerca y lleva la cabeza de Luis hacia su vientre y ambos se quedan así por un largo rato. Ella le alisa el pelo, un gesto que reafirma cuánto quiere a su hombre, aunque sabe que no puede hacer nada con el dolor que le causa que él no pueda seguir siendo el técnico en laminación de la acería. Recuerda a sus familiares, abuelos, tíos, primos, de larga trayectoria en el ferrocarril, que fueron echados del Sarmiento en oleadas sucesivas desde los años sesenta. Cómo quedaron marcados, cómo casi no podían hacer otra cosa que mostrar sus tristezas, sus incertidumbres, sus vacíos, mediante pocas palabras, como los refugiados de

guerra, que no pueden levantar la vista del plato de comida, encerrados en sí mismos y reaccionando como autistas. Sentados en la estación esperando que pasen trenes. Ilusiones perdidas, sueños vanos donde penetran y se agolpan crueles fantasmas.

CAPÍTULO XXII

“ME MIRABAN DE REOJO Y SE REÍAN POR LO BAJO...”

-Eran siempre los mismos cuatro que andaban de un lado para otro cansando a todo el mundo con sus escándalos -dice Estela, la dueña de la librería, y agrega-: Mire, no sé la cantidad de libros que me robaron, diga que los padres eran responsables, especialmente el padre del Flaco, y siempre pero siempre se hicieron cargo de los líos que esos malcriados hacían. Es una cruz rara, no es muy comprensible para muchos de nosotros que de estos hombres trabajadores y que honran sus compromisos, como el Cholo y los otros, salgan chicos mañosos, malcriados y se dirijan sin pausa hacia tragedias como la que vivimos y que todos tenemos presente cada vez que lo vemos todo vestido de negro. De ese grupo nos ha quedado ese tiro al aire del Flaco. No hay duda de que vive en un mundo diferente al de todos nosotros. Mire que acá el cuero es parte de nuestra cultura. Hay alfombras, ropa, utensilios, un sinnúmero de cosas en las que usamos cuero de vaca. Pero esa ropa negra horrible, esas correas, esas pulseras con tachas, qué quiere que le diga un horror.

Unos demonios que pasaban como un torbellino por cada negocio del centro. Cuando entraban acá había que estar con cuatro ojos, yo de inmediato pedía que viniera mi madre del fondo. Lo increíble es que ninguno aceptaba que leía o que algo le interesaba, pero cuando se podía intercambiar algunas palabras con ellos, cosa infrecuente le voy a decir, yo me daba cuenta que El Flaco algo leía pero se empeñaba en no demostrarlo. Se notaba una diferencia cuando venía solo, no hablaba pero los títulos que hojeaba eran profundos. No hacía más que pasar las hojas rápido pero que había algún interés, lo había. Se lo puedo asegurar. Era curioso cómo trataba de disimularlo - le dice a Oscar, mientras le entrega el manual del DKW -AutoUnión que le encargó y que le

costó mucho conseguir dado que estaba agotado. -A mí pese a todo el lio que armaban los dos menos apreciados por la gente me caían bien. Ernesto tenía algo angelical, tierno que me imaginaba podía desplegar sin los otros. La sensibilidad se nota aunque se haga esfuerzos por no demostrarla. Quizás por ser de esos chicos que despiertan ternura sin que se sepa bien cómo o por qué. El Flaco por esa impresión de que era un lector fugitivo me llamaba la atención.

El diálogo con Oscar se anima, desentrañar al Flaco y sus amigos es parte de la manera habitual de sostener una conversación. Mientras cobra y envuelve el libro de tapas verdes le vuelve a preguntar, como si no lo supiera, si chocaron tantas veces como dicen.

-Sí, es verdad, El Flaco chocó muchos coches por andar al mango. En esos desafíos de ruta los autos se rozan mucho. Cada uno intenta que el rival se despiste hacia la banquina -dice el gordo Oscar mientras chupa un mate y cierra los ojos rememorando. Él sabe bien de esos asuntos, dado que todos los coches de carrera del pueblo pasan por sus manos-. Yo se los preparaba con cuidado, buenos frenos, gran pique, pero el muy desgraciado no quería saber nada con la jaula antivuelco, según decía, le sacaba velocidad. Insistía con que se lo hiciera liviano al auto. “Gordo, que vuele”, me decía y abría los brazos y bajaba la cabeza imitando al chimango; daba la impresión de que sólo lo conformaba alcanzar el cielo en esa combinación de velocidad y liviandad. Una relación peligrosa, que me costaba mucho conseguir. En todo el Oeste el auto del Flaco era de avanzada, íbamos reemplazando todo lo que era chapa por plástico. Sacábamos ideas de esos programas de la televisión por cable donde se modificaban autos antiguos para correr carreras con ellos. Para el que ama los fierros, el 128 es una joya de la mecánica. Hicimos las matrices del guardabarros, de la tapa del baúl, del capó. Una fortuna llevaba encima ese coche. No creo que hubiera, hasta donde yo conozco, un auto más liviano de Luján a Junín. Al principio le preguntaba si estaba autorizado para los gastos y el tipo me decía que le metiera para adelante y no me preocupara. ¡Si me habrá pagado cuentas el padre del Flaco! Se ponía sin chistar, nunca me discutió un precio... tampoco me enteré si controlaba los gastos. Por las dudas, yo llevaba todo anotado y le agregaba las boletas de los repuestos. Siendo

un hombre tan recto, es lo menos que se merecía.

Cuando Oscar se va, la librería piensa en los Fernández y en cómo esa entrega del 128 le cambió la vida al mecánico, cuánta fama le hizo ganar ese artesanal trabajo. Ahora ha reconvertido su taller en el lugar donde se reciclan autos antiguos para convertirlos en *racers* criollos. Recalan allí gente de muchos pueblos con sus Fiat 600, sus Citroën 2CV, sus Renault 12. Cada vez hay más gente que tiene autos reciclados para correr con ellos. Ya no importan como antaño las carreras de caballo, los hipódromos se han transformado en circuitos, Oscar se convirtió en un super especialista de motores y aerodinamia. La librería observaba que el taller del Gordo era una reconversión exitosa, se benefició con el impulso de la impunidad con que el presidente de la Nación usa la Ferrari, haciendo que la ruta dos sea para él solamente, es un modelo a seguir. Deja estos pensamientos cuando ve entrar a Leonardo que con esa premura porteña que todavía no perdió le pide le consiga una versión bilingüe de la obra Macbeth.

CAPÍTULO XXIII

“EN SU PECHO, LA NIÑEZ, DE AMOR UN TEMPLO...”

Cuando El Flaco salió, y mientras Cholo miraba una película por televisión, su madre terminó de recoger todo lo que estaba desparramado en la pieza del joven, y cansada ya de rezongar, se permitió pensar. Desconsolada, fue al dormitorio matrimonial dispuesta a hablar con su marido una vez más.

-Cholo, no podemos seguir así, vos te vas a morir del disgusto. Tenés que hacer algo, el chico a mí no me hace más caso, date cuenta de que en el pueblo lo aguantan por vos, ya nadie lo quiere, todos me dan quejas y esperan que vos hagás algo... Cholo, ese chico está mal... ¿Cómo puede ser que después de tantos sacrificios tengamos que pasar por esto?... ¿Tanta plata para qué?... Todos los días un disgusto.

Las frases le salen entrecortadas, como si aguantara las lágrimas, que igual se escapan. La particular congoja que produce la parálisis inunda la habitación. Cholo, nervioso, se revuelve en la cama, sabe que la mano viene cada vez más fulera, recuerda la conversación que mantuvo hace pocos días con el comisario lo visitaba regularmente en su oficina. De esta manera lo tenía al tanto de los desaguisados del Flaco, pero esta vuelta la cosa parecía estar cada vez más cerca de algún desenlace terrible. El jefe de policía le dijo mucho, pero lo peor era el futuro que le anunciaba: -Vea, Cholo, su pibe no debería andar tanto de noche. Alguien lo va a poner de un balazo, y más de uno, disculpe, se va alegrar. Si no fuera su hijo, hace rato que yo mismo lo habría corrido del pueblo, o alguno de los míos lo habría hecho tropezar contra alguna vereda. Los de la caminera se salen de la vaina para apretarlo, tengo que andarles diciendo que usted es amigo mío y recordarles que tienen que cuidarse, porque si al Flaco le pasa algo, se las van a ver conmigo. -Toma lentamente el mate que Cholo le extiende y continúa:- Usted

sabe cómo es la noche, además, el muchacho siempre termina provocando una rosca. Imagínes, Cholo, en los prostíbulos alguno que otro anda calzado, por lo menos si se quedara dentro de mi jurisdicción, sería más fácil controlarlo... pero va y viene de Bragado a Luján como un loco todo el tiempo. ¿Se da cuenta, Cholo?

Si se dará cuenta Cholo, que en la oficina, diariamente, resuelve algún lío que hizo su hijo. Haciendo como que aguanta el chubasco, pone cara de estar al tanto de todo. En realidad, la situación día a día se le torna imposible de manejar, por eso escucha en silencio.

-Tampoco crea que los puedo mantener a todos a raya, siempre hay alguno que se escapa de mi mando y hace un desastre. Lo más terrible es que tratan de vendérmela cambiada. Mire cómo será la cosa que en el asesinato del estanciero y sus nietos sé que hay gente mía metida en eso, pero tengo dudas sobre quiénes se quedaron con el toco de dinero que había en la estancia. Pero ese es un problema mío y le voy a encontrar la vuelta, se lo aseguro. Usted sabe bien, por ser cabeza de muchos negocios, que no hay nada peor que un barco sin timón. En mi caso, un comisario sin poder sobre su tropa está frito, lo acuestan a cada rato. En cuanto al asunto que nos ocupa, quiero decirle que El Flaco anda en la cuerda floja. Disculpe, Cholo, pero parece que está buscando que alguien lo emboque. Tengo que hablarle a calzón quitado, dada la gravedad de la situación. Todos saben que zafa durante la noche porque detrás estoy yo, y en el día usted salva las papas con la plata que sea necesaria para tapar los entuertos. Esta es la verdad. Además, y la boca se me haga a un lado, con este asunto del Mercosur, los camiones andan cada vez más rápido por la ruta y los accidentes están a la orden del día. Ya lo sabemos, no quiero ser cruel, pero no puedo dejar de ser realista. La cantidad de accidentes es cada vez mayor y usted sabe de sobra, igual que yo, que los que caen como mosquitos son los pibes en motos o en autos a altas horas de la noche, cuando circulan llenos de alcohol. Desde el "uno a uno" hay cada vez más chicos con motos de alta cilindrada a gran velocidad por las rutas, los accidentes aumentan día a día. No solo se accidentan los pibes de acá, tengo que levantar muertos de otros pagos. Muchachos que no conozco, que parecen querer venir a morir cerca de este pueblo. ¡Me cago en diez! Han transformado este pedazo

de ruta, que el pueblo tanto odia por lo ocurrido, en un lugar de culto donde van a probar audacias a altas velocidades. Se han constituido en una tribu que se denomina así misma “Los Pisteros del record”. Antes, los muertos jóvenes caían del cielo o aparecían dinamitados en grupo en un campo cercano, ya sabe usted a qué me refiero. Ahora, hasta el hijo del presidente cae con su helicóptero en una ruta. Menos mal que no fue por acá, sino bien lejos de mi jurisdicción. Pobres los investigadores que tengan que tapar que el helicóptero tenía el fuselaje lleno de balas. Créame, yo lo vi. No sabe la cantidad de gente que vino a recordarme que tenía que callarme la boca, no lo voy a comprometer pero a buen entendedor... Cholo, esa historia cruel que vivimos fue una maldición para este pueblo y parece que el único que se hace responsable de los cargos, es usted. Hay que pararlo al pibe, Cholo. Hay que pararlo. Se dará cuenta de que no puedo meterlo unos días en cana, cosa que ya hubiera hecho de ser otra la situación; las comisarías están llenas de pibes peligrosos, quebrados y sin límites. Tampoco darle más filípicas, dado que le entran por un oído y le salen por otro. A esta altura, todo eso no sirve para nada.

Cholo mueve la cabeza de arriba hacia abajo, acepta mirando a los ojos al comisario y al mismo tiempo lo devora el fuego característico de la úlcera estomacal que acompaña, como una implacable alarma, todos los asuntos que su hijo provoca desde hace algunos años y que complican la vida familiar. Ya sabe que en el pueblo atribuyen sus problemas de salud a los desbarajustes cotidianos que le trae el pibe, que era su esperanza. Vuelve a cebar un mate, que hace ya mucho tiempo alivia con yuyos digestivos para poder sortear los malestares estomacales cada vez más agudos. Pese a ellos, quisiera seguir tomando mate toda la vida. Cuando le pasa el porongo al comisario también alarga un sobre con dinero para compensar los inconvenientes que le están causando a su amigo, los terremotos nocturnos de su hijo. El contenido del sobre es cada vez mas abultado y parece que el tiempo de vida de su hijo se angostara cada día. Su esposa sale del dormitorio llorando, una vez más Cholo no dijo una sola palabra o solo dijo “mañana en la oficina lo arreglo”. Era una variante o la otra que solo le garantizaba a su esposa que nada iba a ocurrir.

CAPÍTULO XXIV

CABRAL, SOLDADO HEROICO

El Flaco prueba una vez más el acelerador en vacío, dialoga con el sonido o la música del motor. Pega dos o tres aceleradas y registra ciertos desequilibrios de un pistón, al abrir y cerrar el paso de la nafta. El lunes, sin falta, lo hará revisar por el mecánico. Se decide a dar otra vuelta por el club El Progreso, tiene ganas de tomarse otro *Gancia*.

Al llegar, observa que varios de sus conocidos se han ido agrupando en una punta del salón, como deseando no ser molestados y para demostrárselo, cuchichean en ese rincón casi aislado, que fue durante mucho tiempo el lugar preferido del grupo de jovencitos “tuercas”, en donde programaban hazañas automovilísticas y elucubraban, excitados, probables récords. Tiempos que deberían superarse a corto plazo.

Va pasando entre las mesas y es apenas saludado con leves movimientos de cabeza o con un “chau” o un “hola” apenas audibles, por los parroquianos. Acostumbrado a que nadie lo invite a compartir la mesa ni el momento, se ubica solo y pide el vermú. Sin mirar a nadie en particular, recuerda la época en que la mayoría de los muchachos se morían por subir al asiento trasero de su moto y salir a correr por la ruta.

Muchos de ellos lo aguardaban en la puerta del club, esperando ser elegidos para la aventura. En esos tiempos, ser llevado o no por El Flaco, en la moto o en el Fiat 128, hacía la diferencia en la noche del sábado pueblerino. Lo esperaban precisamente en la puerta del club desde mucho tiempo antes de que llegara. Cuando se hacía presente, risas y abrazos lo recibían.

-Es que las muertes de Javier y Roberto, asustaron a todo el mundo - dice por lo bajo Mateo, el mozo del club, quien pese a arrastrar los callosos pies, va hacia el mostrador presuroso para levantar los pedidos

que llevará luego hacia las mesas, cargando una bandeja de metal que en su origen era dorada y que por el paso del tiempo se ha desteñido hacia una rara mezcla de plateado y tornasolado.

El paso de Mateo entre las mesas, siempre da que hablar. Es que sus piernas chuecas y cortas le dan un raro estilo a su caminar. Los clientes hablan de su manera de ser, pero no les gusta escuchar mucho lo que desde hace tanto repite en cada mesa, en la barra y a cada uno que le pregunta.

-Tanto jodieron con las picadas, con correr borrachos, que al final terminaron incrustados debajo de la cola de un camión jaula, en una noche cerrada por la niebla. El camión estaba cargado de hacienda vacuna y los dos que iban en el asiento delantero quedaron sin cabeza; decapitados, algo siniestro dentro de lo terrible. Atrás, lo que los bomberos catalogaron como “un milagro” estaban Ernesto y El Flaco intactos, salvados; con contusiones menores, bañados por la sangre de sus amigos, que explotó en todas direcciones, luego del choque. Desde la jaula del camión, las vacas, asustadas, meaban y cagaban sobre el techo aplastado del Toyota. El auto era del padre de Javier, ahora todos repiten como loros que el pibe se lo robó esa noche. Lo dudo, el pelirrojo andaba seguido con ese auto. Ahí El Flaco no tuvo nada que ver, porque les dijo que no fueran, que era peligroso, se lo digo yo que lo escuché mientras les servía ginebra. Él los quiso convencer, les dijo de la niebla, de que era tarde, de dejarlo para otro día pero los otros estaban porfiados, quizás eran más cabezas duras. Los que querían salir estaban más chupados, eso lo puedo asegurar. Claro que siempre habían tomado la niebla como un desafío mayor, era la manera en que vivía ese grupo, no aceptaban límites. Él no quería ir, lo dijo varias veces. Se podría haber bajado, se notaba su resistencia al caminar hacia el auto, pero igual los acompañó. Era de fierro con los amigos, parecía un mosquetero, de mala gana igual los acompañó. En fin... ahora El Flaco anda solo como un perro sarnoso. La familia de Ernesto se lo llevó al pibe a Mercedes, se fueron de un día para otro con el muchacho destruido. Por lo que escuché, todavía tiene ganas de suicidarse. Lo internan y pese a los tratamientos vuelve las ganas de morirse. En fin, otro drama -remata Mateo su monólogo, sabiendo que nada hará que

se cambie la versión del accidente.

La consecuencia no es muy difícil de sacar. El Flaco, desde el accidente, hace dos años, chupa más que antes y nadie lo quiere cerca. Venía en falsa escuadra, mal barajado, pero si no hubiera pasado ese tremendo accidente, tal vez se hubiera calmado un poco. Se hubiese asentado y ahora podría estar trabajando con el padre o estudiando en Buenos Aires. El accidente fue la piña del *knock-out*. Ahora pelea mejor que nunca, no hay rival al que no enfrente y la mayor cantidad de veces los voltea como muñecos, pero perdió el campeonato de la vida. Algunos vienen de otros pueblos a desafiarlo, se van molidos a palos y en silencio.

Mateo mueve la cabeza de un lado a otro, consternado por el recuerdo de esa fatídica noche, donde los jóvenes tuercas -que siempre estaban discutiendo sobre autos, velocidades, curvas, rebajes y rectas, con el único fin de encontrar un motivo para salir a correr- chupaban ginebra como si fuera agua tónica. Nada le impide seguir atendiendo, su memoria es infalible. En un pequeño gesto de calidez y cariño, agrega maníes, palitos salados y un poco de queso cortado en cuadraditos en un tirolés, a la bebida del Flaco. Se sabe testigo impotente, ha tratado por todos los medios que estaban a su alcance contar la verdad de toda esa historia, pero nadie acepta su testimonio. Cuando vuelve de atender los pedidos, termina su monólogo con Mancuso, el viejo concesionario del bar. Este conoce la historia tan bien como el chueco de particular paso, que aunque es, en definitiva, su mozo de toda la vida, lo escucha atentamente. Sabe del dolor de Mateo más que nadie:

-En el vacío que los demás le hacen, está presente esa pesadilla que nadie quiere recordar. Estoy de acuerdo con que no eran pibes muy queridos en el pueblo, demasiado quilomberos; más de uno deseaba que se dieran una piña para que se dejaran de joder. Vaya uno a saber cuántas maldiciones les mandaron desde cada casa donde no podían dormir, por el ruido de motores acelerados al mango, durante toda la noche. Antes de ese siniestro accidente les dieron manija para que corrieran y cuando ganaban, casi siempre, los declaraban héroes del pueblo. Del choque, Ernesto y él se salvaron, justo ellos dos que eran los menos queridos del grupo. Esos cuerpos decapitados están en nues-

tra historia y El Flaco es el fantasma que los trae. Para colmo, el otro pibe, Ernesto, se mudó a Mercedes y éste -señala con la cabeza hacia la mesa donde bebe sin pausa El Flaco- quedó solo con el sambenito del accidente colgado en su cuello. Ya hay tanta fábula con este asunto que a alguno de los más jovencitos le he escuchado decir que era El Flaco el que manejaba el auto. Pibes que recién se acercan a la noche del club hablan como si hubieran estado esa noche. Me dan mucha rabia esos pendejos de mierda, no tienen idea del mal que hacen. Está claro que nadie lo quiere ayudar, todas las versiones, los rumores, las bromas se hacen como esperando que se termine de hundir. Para colmo, él anda con esa pilcha rara que no lo ayuda en nada, en Chivilcoy no se entienda esa moda de tachas y correas. Todos hablan del escándalo de la ropa, pero nadie mira lo evidente: ese muchacho anda vestido de luto permanente -sigue el monólogo interminable del indignado Mateo: -Mire, parece que no gambetea la muerte, la torea, la chucea. Pero, la verdad, no sé si ésta lo perdona o si él tiene la capacidad de asustarla. Tal vez la Parca tenga respeto por su temeridad. O quizás no le quiere dar el gusto a tanta gente mala que vive por aquí. Los habitantes de este pueblo no le tienen la más mínima compasión a este muchacho. Como en la generala, que juegan en la mesa del fondo, le tacharon la doble. Lo borraron como si fuese un casillero molesto e inútil de la partida. Esa historia de chicos que se matan en la ruta, jugando a la ruleta rusa de las picadas nocturnas, se ha multiplicado desde aquel accidente. Vienen otros a recorrer ese lugar que llaman el “Santuario del Horror”. Hasta un cartel pusieron con ese nombre al lugar donde se dieron la piña, y hacen promesas pasando a altas velocidades. Consecuencia: hay más muertos y el sitio aumenta su prestigio. Pero eso también se lo endilgan al Flaco, este es el sambenito que le enchufaron y él hace todo lo posible para sostenerlo. La sangre de sus amigos la debe tener pegada a la piel todavía, hasta el calor de la misma debe sentir. Además por más que se bañe, refriegue, sigue meado y cagado por la vacas del camión jaula. Jodido.

CAPÍTULO XXV

LA FERRARI ES MÍA, MÍA, MÍA

“Algo cambió en este pueblo”, piensa Manuel, mientras sacude el cubilete con los cinco dados adentro. Lanza y espera con atención que los dados se detengan, uno en especial gira sobre su eje, prometiendo varios números a los jugadores, que miran con ansiedad. Finalmente, el dado remolón entrega el último número cinco que le hacía falta para completar un full servido, que define el juego de la generala de turno. Una vez más, es el ganador. Y, otra vez, sus contrincantes, atribuyen su triunfo a su excepcional suerte. “Este Manuel anda con el culo de siempre”, se escucha, y él, zorro, acepta que así fue. Explica que tuvo orto, que no siempre pasa. Mientras anota lo que le deben, se conduce ante el sufrimiento de aquél que estaba a punto de ganarle. Su actuación es tan estudiada que nadie la pone en duda. Con ella logra tener cada vez más giles que le quieren ganar. Se sumara a la cifra de perdedores que cada quincena pagan una parte de lo que deben.

Con su perspicacia de fullero, de reajo se da cuenta de que El Flaco va por su tercer Gancia. El asunto del pibe le da pavura. No tiene mucho que reflexionar para advertir los cambios que vinieron con la década de los noventa: el presidente es mufa, los jubilados se ahorcan en las plazas, a los maestros los hambrean, circula guita negra que viene de los grandes negociados internacionales y del narcotráfico colombiano, y es lavada en ese enorme lavadero que es la Argentina. Él, un tallador profesional, se da cuenta y los votantes no. Todos miran, pero nadie ve, como sus clientes; como pasa con ese pendejo maldecido por todo el pueblo, al que nadie quiere acercarse. Hay tanta mala leche en ese asunto, como la que el secretario general de la presidencia de la Nación, trató de enchufarles a los bebés por medio de esos programas estatales de cuidados materno-infantiles. Lindo asunto, dicen que quieren

ayudar y los estafan. Eran cuarenta y siete toneladas las comprobadas y seguro muchas más, de las que nada se sabe, excepto que no eran aptas para consumo humano.

Manuel espera que sus clientes le pidan una revancha. No se apura porque tiene que demostrar que él no los esquilma, sino que sus cuatro compañeros de mesa quieren jugar para ganarle, y así achicar la deuda que tienen con el único jugador profesional que el pueblo tiene en ese momento. Mientras tanto, dobla con cuidado la tira donde lleva las deudas que mantienen con él; deudas que cada principio de mes, con el cobro de salarios o la venta de granos o de carne por algún chacarero, se achican pero nunca se saldan del todo. Esto es parte de la estrategia del eximio jugador: la va de amigo y por ello se lamenta de la mala suerte de alguno que otro, así no pierde ese *feeling* de buen tipo suertudo que los otros participantes le otorgan, sin reconocer que les gana el dinero porque es un profesional y les lleva mucha ventaja antes de empezar a jugar. Con esa especial justificación, sus amigos vuelven una y otra vez cada tarde, después de sus tareas, para intentar ganarle. Una creencia que oculta las irrefrenables ganas de perder que habita en el inconsciente de cada cliente. Claro que las mismas están ocultas, detrás del ambicioso plan de derrotar al que consideran más amigo con suerte, que fullero. Es desde esa ilusión o engaño donde se demuestra que juegan diciendo que quieren ganar, pero van, tarde tras tarde, a perder dinero con Manuel.

“Está esperando que alguien se lo perdone, mirá la mezcla de tristeza y bronca que hay en su cara. En definitiva, que alguien le diga alguna verdad sobre él, sobre su familia, sobre los sentimientos que despierta”, piensa. Manuel tiene una mirada astuta y casi oculta que le permite ver todo lo que va ocurriendo a su alrededor sin mover mucho la cabeza. Es que a causa de su particular tarea de fullero, debe estar todo el tiempo controlando los rasgos faciales y los movimientos de las personas que están a su alrededor. También posee un severo autocontrol que impide que lo denuncie gesto alguno, ni de agrado ni de desagrado, sobre lo que ve y siente. Es un maestro del ocultamiento. Simula emociones, interés por los demás y compromiso, pero son actos teatrales acordes con la puesta en marcha de su oficio de tallador.

Sabe que son pocos los que no ven al Flaco como un monstruo, que pueden darle una dimensión humana. Algo que el pueblo entero ha decidido no otorgarle más. Sabe, por su condición de jugador profesional, que hay un hilo muy delgado que define el adentro y el afuera, lo bueno y lo malo de Chivilcoy. Cuántas noches debió cuidarse porque sentía ese peligro que lo habría puesto del otro lado. Cuando percibe ese peligro, ahí nomás Manuel pide un sándwich de milanesa, lechuga, queso y tomate. Con lentitud, lo carga de mayonesa, que saca con ahínco del pomo que Mateo le alcanzó. Agrega un vino y empieza a perder como sin querer, despacio y astuto agrega quejas sobre su mala suerte y los errores que comete. Sólo él sabe que pierde a propósito. Lo hace porque tiene permitido ganarles, pero de ninguna manera se arroga el derecho de poner en ridículo a sus clientes, que al final de cuentas son sus amigos, dado que pasa más tiempo con ellos que con sus hijos, su esposa o sus hermanos. “Este pueblo está esperando que El Flaco se vaya o lo que es peor, lo quieren ver muerto”, reflexiona mientras camina para su casa. “Después, ¿a quién le tocará?”, se asusta pensando.

En el borde de lo que se acepta socialmente hay que moverse con sigilo. Chivilcoy acepta que él esquilme a una parte importante del pueblo, pero expulsa con rabia y eficacia a cualquier tahúr que se presente con las mismas intenciones, por eso los clubes sociales; esos lugares donde la baraja, los dados y el dinero mantienen la noche en vilo, son celosamente protegidos de los extranjeros que andan de pueblo en pueblo tratando de engatusar a hijos de estancieros, aburridos, a empedernidos comerciantes que tratan de perder sus ganancias diarias, o a todo aquel que no acepte la vida mediocre que el exceso de dinero o la falta de proyectos produce.

Claro que esa aceptación del pueblo hacia Manuel tiene límites. Jamás le van a permitir que deje en la vía de una vez y para siempre, a alguno del pueblo. Debe ganarles una parte, siempre una cuota de su patrimonio o de su sueldo y no permitirse pellarlos de una vez, no debe llevarlos a la quiebra. También, en ese contrato no dicho, Manuel debe pedirle a quien está de mala racha que no siga jugando. Le promete revancha o deja que se recomponga para que no se vaya con las manos vacías y con odio a su casa. Sabe que durante el día su esposa, Maju,

hará las compras con la mujer del esquilmado y no puede permitir que se crucen en malos términos. Es un acuerdo que viene de antaño y se respeta dado que hace a la convivencia.

Antes que lo dijera el gremialista Barrionuevo, él practicaba eso de dejar de robar cada cierta cantidad de partidas. Manuel está siempre atento a que la avaricia no lo haga cruzar el límite. Le es tan fácil ganar dinero con el juego, que teme siempre excederse con las ganancias como en su nivel de vida. De alguna manera, tiene prohibido vivir en una casa más lujosa y nueva, a la que podría acceder con el producto del juego. La restricción también vale para un auto importado cero kilómetro. Podría vivir sin trabajar, en realidad, mostrando que se sustenta sólo del juego profesional pero las reglas no escritas de la sociedad chivilcoyense no se lo permiten. Por eso, hace años que se conchabó en la municipalidad del pueblo para hacer nada, de once de la mañana hasta las tres de la tarde. El intendente de aquel entonces le cambió la deuda que tenía con él por un nombramiento en la planta permanente de la municipalidad.

CAPÍTULO XXVI

“ALTA EN EL CIELO, UN ÁGUILA GUERRERA...”

El Flaco va al baño del club y desagota, se lava enérgicamente las manos, y vuelve al mostrador para pedir una ginebra. Se la toma de un saque, pide otra y repite la acción, se seca la boca con la palma de la mano. Siente la necesidad de subirse al auto, deja un bollo de dinero sobre la mesa, sin saber si es correcto el pago. Como siempre, la cantidad será excesiva con relación a su consumo. El mozo tomará el desorbitado pago y, luego de descontar su diez por ciento de propina, ni pensará en sacar provecho de la situación y por eso le dirá a Mancuso que ponga lo que sobra en el haber del aislado cliente.

Ya arriba del auto, que Oscar le preparó con tanto esmero; liviano, sin jaula antivuelco, sin asiento trasero, lo pone en marcha y el ruido le hace cosquillas en todo el cuerpo. Hay en ese sonido un mundo que funciona a la perfección y él sabe descifrarlo. No quiere otra cosa que escuchar el vibrar del motor y la justeza de la afinación, tan exacta como siempre; puede percibir cada engranaje en su giro, cómo circula el aceite o el agua... nada como su oreja de tuerca, que le informa al mecánico de las sutilezas que tiene el motor. Su cultivado oído de amante de los fierros puede captar esos detalles. Con los motores se entiende perfectamente, no ocurre lo mismo con los habitantes de Chivilcoy. En el motor hay circuitos eléctricos, engranajes, rulemanes, que mancomunadamente logran que todo funcione perfectamente y sin dificultad. Sabe que el pueblo no se atiene a esos esfuerzos mecánicos y que la desidia es pan de todos los días.

Mientras se regocija con la sinfonía que el motor le brinda, pita el cigarrillo pausadamente como chupando un cacho de esperanza, el humo lo envuelve y acompaña. “Qué bueno sería correr una carrera ahora mismo, apostando algo contra algún chabón”, piensa. Lo entu-

siasma pasar del asfalto a los caminos de tierra, girar varias veces sobre un circuito que se establece de acuerdo con la apuesta de quien lo desafía., algo que en los tiempos de oro era frecuente y esperado. Claro que eso ya no ocurre.

Eran famosas esas trezadas donde sus amigos y él habían ganado prestigio, a fuerza de ir siempre al límite. Tanto era así que venían de otros pueblos para desafiarlos. Apenas llegaban un par de autos roncadores y bien preparados de Suipacha, de Alberti o de Mercedes, se corría lo voz por todo el pueblo. Los visitantes hacían el anuncio de su llegada yendo al centro de la ciudad y acelerando en el vacío, en las esquinas. Aceptado el desafío solo quedaba dirigirse al club El Progreso. Allí se acordaban las condiciones: circuito, cantidad de vueltas, dinero que se apostaba, etcétera. La suma apostada quedaba en manos de Mancuso, no había carreras al fiado. “La guita antes de acelerar”, decía cagándose de risa el Colorado. En un pueblo que languidecía con la oscuridad, todo eso era adrenalina pura y sobre todo, una actividad donde los jóvenes automovilistas chivilcoyenses, los héroes indiscutidos, hacían sentir a todos los hinchas que ellos también eran campeones. Los noctámbulos, aburridos por la falta de sensaciones nuevas, convertidos en fanáticos de los ases del volante, se lanzaban a la ruta para verlos correr, hacer apuestas, gritarles y abrazarlos cuando ganaban una carrera. Todo concluía en una caravana que entraba a la ciudad tocando bocinas y agitando banderas poco antes de que amaneciera. De esta manera Chivilcoy era una fiesta

El Flaco escucha por enésima vez el motor, envuelve su soledad con el humo del cigarrillo y la vibración de la carrocería, acomoda la butaca, los espejos, y sale despacio del pueblo hacia la ruta; va reconociendo mentalmente, el circuito en el que siempre hicieron las carreras. Tiene bien recorrido el asfalto hasta Alberti y sabe que al Fiat lo debe poner a seis mil vueltas y andar por el medio del asfalto. El único asunto complicado viene después: la entrada a la tierra, que lleva rumbo a La Emita y que es demasiado angosta y muy oscura; después, esos dos lomos de burro, casi juntos, a dos kilómetros, donde está la vía del ferrocarril. Pasados esos escollos, todo lo demás se puede sortear casi sin problemas. Ha repasado la ruta infinidad de veces, siempre solo y

fumando. No hay detalle alguno que se le haya escapado. Está seguro de poder hacerlo.

El Flaco piensa que ya es hora de bajar el récord de Javier, correr ese circuito que el pecoso tanto quería y del cual se sentía dueño. Ya es hora de hacerlo. Le jura a Javier que nadie se va a enterar, es como si le pidiera permiso. “Nunca nadie va a correr más rápido por acá”, decía Javier, seguro, apoyado contra el aro de la cancha de básquet del club, y continuaba: “Le conozco hasta las familias de cuises”, y después reía a carcajadas. Cuando se calmaba, daba una clase magistral a todos los muchachos que los rodeaban, dibujando con una tiza, en el piso de parquet de la cancha de básquet, las distintas dificultades que presentaba cada tramo. Eran las épocas gloriosas del grupo.

Después venía la consabida experiencia de salir a mostrar cómo lo hacía. Subían al auto de a cuatro. Como parte del juego, dos de ellos debían ser debutantes. Se los elegía al voleo, dentro de la enorme cantidad de jóvenes que ansiaban desesperadamente ser invitados a subir. Javier hacía todo lo posible para demostrar su saber, había momentos en los cuales cerraba los ojos para demostrar su poder sobre el asfalto. Los inexpertos se morían de miedo, pero para estar a tono con la valentía de los que iban adelante, exageraban su risa tratando de disimular el pavor que sentían. Abajo, cronómetro en mano, los demás esperaban un nuevo récord de vuelta.

El Flaco vuelve a invocar a Javier, le pide nuevamente permiso para superar el récord que durante todo este tiempo respetó; en ese circuito que se habían armado conjuntamente con los tuerkas de los pueblos vecinos, lo había bautizado “Autódromo Colorado Javier”. En su fuero íntimo hace mucho que sabe la manera de descontar segundos en las curvas difíciles. Se vuelve a repetir que nadie se va a enterar, pero él mismo no quiere que nadie en el pueblo vea este asunto como una hazaña. Es solo algo personal, una manera íntima de dejar de ser una maldición para este pueblo al cual pertenece, le guste o no al resto. Su manera de saldar cuentas, quizás después algo sea diferente.

Sale a la ruta, pasa a la policía caminera despacio. Mira desafiante a los milicos, mientras recuerda la risa escandalosa y contagiosa del Pecososo cada vez que el cronómetro les mostraba la realidad de sus dichos.

“Aprendan, giles”, decía sobrador, en esas oportunidades.

El asfalto, una vez más, se somete a la pasada del Flaco, que entra en la tierra como una exhalación. Se da cuenta que nunca tomó así esa curva y siente cómo el coche se sacude en el guadal pero responde a sus manos enérgicas y seguras. La huella lo mueve de un lugar a otro y lo va disponiendo para saltar el primer lomo de burro de las vías del ferrocarril, sitio exacto donde Javier los superaba a todos. Claro que ahora están rotas y elevada del durmiente por la falta de mantenimiento, lo que desbalancea el auto. El Flaco que hace un tiempo no recorre el circuito no conoce este nuevo e inesperado obstáculo, busca acomodarlo al 128 tratando de retornar al centro del camino. Hace rebajes con los cambios pero el auto ya no está afirmado a la tierra. No ve camino adelante sino el cielo. De pronto aparece Javier riéndose, la Gringa mirando desde la puerta de la pieza en silencio, la madre recogiendo la ropa sucia, Manuel sacudiendo el cubilete y arrojando los dados, Eustaquia que esta vez no baja la cabeza cuando *él* pasa. También Rosa, que le extiende un mate a Luis, y que Cholo callado se toma el estómago. Sorprendentemente el desfile continúa y Martha se tapa boca, Avelino deja el pocillo de café, Mumo levanta la vista de la última foto de su padre, Atilio deja de barrer los restos de galleta que hay en el negocio, Pocha y Kito se asoman por el vidrio que finalmente se rompió. Todos, por un instante, parecen mirar hacia algún lugar que no saben ubicar, mientras el Fiat aterriza para tomar el segundo lomo de burro ya muy desacomodado y éste funciona como un trampolín. El 128 comienza a elevarse, como buscando el cielo, y vaya a saber por qué, se empieza a desbalancear. El auto, en el aire, pierde la armonía necesaria que requiere para caer y quedar bien plantado en el piso para continuar su andar. El Flaco, rápido de reflejos, mete un rebaje tras otro para disminuir la marcha del vehículo, algo inútil, dado que se da cuenta de que ninguna de las cuatro ruedas está apoyada en la huella. De nada vale peinar o apretar a fondo los frenos. Sólo le queda aferrarse al volante con desesperación. Se da cuenta que en el aire el 128 sólo puede traerle dificultades, porque al ser tan liviano queda a merced del viento. Algo debe andar muy mal, dado que pasa muy cerca de los postes de alumbrado.. Se cumple su sueño el auto vuela.

Como una pirueta de avión acrobático, el motor comienza a llevar al auto hacia el cielo, hasta un punto en que detiene su ascenso para cambiar bruscamente de dirección y buscar la tierra. Capota. Cae en picada con el motor en dirección al piso, la parte trasera del baúl toma cada vez más vuelo buscando las estrellas. Está a casi noventa grados del piso y en descenso descontrolado.

En ese vuelo interminable, el auto es llevado casi como por un imán al encuentro de un poste de cemento que lleva electricidad a La Emita. Colisiona del motor al baúl, se envuelve al vigoroso pilote que aguanta el tremendo impacto. Los vidrios estallan en pedazos y miles de astillas se incrustan en el cuerpo del Flaco. El plástico de la carrocería, ante el rígido cemento del poste, se retuerce y arruga como si fuera papel. El poste que aguantó el golpe del auto volador se sacude por las vibraciones pero no se quiebra. El cuerpo del conductor es llevado varias veces hacia delante y hacia atrás, de acuerdo a las fuerzas que el vuelo, el choque y la caída, desataron.

Hay un instante de quietud mientras el irreconocible 128 comienza a caer lentamente, deslizándose por el poste como si éste fuera un extraño tobogán. Primero toca el suelo el motor y luego las ruedas, que a pesar de haber sido desplazadas hacia atrás, siguen girando. Luego del estruendo por el choque, se hace un impactante silencio. Todos los animales que están cerca del accidente huyen velozmente, dado que huelen la proximidad de la muerte. Un vacío sepulcral gana el campo.

Del tanque de combustible van surgiendo pequeños ríos de nafta, que al contacto con las partes calientes de la carrocería, se encienden, caen al pasto y se convierten, una tras otra, en pequeñas velas. Por la ventanilla, sale una mano del Flaco. Esa que tiene puesto el anillo. Un hilo de sangre corre buscando el dedo donde se halla la sortija de plata donde cada una de las calaveras lentamente se va tiñendo de rojo.



EDITORIAL

COLECCIONES

Libros Digitales

Autores Hoy

Psicoanálisis, Sociedad y Cultura

Fichas para el siglo XXI
